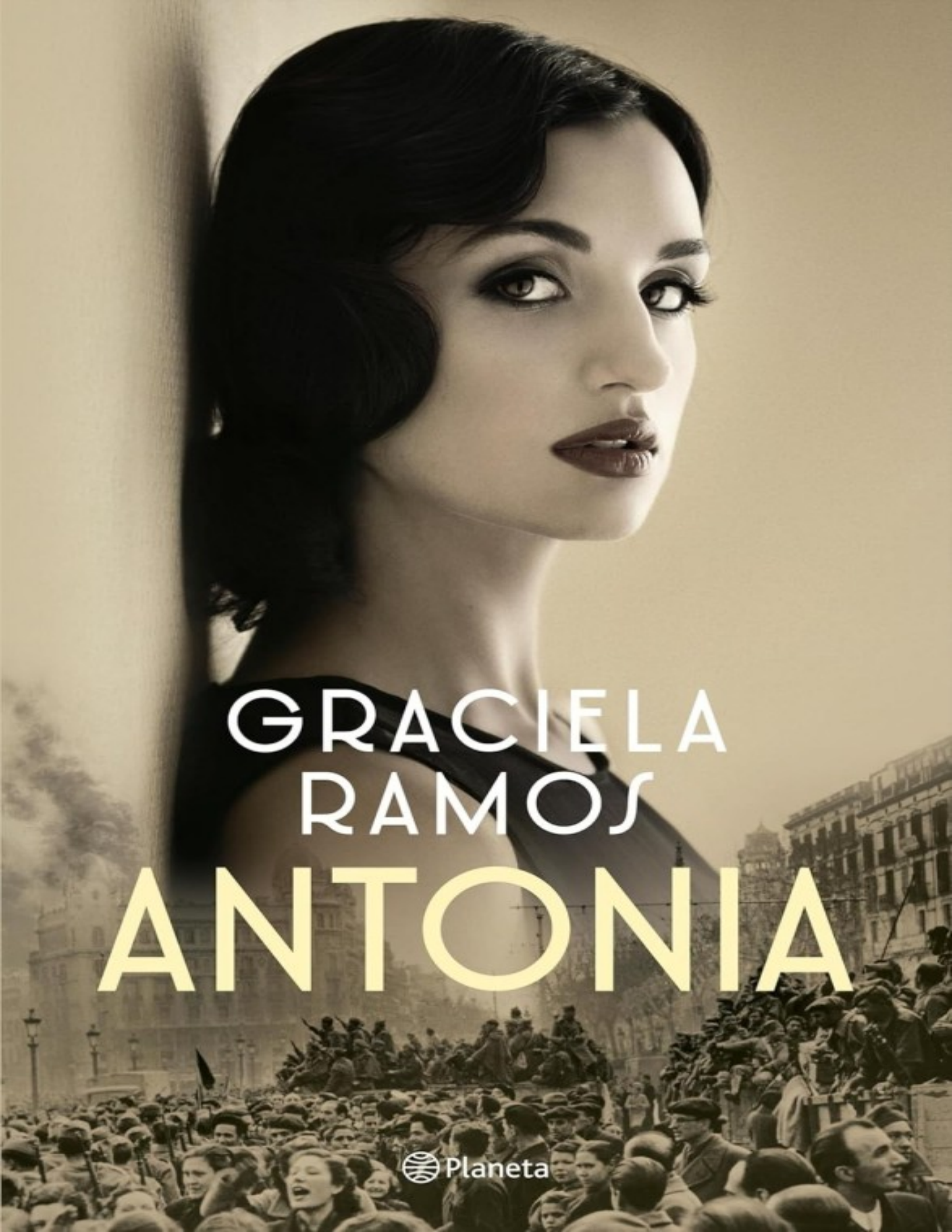

GRACIELA
RAMOS
ANTONIA
Planeta

Antonia

Graciela Ramos

Antonia

Índice de contenido

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

SEXTA PARTE

SÉPTIMA PARTE

OCTAVA PARTE

NOVENA PARTE

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Ramos, Graciela
Antonia / Graciela Ramos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9731-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© 2026, Graciela Rosa Ramos

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: abril de 2026
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9731-3

PRIMERA PARTE

«No mire lo que hagan los demás. No se le importe un pepino de lo que opine el prójimo. Sea usted, usted mismo sobre todas las cosas, sobre el bien y el mal, sobre el placer y sobre el dolor, sobre la vida y la muerte. Usted y usted. Nada más. Y será fuerte como un demonio entonces».

ROBERTO EMILIO GODOFREDO ARLT

I

Primavera de 1930, Buenos Aires, Argentina

Lo hacía de forma mecánica: contaba los pasos desde que bajábamos del auto hasta la puerta de la iglesia. Uno, dos, tres, cuatro. Luego me detenía y acomodaba el pie derecho para ingresar. Alguien alguna vez me dijo que hay que entrar con el pie derecho; entonces podía pedir un deseo. Yo lo había hecho la primera vez y lo repetía cada domingo. Si por descuido entraba con el pie equivocado, regresaba y volvía a cruzar el umbral para salvar mi error. Si no lo hacía, me cuestionaba por qué no lo había hecho.

Por supuesto que no me gustaba ir a misa, pero eso no estaba en discusión en mi familia. Me entretenía mirando al cura. Mientras trazaba la señal de la cruz, lo imaginaba desnudo; a los monaguillos, tan angelicales, vestidos de niñitas. A los santos, con esos rostros duros, los ignoraba, pero no me sacaban los ojos de encima. Me miraban como si supieran lo que callaba, lo que escondía. Sus miradas me pesaban; sentía cómo me recorrían, como si quisieran arrancarme una confesión. Me juzgaban en silencio. Me repetían todo lo que hacía mal, todo lo que era y no debía ser: rebelde, ingrata, desobediente. Esa certeza silente e insoportable con la que me acusaban me revolvía por dentro. Los odiaba. Odiaba ir a misa.

Cada familia tenía un lugar predeterminado en ese castillo del terror. No era solo la iglesia: era una escenografía, y los asistentes formaban una coreografía ensayada, donde cada apellido ocupaba su sitio como si fuera un rol heredado, una marca de nacimiento imposible de borrar.

La mía, como era de esperar, se ubicaba adelante. A la vista de todos, como correspondía a una familia tradicional porteña de la alta burguesía. Mi madre se encargaba de que no lo olvidáramos. Le encantaba recordármelo en cada oportunidad; sobre todo cuando, según ella, tenía comportamientos «no acordes». «No acordes», decía, como si la vida fuera una partitura y yo, una nota musical desafinada. Como cuando ella tocaba el piano ebria.

Mi padre descendía de una larga estirpe de aristócratas que aún conservaba sus títulos nobiliarios. En casa, los apellidos pesaban más que las ideas, y las apariencias valían más que cualquier verdad. Bueno, puedo decir que los apellidos pesaban tanto como las ideas…

Era tan asfixiante. Las mujeres con sus collares de perlas, los hombres con trajes oscuros que olían a baúl cerrado, los saludos medidos, las sonrisas de compromiso. Todo estaba calculado, incluso el modo en que debían inclinar la cabeza al pasar frente al altar.

Yo ocupaba mi lugar, sí, porque no tenía alternativa. Pero me ardía una rabia silenciosa en el pecho; una incomodidad que me raspaba por dentro cada vez que escuchaba a mi madre hablar con esa voz impostada que usaba para las misas, los eventos sociales y, muy a menudo, para disfrazar sus reproches de buenos modales.

Me sentía como una pieza fuera de lugar en un vitral montado varias generaciones atrás. Y tenía miedo. Miedo de ser la grieta que rompiera el dibujo.

—Otra vez sin guantes —me imputó al oído.

—Perdón, madre, los olvidé —mentí.

La moda, tan importante para ella, era su lenguaje, su escudo y su modo de asegurarse de que todos se vieran bien. Los primeros figurines que llegaban de Europa —esas láminas delicadas como hostias profanas— no iban a las tiendas, ni siquiera a los salones más exclusivos: iban directo a sus manos. Mi madre los recibía sin ceremonias, los estudiaba con devoción. Era, quizá, su manera de participar en un mundo que creía propio, que le pertenecía por derecho.

¿Y yo? Yo no sentía eso. Tal vez me atraían los vestidos modernos: más sueltos, más cortos, más aireados, más cómodos.

Me dejaban respirar. A veces me sentía distinta al resto, como si viniera con un error de fábrica, como si se les hubiera corrido el molde y yo hubiera quedado con alguna falla. Y claro, ese detalle siempre terminaba metiéndome en problemas.

Zoltán decía que yo ponía en riesgo las cosas valiosas de mi vida solo porque las tenía al alcance de la mano. Bueno. Él era el hijastro de Ramón, nuestro chofer. Pero detrás de esa historia había otra que nadie contaba, ni siquiera él. Años atrás habían llegado unos gitanos, y Ramón acogió a una mujer con un bebé que buscó refugio en sus brazos —dicen— tratando de escapar. Ella murió poco después, y Ramón se quedó con el niño, Zoltán, a quien crio y amó, como si fuera su propio hijo.

Nuestra amistad nació el primer día que nos vimos, allá lejos y hace tiempo. A mí, claro, me tenían prohibido hablar con Zoltán. Ni siquiera era necesario repetirlo: su existencia estaba fuera del mapa. Pero nosotros siempre encontrábamos la forma de vernos. Nos deslizábamos por los márgenes como dos palabras tachadas que aún querían decir algo. Teníamos escondites, lugares donde no existían los apellidos, donde cada uno podía ser y hacer lo que quisiera. Ahí le enseñé a leer y a escribir, letra por letra. Era más importante para él que para mí, por eso lo hacía.

Zoltán no tenía apellido ilustre; solían referirse a él como «el gitano» o «el hijastro del chofer». Si mi madre quería darle un tono lastimero a su relato, lo llamaba «el huérfano». Pero para mí Zoltán era un refugio; con él, yo no sentía que estuviera mal hecha.

Cuando terminó la misa, tocó pavonear en el patio de la iglesia. Eterno. Y cuidadito si no saludaba o no compartía algunas palabras con las «señoritas», mis amigas. Mi madre ni imaginaba las oraciones que salían de esas boquitas educadas y de «niñas bien», como le gustaba llamarlas.

Al ver a Ramón, me invadió la ansiedad —y la alegría— de poder regresar a casa. Los domingos eran mis días preferidos porque Zoltán no trabajaba; entonces podíamos escabullirnos. Aunque últimamente estaba un poco arisco. El domingo pasado le había pedido que fuéramos a espiar el paseo de los graciosos, como solía

llamarlo, pero puso mil excusas. Luego lo vi salir solo. Sin mí. Sentí que mi refugio se cerraba.

II

Estaba en mi lugar preferido de la casa —el escritorio de mi padre— cuando escuché pasos. Quedé paralizada: no era común que él apareciera allí a esa hora. Me escondí, porque no le gustaba encontrarme husmeando entre sus papeles. La puerta se abrió y escuché su voz. No estaba solo. ¿Qué hacía ahí? ¿Quién lo acompañaba?

—Se llama Mercedes Castillejo y colabora en *La Antorcha*, ese pasquín de mierda que pretende pasar por periódico. Acá tienes la lista con el resto, y esta es su dirección. Esa mujerzuela es la cabecilla de la caterva de españoles salvajes. Asústala bien. Y si se te va la mano, no me preocupa. Pero que no te descubran. El mensaje debe ser bien claro.

—De esa descarada me encargo yo. Con los muchachos ya nos sacamos de encima a unos cuantos anarquistas judíos del Once.

Reconocí la otra voz. Era la del hijo de Peralta, un político amigo de mi padre.

Sabía lo que pasaba. Muchas veces, cuando Zoltán me hablaba de sus manejos turbios, yo hacía la vista gorda. No porque lo aprobara, sino porque enfrentar a mi padre implicaba romper mi propio espejo. Él siempre tenía algo para criticar. Yo, en cambio, nunca hablaba mal de don Ramón, aunque sabía algunas cosas: que le gustaban los naipes y las riñas de gallos. También había escuchado, más de una vez, todo eso que a Zoltán le encantaba repetir. Yo sabía muy bien quiénes éramos; eso no significaba que compartiera las costumbres de los pitucones que se creían hombres

y no eran más que unos pobres infelices envueltos en trajes y poder. Zoltán era quien solía repetirlo, y yo acordaba.

Me quedé acurrucada detrás del sillón; intenté meterme debajo, pero no entré. Por suerte, no me vieron. Si me descubrían, me habría hecho la desmayada o hubiera ensayado una mentira.

La reunión fue breve. Cuando se fueron, esperé unos minutos y salí corriendo, repitiendo para mis adentros: «Mercedes Castillejo, *La Antorcha*». No quería olvidar ese nombre. Lo anoté enseguida en mi libreta y salí a buscar a Zoltán. Él tenía que ayudarme a encontrarla, a prevenirla. Pero Ramón me dijo que había salido temprano para cumplir con unas diligencias. No era lo que quería escuchar. Me fastidió que no estuviera ahí, como siempre, y para mí.

Decidí ir sola. Lo repetí varias veces, mientras caminaba, como si al decirlo pudiera convencerme de que era buena idea… ir sola… yo.

No fue fácil encontrar el diario. Caminé de un lado al otro de la calle, con el corazón golpeándome el pecho como si quisiera salir. Esperé en la vereda de enfrente, observando cada movimiento, cada sombra, cada puerta que se abría.

El problema era que no sabía cómo lucía esa tal Mercedes. Tendría que acercarme, preguntar, y la sola posibilidad me paralizaba.

Regresé. «Mejor esperar a Zoltán», pensé. Y lo esperé. Esperé, aunque odiaba esperar.

Siempre creí que él y yo éramos una sola historia contada desde dos bocas. Que lo compartíamos todo.

—¿Dónde estabas? Tenemos que hablar. Ya.

—Tranquila, ¿y ahora en qué andas? —respondió con esa media sonrisa suya, cansada, casi amarga, la que usaba cada vez que quería que lo dejara en paz.

—Ven conmigo. Mi padre es un asesino. Tengo que detenerlo.

—Ay, Antonia…, otra vez con lo mismo.

—¡No es lo mismo! Esta vez lo oí decir que va a darle un escarmiento a una mujer. ¡Tenemos que impedirlo!

—Tu padre vive dando escarmientos, Antonia. No es ninguna novedad.

—Mercedes Castillejo podría morir. ¿Entiendes? Morir. Y si tú no haces nada, serás tan culpable como él.

El nombre me salió como un disparo. Y le pegó. Lo vi. Le cambió la cara.

Zoltán se quedó helado; la mandíbula se le tensó.

—La conoces…

—No. No, no la conozco.

—No me mientas. ¿Quién es?

—Antonia, no me metas en esto. Sí, la conozco. Pero en dos meses me las tomo. Dejemos que la misa termine en paz, ¿sí?

Y ahí lo supe. Existía un mundo al que yo no accedía, una parte de su vida que me ocultaba. No me mantenía al margen para protegerme. Era una decisión. Y dolía.

—No entiendo por qué te vas. Estás bien acá. Estás conmigo.

—Tú estás bien. Yo no. Te lo he dicho hasta el cansancio.

—Con los gitanos no vas a estar mejor, te lo aseguro. Bueno…, ¿me vas a ayudar o vas a seguir haciéndote el distraído?

—Sabes bien que los gitanos no tienen nada que ver. Me voy porque necesito otra vida. Quiero tener mi propia vida.

—Acá tienes trabajo. Tienes comodidad. Tienes…

Me detuve. «Me tienes a mí», pensé. Pero no lo dije.

Zoltán me miró con esos ojos suyos que a veces parecían leer más de lo que yo estaba dispuesta a mostrar. Y no dijo nada. Ese silencio me aplastó, como si cerrara una puerta y me dejara del otro lado.

Claro que no quería que se marchara. No podía imaginar mi vida sin él. Formaba parte de mi historia desde que tenía memoria. Había sido mi compañero de juegos, mi aliado secreto, el que sabía dónde me dolía sin que yo hablara. El único en quien confiaba sin condiciones. ¿Cómo podía irse así? ¿Sería capaz de dejarme?

—¿Me vas a ayudar o tendré que ir sola? —pregunté, intentando disimular mi temblor. Nunca lo había visto tan decidido, y lo peor era que esa decisión no me incluía.

—Voy, voy… —dijo al fin, con una mueca que no supe si era sonrisa o rendición.

Salimos escondidos en uno de los autos de mi padre. Zoltán manejaba, como siempre. El motor rugía bajo nuestros pies y el silencio entre nosotros se estiraba, denso. Él había sido quien me enseñó a manejar, claro, a escondidas. Extrañaba esos días. Sin preguntas, sin despedidas, sin verdades que dolieran. No podía sacarme de la cabeza que pronto se marcharía. Su partida dejaría un vacío que no sabría cómo llenar. Sentía que él ya vivía lejos de mí, en un lugar extraño del que me había excluido. Se iba. ¿A dónde? ¿Cómo haría para quedarme acá, sola, sin él?

Estacionamos el auto a unas cuadras del diario. Zoltán conocía el lugar. Los hombres que estaban en la puerta lo saludaron con respeto. Ingresó y me hizo una seña para que yo esperara en la vereda. Esperé un largo rato. Impaciente, cuando me disponía a entrar, lo vi salir.

—Vamos, vamos —dijo.

—¿Y Mercedes?

—Asunto aclarado y avisado. Vamos, y quédate tranquila.

Claro que no me quedé tranquila. Lo había hecho todo él. Solo.

No hablé durante el viaje de regreso. Él tampoco.

III

Mi padre nunca gritaba. No le hacía falta. Tenía esa forma de imponer su voluntad con apenas una mirada, un movimiento exacto de las cejas o el tono monocorde de su voz. Era el tipo de hombre que podía atravesar una sala sin que nadie se atreviera a respirar. No porque lo ordenara, sino porque era inflexible, recio.

De chica me parecía enorme, un gigante encorsetado en trajes oscuros y gestos breves; a veces hasta le tenía miedo. Con los años entendí sus silencios, sus reglas, su manera de juzgarme sin decirlo. Su rostro —siempre igual, impasible— parecía tallado en piedra. Tenía los ojos tensos, cargados de ira, como si, en lugar de sangre, en sus venas corriera una tormenta encerrada: una amenaza constante, latente, que no sabía exactamente cuándo iba a estallar. Y qué les digo, generalmente explotaba. Era un hombre duro, al menos conmigo. En ciertas ocasiones trataba de imaginar cómo había sido a mi edad: si había amado, si había abrigado esperanzas, si había querido ser distinto, si había soñado, y con qué. Porque el hombre que yo conocía se adivinaba vencido por su propio mandato.

Estábamos sentados, cada uno en un extremo de la mesa. Mi padre siempre vestía traje gris oscuro o negro, fiel a su estilo sombrío. El rostro parecía congelado en una expresión de calma, pero yo sabía que, por dentro, se agitaban las aguas. Conocía bien ese momento: primero miraba a mi madre —creo que era el único instante en que se ponían de acuerdo sin hablar— y luego empezaba la letanía: que «fuiste grosera y distante con fulana», que «tus comentarios no son los adecuados», que «no prestas atención», que «eres una maleducada», que «te sientas mal»… Entonces pedía disculpas, prometía comportarme bien y, apenas él se levantaba de

la mesa, yo hacía lo mismo. Si no, mi madre —con varias copas encima— arrancaba su monserga moralista. Ese era uno de los momentos más tristes de mi vida: verla intentando parecer la madre que nunca fue, mientras su lengua trastabillaba palabra tras palabra, tratando de mantener una conversación conmigo. No, no…

Mi madre tenía problemas con el alcohol; claro que eso nadie lo veía. O, mejor dicho, todos miraban para otro lado, solo para disimularlo. Sus ratos sobrios, por lo general, transcurrían por la mañana apenas se levantaba y, a veces, cuando se sentaba frente al Steinway, un hermoso piano de cola que presidía el salón, y nos deleitaba con una sonata de Mozart, entre otras delicadas melodías. Eran momentos especiales. Muchas otras veces la vi parada ante el espejo del recibidor: se observaba, luego elegía un sombrero —últimamente se inclinaba por el modelo de fieltro azul, con corona redonda y ala estrecha, la última moda—, contemplaba su aspecto, y cargaba la copa.

Después de la cena pedí permiso para recostarme, alegando un dolor de cabeza. Me dolía, sí; pero el culpable era Zoltán.

Nunca le había dado demasiada importancia, pero esta vez sus palabras sonaban diferente. «Me voy» esta vez adquiría otra dimensión. Solía repetir —sobre todo, cuando discutía con Ramón, su padrastro— que un día se iría a buscar a su familia gitana. ¿Se haría realidad su amenaza? ¿Se iría así nomás? Siempre supuse que se quedaría con nosotros.

Cuando amaneció, salí corriendo a buscarlo.

—Tenemos que hablar —le dije apenas lo vi. Él había empezado su jornada varias horas atrás.

—Ay, Antonia.

—Voy contigo. Tenemos que hablar.

—Debo ir a la Rural. Allí veré a tu padre. Estamos preparando la hacienda para el remate.

—Tenemos que hablar de tu viaje —insistí.

Me miró; creo que con tristeza.

—Después de la huelga, me voy —dijo al fin.

—No puedo creer que te vayas si estás bien con nosotros —dije, pasando por alto a qué huelga se refería.

—¡Claro que no estoy bien con ustedes! ¡Qué cabeza dura! ¡Cuántas veces te dije que no quiero vivir como Ramón! Tal vez quiera tener algo que sea solo mío. Ya no quiero levantarme todos los días a las cuatro de la mañana para engordar el bolsillo de tu familia. Quiero tener una vida, como tú tienes la tuya.

No pude controlar mis lágrimas. Era real: se iba.

—Pero, Zoltán…, ¿y yo?

—Tú te casarás en breve. Y te irás de esta casa para ser la señora de un porteño ricachón.

—Pensé que éramos amigos.

—Lo somos —dijo, cerrando la puerta del coche.

Aceleró. Casi atropella a uno de los perros al cruzar el portón de servicio a toda velocidad.

IV

Aquel día, los generales Uriburu y Justo más dos señores que me resultaban cara conocida estuvieron reunidos con mi padre. Cerraron las puertas del despacho y permanecieron allí mucho tiempo.

Me dolía pensar en el presidente. A pesar de no conocerlo en persona, había aprendido a quererlo a través de las palabras de Zoltán. Él hablaba de Yrigoyen con respeto casi reverencial, como se habla de aquellas personas que, aun en el ocaso, conservan la dignidad. Decía que era un buen hombre, terco tal vez, pero con ideales firmes, con una fe intacta en la democracia y en el pueblo.

Esa noche sentí que lo estaban dejando solo. Que, mientras los conspiradores afinaban los últimos detalles del golpe, él seguía creyendo en la legalidad de las instituciones, en la lealtad de los suyos. Me angustiaba pensar que su caída no solo llegaría por obra de sus enemigos, sino también por la traición de quienes lo rodeaban. Y me angustiaba, además, no poder hablar de eso con Zoltán.

Desde que comprendí —y acepté— su partida, una sensación de vértigo me entrecortaba la respiración. Aunque la huelga se había suspendido, igual pensaban reunirse.

«Lo voy a seguir», pensé en ese momento. Sentía que me faltaba algo, que no estaba completa. Pero en lugar de buscarlo, lo perseguía. ¿Qué diablos me pasaba? Nunca antes había tenido ese tipo de sentimientos.

V

Había mucha gente en la vereda. Lo perdí de vista. Tal vez no era el día para seguirlo. Me metí entre las personas buscando una salida y, de pronto, algo pasó. Todos comenzaron a gritar y a dispersarse. Yo quedé ahí, paralizada, bamboleada entre cuerpos, de un lado a otro. Sentí un golpe y todo se oscureció.

Cuando abrí los ojos, yacía en un lugar completamente desconocido, con tres personas que me observaban.

—Despertó —dijo Zoltán.

¿Era Zoltán o estaba soñando?

—¿Dónde estoy? —pregunté, intentando incorporarme, pero el dolor en la cabeza me lo impidió. Nadie contestó, pero me observaban en silencio. No recordaba cómo había llegado hasta allí.

—Pues que te has dado un golpe que madre mía… Soy Mercedes —soltó una joven que apestaba a tabaco.

¿Era ella? ¿La misma Mercedes a la que mi padre quería darle un escarmiento?

—¿Qué me golpeó? —quise saber.

—Un palo de amasar, o algo así de contundente —aclaró el otro muchacho, conteniendo la risa—. ¡Joder, fue lo más ridículo que he visto en mi puñetera vida! Zoltán te encontró, maja, y te trajimos hasta aquí para que recuperaras el aliento.

No entendí muy bien qué había pasado. ¿Me habían pegado con un palo de amasar? ¿Con una cachiporra? ¿Y qué hacía Zoltán ahí?

—Que no, que no —intervino Mercedes—. Te chocaste con un palo, que yo lo vi justo. Y cuando caíste, diste con algo, porque quedaste frita, ahí mismo. Pues claro que no íbamos a dejarte tirada

para morir pisoteada. Bueno, niña, agradécele a Zoltán, que te ha traído —aclaró.

—¿Dónde estoy? —repetí, aún asustada. Me incorporé despacio y miré a mi alrededor. Era un cuarto pequeño, muy humilde y con olores: una mezcla entre la grasa de nuestra cocina, mugre y tabaco. Zoltán se mantenía distante.

—Que no te asustes —dijo el otro joven—. No te haremos daño, que nosotros te salvamos. Yo soy Manolo; ella, Mercé… Y bueno, él, Zoltán, que ya lo conoces, ¿vale?

—Vamos, Antonia —me ordenó Zoltán. Se veía serio, molesto.

Me levanté como pude y, bajo la mirada intrigante de Mercedes y Manolo, salimos.

—No tienes idea de lo que está pasando, ¿verdad? —dijo, apenas afuera—. Si tu padre supiera que estás aquí, conmigo, sería el fin de tu existencia.

Sí, estaba muy enojado.

—¿Qué hacías ahí? —pregunté.

—Mis cosas, Antonia. No te metas, por favor. Tus travesuras pueden perjudicarnos a todos. Incluso a mi padre.

—Te desconozco, Zoltán. ¿Qué pasa contigo? Eres otra persona.

—Estoy construyendo mi camino, mi vida. Y tú no dejas de aparecer para entorpecer todo.

—Pero…

—Siempre supimos que sería sin ti. Siempre lo conversamos, Tonita. Ahora me voy, y tal vez no volvamos a vernos. Pero tienes que aceptarlo y dejar de hacer estas pavadas que ponen en riesgo a mis compañeros. No es un juego, y tampoco es justo para mí —dijo.

Hacía mucho que no me nombraba «Tonita». Él me había inventado ese apodo.

—¡Eres un anarquista! Por eso conoces a esos de hoy. Yo confié en ti, ¡yo te enseñé a leer y escribir! —reclamé, con desazón.

—No importa lo que soy ni lo que voy a ser. Pero tienes que dejarme hacer. Ya somos grandes, y cada uno debe decidir su camino. No quiero seguir siendo esclavo en tu casa cuando tengo otras oportunidades.

El ahogo me impedía respirar.

—Nunca pensé que te sentirías como un esclavo —alcancé a decir—. ¡Y no me trates como una tonta! Sé bien lo que pasa, sé bien lo que va a pasar, y sé bien quiénes son tus amigos. Solo que no me imagino la vida sin ti —confesé.

—Tienes que comenzar a imaginarla. Me voy antes de lo previsto. Si tu padre está persiguiendo a Mercedes, pronto se topará conmigo, y no quiero causarle problemas a mi padre.

—Te vas con ellos, ¿verdad? ¿Es mentira lo del norte, esa historia que cuenta Ramón?

—Sí. Él no puede saber nada; es la única forma de protegerlo. Cree que me voy, pero me quedo… un tiempo más. Solo que ya no viviré en tu casa.

—Entonces tal vez te pueda ver —aventuré.

—No, Antonia. No volveremos a vernos.

El chichón en mi cabeza ardía cada vez que me pasaba el cepillo. Por suerte, nadie había notado mi ausencia; la casa estaba llena de gente celebrando en un ambiente de algarabía. Escuché a mi padre brindar, discursar sobre todos los cambios que vendrían…

Mientras alzaban las copas por el fin de un presidente, mi mundo caía a pedazos.

Lloré mucho esa noche. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de lo importante que era Zoltán para mí?

VI

Mis padres estaban completamente absorbidos por sus quehaceres políticos. Se acercaba el momento en que podrían tomar algunas de las riendas del poder, y eso los llenaba de entusiasmo. Hablaban con euforia, se reunían a escondidas, brindaban en secreto los planes que pronto concretarían con sus aliados. Su felicidad los alejó aún más de mí, de mi mundo, de mi dolor por la partida de Zoltán. Me sentía sola en una casa llena de voces que no me nombraban.

No lograba quitarme de la cabeza a los españoles, los amigos de Zoltán. ¿Quiénes eran? ¿Qué le habrían dado para elegirlos antes que a mí? Quería volver a verlos, hablarles, entender qué lo unía a ellos. Si los conocía, tal vez podría comprender por qué me dejaba atrás. Tal vez, si ellos me aceptaban, recuperaría algo de Zoltán. Sabía de sobra que él no aprobaría mi idea. ¡Al diablo! Después de todo, era él quien se iba, el que me dejaba sola.

Por supuesto que fui. Salí a escondidas, cuidando cada paso para que ni Zoltán ni Ramón me vieran. Di vueltas como una tonta, incapaz de encontrar la casita. Todo me parecía más chico, más pobre, más triste, como si la primera vez la hubiera visto a través de un velo de urgencia que se había desvanecido. Hasta que, por fin, reconocí la puerta. Toqué. Nadie respondió. Esperé. Cuando ya me iba, lo vi: era Manolo. Corrí hacia él.

—Hola —dije, fingiendo casualidad—. Justo pasaba por acá, vine a ver a unos amigos —mentí. Lo sabía él y lo sabía yo. Me observó con extrañeza.

—Ah, vale. Ven —dijo, confundido, pero sin cerrarme la puerta.

No le di tiempo a pensarlo demasiado. Me pegué a él y entramos juntos. El olor a encierro, humedad y humo me recibió como una

bofetada. Tuve que tragar el aire rancio para disimular el gesto de rechazo.

—¿Qué amigos tienes por aquí? —preguntó Manolo, desconcertado.

—Pedro. Es hijo de un amigo de mi padre —improvisé nombres, vínculos que no existían—. Además quería agradecerles por haberme salvado y traído hasta aquí —añadí, intentando sonar sincera.

—Vale, vale… Siéntate, si quieres. No tengo nada para ofrecerte y pronto debo marcharme.

—No hay problema. Puedo volver otro día.

—Sí. A la hora de la siesta todos estamos aquí —informó, con un tono que parecía una advertencia para la sospechosa pituca que veía en mí.

La verdad era otra: no había ido por Pedro, mi reciente amigo inventado, ni por Manolo. Quería verla a ella, a Mercedes. Me molestaba saberla con Zoltán; me dolía imaginar sus voces compartidas, sus risas, su complicidad. Pero también me intrigaba. Me atraía. Quería comprender qué tenía esa muchacha de manos ásperas y cara insolente que a él le resultaba tan fascinante. Quería mirarla, olerla, hablarle. Conocerla. Así que, como una vagabunda, me escondí entre sombras y esperé hasta la siesta.

Los vi. Estaban los dos.

Apenas crucé el umbral, ella me enfrentó con una mirada afilada.

—¿Quién eres tú? —interrogó sin rodeos—. Esa ropa, tus manos, tu cabello… Tú no eres una de las nuestras. ¿Qué quieres?

En ese instante entendí que Zoltán no les había revelado quién era yo. Me sentí desnuda, expuesta. La lengua se me enredó y apenas logré salir del atolladero.

—Soy Antonia —balbuceé, como si mi nombre bastara para justificarme—. Solo quería agradecerles por haberme salvado.

—¡No me toques las narices, maja! Eso ya lo sabe hasta Cristo. ¿Qué quieres de verdad? —insistió Mercedes, enojada—. Y a ver si te enteras, que fue Zoltán el que te salvó. No nosotros.

No supe qué decir ni qué hacer. La vergüenza me pesaba como una cruz en la espalda. Me fui hacia la puerta con los ojos llenos de lágrimas y confusión. ¿Para qué había ido? ¿Qué buscaba? ¿Qué

quería de esas personas? La respuesta ardía detrás de los celos: me interesaba ella, Mercedes. Su sola existencia me sacudía. Me estaba quitando a Zoltán y no pensaba quedarme de brazos cruzados. La próxima vez no vendría con excusas. La miraría a los ojos. Quería saber qué tenía ella que a mí me faltaba. Y, si podía, iba a arrebatárselo.

VII

Mi familia estaba alborotada. Cambios, festejos, discusiones políticas por doquier, mientras yo solo pensaba en esos tres. ¿Obsesionada? Aprovechando que nadie se fijaba en mí, fui a la cocina y saqué jamón, vino, pan, queso. Luego añadí unas camisas para Manolo y un par de vestidos míos que le quedarían bien a Mercedes. Y otra vez fui a buscarlos.

—¿Pero quién diablos eres, Antonia? —dijo Mercedes—. *Carai!* ¿De dónde sacas tú todo esto? —preguntó, hurgando el atado con víveres y ropa.

—Pensé que les vendría bien, pero puedo llevármelo si los ofende —dije, observando cómo Manolo ya se apropiaba de lo que encontraba útil.

—Hombre, mirándolo bien…, maja, ya que lo has traído, se queda, ¿eh? —sentenció Manolo mientras se abotonaba un puño—. ¿Vale, Mercé?

Ayudé a Manolo a preparar un refrigerio con mi pequeña ofrenda. Me sentí contenta al ver cómo Mercedes saboreaba la comida, aunque los vestidos quedaron amontonados y olvidados en un rincón.

Era el momento de hablar, de preguntar. Zoltán se escondía de mí mientras disfrutaba de nuevos amigos. Yo también quería pertenecer a ese grupo, qué tanto. Como Manolo me miraba con cierto recelo, comprendí que no podría retirarme sin dar una explicación de mi existencia. Me acomodé en la silla y, cuando terminaron de comer, recién ahí les revelé mi identidad.

Me asombró descubrir que sabían muy bien quién era mi padre. Eso desató un clima de hostilidad y desconfianza. Al final, Manolo

intercedió para que Mercedes no me echara del cuarto.

—Mercé, tranquila. Ella está aquí ahora, ¿vale? No podemos juzgarla por lo que haga su familia —pidió Manolo.

—¡Ahí está el confiado! ¡Tú verás! —soltó Mercedes—. ¿Y si esta pituca es una espía? ¿Y si su bondad es una trampa? ¡Zoltán nos mintió! ¿Por qué no nos dijo nada?

—¿Espía, yo? —dije, aturdida—. No, claro que no. ¿Qué tendría yo que espiar?

—¿Está tonta la majareta o se hace? —bufó Mercedes, observándome de reojo.

Yo estaba ahí y escuchaba los reproches, pero sin decir palabra. Había aprendido a pensar en otra cosa cuando mi padre me insultaba por nimiedades. Se trataba de aplicar la misma regla: debía esperar en silencio hasta que se le pasara la rabieta y siguiera con lo suyo.

—*Doncs*, que se marche por donde vino y listo —decidió Mercedes, dando por cerrado el asunto.

Los dos me observaban, impacientes. Sentí cómo me ardían las orejas, luego las mejillas. Esta vez Manolo no intervino. Tenía que marcharme. Claro que me sentí la chica más tonta que haya existido. Otra vez caminé hacia la puerta, avergonzada, con las mejillas hirviendo. Pensé que me detendrían, que alguno me llamaría: «¡Antonia, espera!». Pero no. Nadie lo hizo. Salí de esa casucha con un nudo en la garganta.

La vergüenza me subía como fuego. Estaba furiosa conmigo misma, por no pensar en las consecuencias de mis actos. No hacía más que meter la pata. Me sentía una intrusa, una samaritana que nadie había llamado. Cuando le contaran a Zoltán, pensé, me odiaría.

Pero Zoltán ni mencionó el asunto. Tal vez ya estaba cansado de mí y de mis impulsos. Su silencio me partía el corazón; su indiferencia me dolía más que cualquier reproche.

VIII

Zoltán me esquivaba. No quería ni verme. Lo notaba en sus silencios, en las ausencias, en la forma en que su nombre flotaba en el aire sin cuerpo, sin presencia. Eso me partía en dos. Literalmente. Como si alguien me hubiera abierto desde el pecho hasta el vientre y me dejara expuesta, inútil, esperando en vano.

Aun así, seguí visitando a sus amigos. Llevaba comida, alguna fruta fresca, pan envuelto en servilletas limpias. A veces inventaba excusas; otras, simplemente aparecía. En el fondo, lo que me empujaba no era la generosidad ni la compasión: era la esperanza absurda de cruzarme con él, de sorprenderlo, de arañar un segundo de su atención. Pero casi nunca estaba. Muchas veces solo encontraba a Manolo. Era un buen muchacho. Conversábamos de cosas menores: el clima, el pan horneado, las noticias del barrio. Jamás me animaba a preguntarle directamente si Mercedes y Zoltán eran novios. No quería oírlo en voz alta. Me daba vergüenza. Me sentía patética, infantil. Era lamentable cómo me exponía ante ellos, toda yo en carne viva, solo por conseguir un poco de información sobre Zoltán. Y, sin embargo, volvía una y otra vez.

Un día, mientras deambulaba por la casa en penumbras, escuché detrás de la puerta del despacho de mi padre una conversación tensa sobre un inminente operativo. Tomé nota mental de lo que pude retener y luego lo escribí. Esa misma tarde, fui a buscarlos y encontré solo a Mercedes. Antes de que pudiera decir algo, vomité todo lo que había oído, casi sin respirar.

Me miró sorprendida, con desconfianza.

—¿Para qué me sueltas esto? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Pensé que podría servirte para el diario —respondí.

—Pues vale, pero que quede claro que yo no te lo he pedido, ¿eh? —replicó con mal talante.

—Lo sé.

Y era cierto. Ella nunca me lo había pedido. Era yo la que se lo ofrecía, la que se ilusionaba con la idea de que compartir secretos nos volvería cómplices. Pensaba que eso bastaría para que me aceptara, para que me hiciera un lugar, para ser su amiga.

Pero no. Nada había cambiado. Mercedes seguía siendo Mercedes: decidida, discreta, feroz en su convicción de no deberle nada a nadie. Me agradecía, claro, a su manera. Pero luego seguía con su vida como si yo no existiera. Se mudaba de vivienda cada semana, como un animal arisco que conoce el peligro. Un día ocupaba una pieza detrás de un almacén; al otro, una buhardilla compartida con otros tres anarquistas que debían esquivar a las autoridades. Se movía como una sombra entre barrios obreros.

Y yo, cada vez que podía, la buscaba. Porque lo que en verdad buscaba no era a ella. Era a ellos. A ese grupo. A esa idea de pertenecer. De estar del lado donde estaban las cosas que importaban. Donde había pasión, riesgo, lealtad, algo más grande que yo. Algo que nunca tuve.

A veces me abrían la puerta sin entusiasmo. Otras, ni eso. A cambio de las nuevas direcciones donde pernoctaba yo le daba la información que recolectaba detrás de la puerta del escritorio de mi padre.

Mercedes me recibía, sí, pero no me esperaba.

Y Zoltán… ¡Zoltán nunca estaba! Tal vez me veía desde lejos y se iba antes. O tal vez era casualidad. No lo sé. Pero siempre, sin falta, alguien me decía: «Se acaba de ir». Esa era la oración cruel que se repetía cada vez que yo preguntaba por él. Y yo me quedaba parada en la puerta, como una niña tonta que llegaba tarde a todo.

Era extraño cómo las cosas se daban vuelta sin que yo lo advirtiera. Mi padre presidía la Liga Patriótica. Ocupaba la primera línea del nuevo gobierno, rodeado de hombres serios, peligrosos, poderosos. Y yo, sin saber cómo, me convertía en espía, tal como

me había acusado Mercedes. Una espía al revés. No vigilaba para ellos. No buscaba traidores. Era yo la que filtraba lo que escuchaba, lo que leía en papeles que reposaban en su escritorio, lo que robaba con un rápido golpe de vista. Y se lo llevaba a Mercedes. Ella me escuchaba, lo anotaba, a veces lo publicaba. Todo, con un solo y lastimoso fin: seguir viéndolos.

Y Zoltán… Bueno, Zoltán no tenía más remedio que aceptar mi presencia. No decía nada, pero no me echaba. Y eso me bastaba.

Cuando estábamos los cuatro, no le dirigía la palabra porque me angustiaba ver cómo me evitaba, cómo Manolo salía a salvar mi vergüenza contestando por él. Y cuando me iba, me prometía no regresar jamás. Pero a la vuelta de la esquina, mis convicciones se esfumaban. Y regresaba. Una y otra vez. Con más víveres, con más excusas. Siempre regresaba. Era una lucha conmigo misma. Yo contra yo. La que se exponía al rechazo y la que intentaba protegerme. Queda claro quién ganaba la batalla, ¿no?

IX

Comencé a participar en reuniones políticas. Significó una contradicción enorme en mi vida, pero fue como si por fin se abriera un espacio donde yo existía realmente. Conocí a personas célebres, de esas que mi padre y su gente perseguían sin descanso. Detrás de las puertas de mi casa esos nombres sonaban a menudo. Cuando mi madre ya estaba pasada de copas, la atosigaba con preguntas inocentes, y así le tiraba la lengua.

Nunca me detuve a pensar si lo que hacía estaba bien o mal. Simplemente seguía. Seguía y seguía. Me gustaba. Me hacía sentir importante y acompañada, parte de algo más grande. Por primera vez, mis días tenían sentido. Pero, claro —y como siempre—, no medía las consecuencias de mis actos.

Mi madre comenzó a cuestionar mis salidas, cada vez más prolongadas; y mis explicaciones eran torpes, difusas, improvisadas. Ayudó que las amigas de mi madre le llevaran el chisme de que yo despreciaba a sus hijas y que andaba con «mala yunta». Si esos rumores llegaban a oídos de mi padre, sabía que corría peligro. Pero no me importó. No estaba dispuesta a resignar el nuevo sentido que había adoptado mi vida.

Y, sin embargo, nada dura para siempre, ¿verdad? No supe en qué momento mi padre se enteró de todo. Pero, en vez de enfrentarme, en vez de lanzarme su castigo sepulcral —como hacía siempre—, hizo algo peor, ¡mucho peor!, que me tomó por sorpresa: me buscó un esposo. Y no contento con eso, aceleró la fecha del casamiento.

¿Casarme, yo?

X

Toda mi vida se oscureció de un día para otro. Zoltán se había ido —supuestamente— al norte. Ramón y el personal de la casa así lo creyó. Antes de salir, se despidió de todos, menos de mí. Y mi padre, que ejercía con maestría el castigo silencioso, se dedicaba, eso sí, a escribir mi destino. Me vigilaban las salidas, los horarios. Estaba acorralada.

En mi desesperación le rogué a mi madre que me ayudara, que hablara con él. Le dije que si me obligaban a casarme, prefería morir. Y era cierto. Pero nada dio resultado. Mis súplicas se desvanecían por los pasillos de la casa sin ser atendidas.

Mi cabeza iba a estallar. Pensaba y pensaba, sin hallar una salida. Claro que no iba a casarme. Y menos con ese espanto. ¿Quién podría contraer matrimonio con ese babacho? Pero era hijo de uno de los hacendados más importantes de Buenos Aires y, además, allegado a mi padre. Jamás lo imaginé. No lo vi venir ni en mis peores pesadillas.

Una sola idea habitaba mi mente: escapar. No había otra alternativa. Pero ¿a dónde? ¿Quién me ayudaría? Zoltán se había esfumado, y aún no podía asimilar su ausencia. Me parecía un mal sueño del que bastaría despertar para correr a buscarlo… hasta encontrarlo. Pero no.

Fui a ver a Manolo y Mercedes. Me costó dar con ellos. Cuando por fin los tuve enfrente, no me animé a contarles nada. En aquella pieza de chapa comprendí que mi drama era pequeño, ridículo, sin fundamento. Además, no quería que Zoltán se enterara. No tendría empacho en largar una amarga sentencia: «Te lo dije».

Salí de allí peor que nunca: con las manos vacías, con la cabeza llena. Creo que fui a buscar consuelo, una palabra, respuestas, pero el destino parecía empecinado en cerrarme todas las puertas. Sentía que las paredes se me venían encima y, de un momento a otro, quedaría sepultada.

Esa noche entré al despacho de mi padre sin estar del todo convencida de lo que iba a hacer. Necesitaba dinero. Dinero para huir. En mi imaginación, corría a buscar a Zoltán y él me ayudaba; tal vez, incluso, me llevaba consigo. Pero la realidad era otra, diferente: no sabía ni por dónde comenzar ni cómo organizar mi escape.

Abrir la caja fuerte fue el premio a mis largas horas de vigilia espiando a mi padre. Y, para mi sorpresa, no solo había dinero, también había papeles, sobres, una caja metálica cerrada. Vacié el interior y me puse a husmear, como siempre. Un sobre destacó entre los demás, como si quisiera llamar mi atención, como si dijera: «Acá estoy». Era viejo, marrón y con las esquinas gastadas. Lo tomé. Lo abrí. Leí. Volví a leer. Luego me senté para asimilar el mazazo.

El contenido de ese sobre cambiaría el resto de mi vida. Me quedé un rato largo, boquiabierta, tratando de entender. Después vino un llanto incontrolable y la puntada en el pecho que me ahogaba. Inspiré hondo. Me aseguré de estar sola. Volví a colocar todo en su lugar. Me guardé el sobre y un poco de dinero.

Más tarde, en mi cama, mirando el techo, trataba de comprender lo que acababa de descubrir…

XI

No sabía qué hacer con esa información. Solo una idea me martillaba la cabeza: buscar a Zoltán. Pero no tenía cómo encontrarlo; se mantenía fuera de mi alcance. Tal vez Manolo, tal vez Mercedes. Eran los únicos en quienes podía confiar. Nadie más.

Estuve horas intentando entender. Luego tomé el sobre y me escabullí de casa.

Sin golpear, abrí la puerta y lo dejé en la mesa. Recuperé el aire y me senté. Manolo me observaba.

—¿Estás bien, guapa?

—No, claro que no —dije—. Mira.

Lo tomó y, con la parsimonia que lo caracterizaba, lo abrió. Tras leer cada uno de los papeles, levantó la vista.

—Vale. ¿Y qué piensas hacer?

—Escaparme —solté sin pensarlo—. Irme bien lejos.

—Escaparte, escaparte… —repitió—. Mira, Antonia, acompáñame a un sitio, tengo que ir ya mismo. De camino, pues, podemos ir conversando, ¿vale? Ven, vamos. Y tranquila, ya verás: todo tiene solución. Levántate, maja, que Mercedes y Zoltán me esperan.

Clavé la vista en el sobre, pero me atajó:

—No, eso no lo llevas. Dámelo, que lo guardo bien; luego lo buscamos —propuso. Recogió los papeles y el sobre desapareció en sus manos.

—¿Dónde vamos? —pregunté, disimulando el rubor al oír su nombre, cuando ya estábamos fuera de la casita.

—Ya verás —respondió y cambió de tema—: ¿Y cómo te sientes con semejante noticia? ¿Sospechabas algo?

—¡Claro que no! Jamás lo imaginé. —Caminaba a su lado y sentía los latidos de mi propio corazón—. Esta verdad cambia mi vida. Me duele, me produce nostalgia, pero también me libera. Ahora tengo un motivo para escapar.

—¡Escapar! ¿Escapar de qué? —preguntó Manolo, intrigado.

—De un matrimonio arreglado. Mi padre considera que un marido podrá enderezarme —sinteticé.

Manolo suspiró y, como toda respuesta, dijo:

—Apura, que vamos tarde.

—¿Dónde vamos? —insistí.

—Tú te vienes conmigo, que voy tarde; luego vemos qué hacemos con la información del sobre. ¿Vale?

Al doblar la esquina, vimos gente en la vereda, en la calle, en todos lados. Entramos. Una mujer, subida a una mesa, hablaba y bamboleaba los brazos con ímpetu. No era mucho mayor que nosotras, pero irradiaba valor, voluntad, libertad. Me sentí pequeña al escucharla reivindicar nuestro derecho a ser felices. «Nuestro derecho a ser felices», sí, así lo dijo. Bastó esa frase para que se encendiera en mí una nueva línea de pensamiento, tan viva que me dejó un intenso dolor de cabeza. Sentía la libertad latir cerca de mí, como si pudiera alcanzarla en cualquier momento, pero con la sensación de que yo no merecía ser libre. La culpa. Sí, la gran culpa que me habitaba…

Nos abrimos paso entre la multitud hasta ver a Mercedes y Zoltán, que agitaban los brazos, desesperados. Trataban de avisarnos algo.

Y entonces, el caos, los gritos.

—¡La policía! ¡Corran, la policía!

Y luego, los empujones, los golpes.

Apresurados, todos buscaban la salida. Perdí a Manolo. El griterío me aturdía. Corrí con la turba, para acá, para allá. Vi caer a Mercedes; la tiraron al suelo. Quise alcanzarla, pero la perdí. Sentí que me arrastraban. Los jóvenes de la Liga Patriótica irrumpieron como bestias. Dios, ¡¿qué tenía de patriótico semejante salvajada?! Traté de esquivarlos, no quería que me reconocieran. Tarde.

Ese día detuvieron a cincuenta personas. Entre ellas, a mí.

La celda estaba repleta, saturada de olor a sudor, miedo y sangre seca. No podía creer lo que me tocaba vivir. No volví a ver ni a Manolo ni a Zoltán, tampoco a Mercedes. Me acomodé como pude. Las piernas me temblaban. Nunca había sentido tanto miedo. Los rostros de mis compañeros de cautiverio contaban historias tristes, de lucha, de hambre, de rebeldía. Sin embargo, el dolor que reflejaban no parecía físico, iba más allá, más adentro. No volví a ver a ninguno de mis amigos.

—¡Antonia! —gritó una voz.

Escuché mi nombre y levanté la vista.

—¡Vamos, preséntese, que no tengo todo el día! —dijo el uniformado justo detrás de las rejas.

Me levanté y fui hacia él.

Afuera me esperaba el abogado de mi padre. ¿Cómo supo que yo estaba allí? No contestó. No me miró. No firmé nada. Simplemente salí por la misma puerta por la que había entrado amarrada y a los empujones.

Cuando llegamos a casa, el coche siguió su camino apenas bajé. Me quedé ahí, sucia, parada frente a la puerta que se abrió. «Ay, Dios…, ¡mi padre!».

Ni crucé el umbral. El primer puñetazo me destrozó la boca. Estaba descontrolado, tomado por la ira. El segundo puñetazo me tiró al suelo. Mi madre, ebria, apoyada en la pared, presenciaba el espectáculo.

Él gritaba improperios; yo, incrédula y mareada, gateaba por el zaguán intentando esquivar el siguiente golpe. Busqué refugio en la sala.

Dolorida, trataba de mantenerme al resguardo de los ataques de ese hombre que me miraba con una furia desatada. Dejó de golpearme cuando comprobó que no podía levantarme.

—¡Ahora vas a escribir los nombres de esos anarquistas!

No respondí. Me mordí la lengua. Sabía que otro golpe podía ser el último. No se los diría. Yo le sostenía la mirada, desafiante. Desde el centro de mis entrañas subían los deseos de mandarlo a la mierda, pero me contuve; no estaba segura de seguir aguantando más golpes. Quedé tirada en el piso, ensangrentada, exánime.

Ramón irrumpió de pronto. Creo que me salvó la vida.

—Patrón, venga, es urgente —dijo.

Me arrastré hasta mi cuarto, sola, sin ayuda. Suspiré y pensé en el sobre, allá, en la casita del barrio de La Boca. «Espero que esté a salvo».

Me higienicé como pude y caí maltrecha en la cama. Estaba muy dolorida, pero necesitaba pensar, estar alerta. Mi padre no se iba a quedar de brazos cruzados y, sabiendo lo que yo sabía, corría un riesgo fatal. ¡Qué confusión! ¡Qué dolor!

Roberta entró en silencio. Me curó las heridas, aplicó ungüentos y dejó una tisana de tilo y valeriana para que pudiera dormir. Pero no pegué un ojo.

XII

Mirando el techo, recordé y repasé el contenido del sobre que había encontrado y que cambiaría toda mi vida. Ese papel tenía muchos datos acerca de quién era yo, y también de quiénes eran mis padres.

Recordé de memoria cada palabra: «Convento de Santa Elena, 1910». El texto era extraño: «La criatura ha nacido y se encuentra gozando de buena salud. Ha venido al mundo el día diecisiete de febrero. La madre, joven de familia decente, ha solicitado mantenerse en el anonimato». Solté un suspiro: ¡esa fecha era mi cumpleaños! «Queda a vuestra disposición para ser entregada a la familia de confianza que se encargará de su crianza en Argentina». Y, entre los papeles, una carta manuscrita, suelta: «La flor ha nacido. Se requiere jardinero prudente para el traslado a tierra lejana. No debe saberse el origen de la semilla».

Repasé mi vida, mis soledades, los desplantes de mi padre y de mi madre. ¿Quién era yo? Todo comenzaba a encajar, a encuadrar. La ansiedad se apoderó de mi cuerpo. Debía actuar, urgente. Pero ¿qué? No podía moverme del dolor. Pensar en Zoltán y Mercedes juntos multiplicaba mi tormento.

Al día siguiente seguía inmóvil, mi cuerpo no respondía. Cada vez que se abría la puerta de mi cuarto me atacaba el pánico, convencida de que mi padre regresaría para seguir golpeándome hasta arrancarme los nombres de mis amigos. Por suerte, no volvió. Me angustiaba pensar en ellos: ¿estarían detenidos? ¿Y Zoltán?

El tercer día me sentí algo mejor, aunque mi aspecto dijera lo contrario. Decidí escapar. No podía seguir viviendo en ese infierno, y menos después de saber que nada me vinculaba a ellos. Nada. Solo un apellido que ni siquiera era mío.

Mi madre, por supuesto, ejerció como la madre ausente que era y ni asomó la nariz para ver cómo cicatrizaban las heridas. Si lo pensaba bien, nunca había ido a mi cuarto. Jamás me visitó ni enferma. Tampoco ahora, apaleada. Consecuente.

Me incorporé. Debía encontrar la forma de irme, de escapar. No quería pasar un segundo más en esa casa, con ese animal de mi padre y la borracha de mi madre.

Le pedí a Roberta que me ayudara a preparar un equipaje pequeño y que le dijera a Ramón que me llevara hasta la pensión de los chicos. Sabía que podía confiar en ellos. Si no estaban ahí, ya vería qué hacer; pero no pensaba regresar. Jamás. No iba a entregar a mis amigos, los únicos seres humanos que me importaban en el mundo.

Ramón me contó en el auto que mi padre estaba muy ocupado organizando el nuevo gobierno. «Al fin pudimos sacar al peludo Yrigoyen», fue lo último que le había dicho. No pregunté por Zoltán; no quería escuchar mentiras.

La ciudad estaba tomada. Mientras yo marchaba sentada atrás en uno de los coches de mi padre, con Ramón aferrado al volante, las calles se llenaban de automóviles de lujo, de jóvenes trajeados y armados, colgados de los estribos bamboleando sus armas. Los pobres corrían para esconderse.

Me despedí de Ramón con un abrazo. Sabía que no volvería a verlo. Cargada y dolorida, caminé hasta la última dirección que tenía, rogando, rezando, implorando que estuvieran allí. Porque si seguían detenidos, todo sería aún más complicado. Muy complicado.

Vaya sorpresa cuando llegué: acomodaban sus baúles y valijas. Se iban. Mercedes estaba llena de moretones; los muchachos, no, se los veía bien.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—¿Qué haces aquí, Antonia? —replicó Manolo—. ¡Hombre! ¡Qué paliza te han dado a ti también! —agregó al verme de cerca.

—Sí, pero no fue la policía. Mi padre quiso sonsacarme con golpes sus nombres —conté y, por un instante, sus movimientos quedaron congelados, expectantes—. ¡Claro que nunca se los dije! Están libres, gracias a Dios.

Respiraron, aliviados.

—Pues claro, algunos no corrieron con la misma suerte que nosotros —dijo Mercedes.

—¿Dónde van? ¿Por qué todo este equipaje? —encadené preguntas ante la obviedad: se iban sin decirme nada. Me dejarían. Eso me dolió mucho más que los golpes.

—Pues vale, Antonia: los de la Liga Patriótica, y luego del golpe, del cual tu padre es uno de los principales instigadores, nos tienen en una lista y no nos dan respiro. Nos regresamos a España —explicó Manolo.

—Pero si yo nunca dije sus nombres —aclaré.

—¡Ni en sueños! Estamos apuntados en las listas negras desde antes. La novedad, maja, es que ahora saben que somos tus amigos —agregó Mercedes—. Aquí están tus papeles; un amigo iba a dejarlos en tu casa.

Se me aflojaron las piernas. Recibí el sobre y me quedé allí, paralizada. El mundo entero se derrumbó sobre mi cabeza. ¿Y ahora? Me senté, apoyé los brazos sobre la mesa, me cubrí el rostro con las manos: no quería que me vieran doblegada.

—¿Y Zoltán? —me animé a preguntar.

En ese momento se abrió la puerta y apareció con un morral colgado. Se me iluminaron los ojos.

—Ahí lo tienes —dijo Manolo.

—¿Estás bien? ¿Te detuvieron? —pregunté.

—No, logré escapar. Ya me contaron lo tuyo —soltó con frialdad.

Ni me tocó el brazo. Apenas me sostuvo la mirada un segundo antes de apartarla. En ese instante, algo en mí se hizo añicos.

—Me voy con ustedes —anuncié—. Sí, me voy con ustedes. No tengo nada que me retenga aquí.

—¿Acaso te has vuelto loca? —dijo Zoltán. Y esas palabras fueron un cuchillo revolviendo mi corazón.

—No. ¡Me voy con ustedes!

—*Mare meva!* Tendrías que pensártelo mejor, ¿no crees? O vas a confirmar que estás chalada del todo —dudó Mercedes.

—Me voy con ustedes —porfié—. Este ni siquiera es mi país —aclaré. No iba a dejar que esos dos se fueran solos, sin mí. A pesar

de todo, perder a Zoltán, imaginarlo con Mercedes lejos, me carcomía más que cualquier otra cosa.

—¡Que no tienes billete, mujer! El barco está *copao*, no entra ni un alfiler. Somos muchos los que nos regresamos a nuestra tierra —dijo Manolo.

No podía aceptar que pretendieran convencerme de que me quedara acá. Yo quería marcharme con ellos. Con él. ¿Qué diablos le había pasado a Zoltán, que no decía palabra? ¿Por qué me ignoraba de esa forma?

—¡Hala! Si quiere largarse, que se venga, y ya está —terció Mercedes.

—¡Hostia, Mercé, que su familia es golpista! —dijo Manolo, con una pizca de miedo—. El barco sale en dos días. Si la Antonia se viene, tendremos que escondernos bien. Su padre dará vuelta Buenos Aires hasta encontrarla. Y ya ves tú que si se valdrá de la chusma patriótica.

Esa noche me quedé con ellos, organizando, acomodando. Cada ruido me paralizaba el corazón. No podía dejar de pensar que, en cualquier momento, irrumpía mi padre con sus secuaces.

—Antes del amanecer vamos por un pasaje para la Antonia y luego vemos dónde nos escondemos hasta que zarpe el barco —planeó Manolo.

La conversación la sostenían los españoles. Zoltán parecía ausente, me ignoraba. Él sabía bien por lo que había pasado; no podía creer que hubiera cambiado tanto. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué actuaba así?

Me quedé en un rincón, pegada a mis cosas. Intrusa, eso era. Rezaba para que no apareciera mi padre o alguno de sus mandaderos. Zoltán evitaba cruzar su mirada con la mía. Tal vez ya me odiara. Pero ¿por qué?

Comimos pollo frito y tomamos Cresta Roja. Nos acomodamos y, esa noche, apenas dormimos de a ratos. Los pensamientos hacían cola en mi mente, no me dejaban en paz.

No oí cuando Mercedes se fue, ni tampoco a Zoltán; seguro que estaba con ella. Eran las diez de la mañana cuando regresaron. Verlos juntos me dobló en dos, aunque traté de disimularlo.

—No he conseguido nada, maja, no hay lugar ni para polizones —dijo Mercedes. Y al notar mi decepción, agregó—: Pero para la señoritica compré un billete en primera.

Salté de alegría.

—Me lo tendrás que pagar, ¿eh? Me gasté toda la pasta, la mía y la de Manolo.

—¡Claro que sí! Ahora. Y ojalá nos fuéramos ya —deseé con ahínco. Me angustiaba verlos tan preocupados por mantenerme escondida en esa madriguera.

—No va a pasar nada —minimizó Manolo, y de inmediato ordenó —: Preparen los petates que apenas la Mercé nos avise, nos vamos.

A los pocos minutos, unos golpes secos en la puerta casi nos provocan un ataque al corazón.

—¡Hala! —gritó Mercedes.

Había llegado el momento. No había vuelta atrás.

XIII

Salimos con todos los bultos. Había un auto esperándonos. Una sensación extraña me recorrió el cuerpo al momento de subir, amontonados y apretados como ganado. Nos acomodamos como mejor pudimos. Cuando el vehículo arrancó, algo se me atragantó: un grito, una mezcla de alegría y miedo, pero solo salió un suspiro. Nos fuimos. Me iba con ellos. Me iba con Zoltán. No tenía idea hacia dónde, creo que ninguno sabía el destino. Sentía una culpa inmensa. Si algo salía mal, mis amigos podían morir, y sería mi culpa, mi grandísima culpa. Había antepuesto mi egoísmo y subido a ese auto sin calcular las consecuencias.

—Llegamos. Ahora, salgan —ordenó el conductor, un hombre al que jamás había visto—. Vendrán a recogerlos enseguida —agregó.

Estábamos en el puerto. ¿Qué hacíamos ahí si el barco aún no zarpaba?

—¡Vengan! —nos gritó un flacucho, con gorra y las manos tiznadas de aceite, que se acercó como si nos conociera.

Lo seguimos detrás, acarreando nuestro equipaje con cierta dificultad. Caminamos bastante hasta quedar frente a un barco, de esos pesqueros destartalados.

—Vamos, ¡arriba! —arengó al vernos dudar plantados como estatuas.

Subimos despacio, cuidando que nada —incluidos nosotros— se cayera al agua.

—Nadie los buscará —comentó el joven— y mañana podrán embarcar. Un amigo se ocupará de ayudarlos. Mientras estén aquí, por favor, nada de ruidos ni luces.

Aún era de día cuando nos sentamos en la cubierta de la embarcación.

—Todo saldrá bien —dije, intentando calmarlos, como si fuera mi responsabilidad. Me miraron. Luego se miraron entre ellos. El mensaje velado que intercambiaron decía claramente que yo era la culpable.

Cada minuto se alargaba como una hora. Manolo ofreció unas galletas duras y un poco de agua. El sol comenzó a retirarse y el miedo se instaló en mi cuerpo. Aterrada, no podía retroceder. Intenté hablar con Zoltán, pero ni siquiera me respondió. Se percibía que yo era el objeto de su enojo. ¿Tanto me odiaba que prefería ignorarme? De todas formas, no pensaba regresar. Ya me encontraba en el puerto, y lo impredecible era lo único cierto.

La negrura de la noche nos cubrió con los destellos de alguna luz reflejada sobre el mar. Una brisa templada traía el olor a sal, a carbón, a historias que cruzaban el océano. El lento vaivén del Río de la Plata me mareó al principio, pero después el cuerpo se acostumbró. Las luces del puerto titilaban como estrellas bajas, reflejándose en las aguas oscuras y ondulantes. El silencio empezó a contar su propia historia. A lo lejos las grúas oxidadas chirriaban como viejos esqueletos de metal; marineros hablaban en lenguas que no comprendía; siluetas de estibadores pasaban como sombras. Y de pronto, un acordeón: una tonada melancólica, tal vez un marinero nostálgico haciendo respirar los fuelles. El sonido se mezclaba con el canto de las gaviotas y el rumor del agua golpeando los pilotes. Eso fue agradable y triste a la vez.

Me pregunté si, del otro lado del océano, alguien estaría mirando el mismo cielo, preguntándose por mí como yo pensaba en mis padres, en los verdaderos. Había pasado mucho tiempo y nadie había venido a buscarme.

—¿Por qué me odias? ¿Qué hice? —susurré al oído de Zoltán, sin poder contenerme.

Me miró un momento antes de hablar; luego, apoyó sus labios tan cerca que casi rozó mi oreja.

—No te odio, pero me enoja que seas tan caprichosa y te expongas a peligros innecesarios. Y que me sigas sin cesar —

susurró, como si le costara admitirlo.

—Mientes. No quieres que viaje con ustedes.

—Claro que no. ¿Acaso comprendes qué tan riesgoso puede ser esto?

—Pero ¿sabes qué descubrí? Mis padres no son mis padres.

—Exacto. Pero ellos te adoptaron y te criaron como una hija. Dormiste en cuna de oro. Deberías haber aprovechado tu posición. ¡Tu privilegio! No tienes ni la más remota idea de lo que es ser huérfano y mendigar hasta el aire. Eso me enfurece.

—¡Que se callen! —interrumpió Manolo, exasperado por los cuchicheos.

XIV

Pasada la medianoche, el bullicio comenzó a apagarse. Y ahí estábamos: solos, a oscuras y en silencio. Bueno, el silencio era solo exterior porque dentro de mi cabeza había tanta actividad que, si explotaba, creo que habría iluminado todo Buenos Aires. Tenía ganas de llorar, de reír, de saltar. Ganas de sentir la libertad que yo misma le estaba otorgando a mi vida.

Me dolía la cintura, se me entumecían las pantorrillas. Estiré las piernas; todavía faltaban muchas horas. Estaba a tiempo de arrepentirme. ¿Me perdonarían mis padres? ¿O se aliviarían con mi fuga? ¿Perdonaría yo a mis verdaderos padres lo que me habían hecho? «Ay…», suspiré.

Zoltán, como si pudiera leer mis pensamientos, tomó mi cabeza y la acomodó sobre su hombro. Una oleada de paz y placer me invadió. Los ruidos de la noche fueron mutando. Las olas que golpeaban la pared de hierro del barco, las voces lejanas y los traqueteos nos sobresaltaban. Luego, otra vez, el silencio y la noche interminable. Alguna conversación que se perdía, un murmullo, y nada más. El acordeón ya no sonaba. Me quedé dormida.

Apenas el sol despuntó en el horizonte, un hombre mayor vino a buscarnos. Asomamos las cabezas, estiramos los cuerpos y caminamos por el muelle. De pronto, el ruido, la multitud, los gritos, las corridas: todo estalló ante nuestros ojos. Entonces lo vi. El transatlántico estaba ahí. Enorme. Majestuoso. Un frío me recorrió el cuerpo y quedé paralizada. Era real. Todo era real. Pero bastó mirar a Zoltán para tranquilizarme.

—¡Antonia! —gritó Manolo, y reaccioné.

Caminamos un buen trecho hasta llegar a la escalerilla que nos permitiría subir a ese monstruo de hierro. Pasamos por una revisión rápida y seguimos en fila hasta cruzar el puente tambaleante que venía relojeando desde que lo descubrí. «¿Y si me caigo? ¿Y si se cae alguna de mis pertenencias?», pensé.

—Tranquila, tómate de mi brazo —me dijo Mercedes. La miré con extrañeza, pero obedecí.

Listo. Una vez a bordo, nadie podría tocarnos. Respiré profundo. Nunca había sentido tanta incertidumbre, tanto miedo, tanta emoción.

—Tengan sus billetes a mano —nos indicó alguien—. Cuando zarpe, vendrán a buscarlos y los guiarán a sus camarotes.

Nuestro embarque era aparte; éramos un grupo pequeño de personas. Comenzamos a pasar.

—Ustedes esperen aquí. Señorita Antonia, por favor, acompáñeme.

—Ella viene conmigo —me adelanté, sin pensar.

—El pasaje de primera es para usted —respondió el hombre.

Me negué a que nos separaran como si fuera mi sirviente y metí la mano en el bolso. Hurgué desesperada y del fondo saqué una pulsera. El oro hizo el resto.

—Mercedes es su nombre. Ella viene conmigo. No pido nada más de lo que ya está asignado para mí. Pero ella viene conmigo —recalqué, para luego ceder—, en el camarote que usted diga.

Mercedes estaba muda, observando mi actuación de ricachona caprichosa.

—No se diga más, señorita Antonia —dijo el hombre, que aceptó la pulsera y nos acompañó como si fuera nuestro fiel cicerone.

Mercedes me regaló una sonrisa genuina. Yo suspiré.

XV

Nos acomodamos en el camarote. Mercedes recorrió el lugar en silencio pasando la mano por cada mueble.

—¡Vaya! Estas sábanas son tan suaves que una podría hacerse un vestido —dijo al fin, aliviada.

—¿Cuando ustedes vinieron a la Argentina fue así, como ahora?

Mercedes me lanzó esa mirada suya que ya conocía: la de «no quiero hablar de esto».

—¡Qué va! Fue distinto. Llegamos *pa´* trabajar, queríamos hacer una diferencia para luego regresar. No veníamos con ideas políticas. Qué tontería, esas se nos pegaron aquí, luego de la muerte del Felipe, otro amigo —recordó—. Quién sabe, nunca tendríamos que haber venido.

El barco hizo sonar la sirena, un bramido estremecedor que quedaría grabado en varios corazones. Para algunos era el regreso; para otros, la despedida. Para mí, fue la sirena de la libertad. Me estremeció profundamente. Quise correr hasta dar con Zoltán, abrazarlo.

—¡Vamos! Busquemos a los muchachos, que el barco está por zarpar —propuso Mercedes.

No respondí. Estaba conteniendo el llanto, y me dejé llevar.

Cuando ese monstruo de hierro comenzó a moverse, sentí el deslizamiento bajo los pies mientras nos llevaba mar adentro. Me aferré al brazo de Manolo; Mercedes se prendió de Zoltán.

No podía respirar. Estábamos apretados entre la multitud, aturdidos por la sirena, los gritos de arriba y de abajo, los que se quedaban, los que nos saludaban.

—Respira —me susurró Zoltán, pasándome la mano por la espalda.

Permanecimos apoyados en la baranda, mudos, cada uno inmerso en sus pensamientos, hasta que la costa comenzó a achicarse y quedó reducida una línea en el horizonte.

—Venga, vamos a acomodarnos —ordenó Manolo.

Los muchachos fueron a las literas del entrepuente y nosotras regresamos al camarote. Admiraba el sentido de orientación de Mercedes; para mí, todos los pasillos, las puertas, las alfombras eran un laberinto del que no podía escapar sin su ayuda. Ella decía «Por aquí» y, sin más dilaciones, llegábamos al sector que buscábamos.

—Tenemos que prepararnos para la cena de gala que ofrece el capitán —comentó con fastidio—. Pero no sé si tengo ganas…, aunque si sirven buena comida…

—Traje un par de vestidos. Están un poco aplastados porque los enrollé para que no ocuparan lugar. Tendríamos que alisarlos…

—Vale, maja, que tus vestidos no van conmigo —dijo, volviendo a ser la Mercedes que conocía.

—Alguno seguro va con tu estilo. Será cuestión de probar —propuse, aunque por dentro me daban ganas de mandarla a la mierda. Grosera.

Se puso un vestido de diario.

—Toma, tenemos que llevar guantes. —Le alcancé un par—. Y ven, que debemos arreglarnos el cabello. No podemos presentarnos así, como dos gallinas perseguidas por un zorro.

Mercedes rio. Su cabello era como el mío, negro. Recogido en una torzada sobre la nuca, sus cejas gruesas y su nariz puntiaguda acentuaron su carácter. Y su belleza.

—Ay, joder, que no me reconozco. ¡Que no, que no, que guantes no!

Se veía hermosa, aunque refunfuñara.

En el salón, las mesas estaban dispuestas con carteles en el centro. Los pasajeros más importantes ocupaban sitios cercanos al capitán. Nos escoltaron hasta nuestra mesa, aún vacía. Mientras el resto de los comensales iba llegando, me entretuve admirando la elegancia ajena, un desfile de alta costura, hombres y mujeres que

parecían salidos de un retrato. Mercedes, en cambio, no era buena compañía para esa clase de protocolo.

La mesa se completó. Los platos desfilaron con variedad de manjares. Una orquesta, música y baile. Una velada exquisita que le brindó sosiego a nuestra agitada partida. Pero Mercedes no la disfrutó; solo se concentró en separar comida para llevarles a los muchachos. Yo moría de la vergüenza ajena.

Esa noche, ni el mareo logró impedir que el sueño profundo nos venciera apenas nos metimos en las sábanas perfumadas y suaves de la única cama del camarote. Mercedes se acurrucó en un extremo y me dio la espalda; yo me quedé mirándola, en silencio.

Desperté con un sobresalto. Cuando abrí los ojos, Mercedes estaba de pie, a mi lado, con gesto de reprobación.

—¿Qué haces ahí? —balbuceé, medio muerta del susto.

—Esperando que te despiertes, que roncas como un burro.

—¿Y cómo ronca un burro?

—¡Joder, Antonia, cuántas preguntas!

—¿Y por qué no me despertaste?

—Déjalo estar. ¡Vamos, que no quiero perder el desayuno! Y de paso les llevamos comida a los muchachos.

Llegamos al salón antes de que levantaran todo. Yo envolví pan, queso y budines con disimulo. Pero Mercedes directamente vació lo que había sobre la mesa.

—¡Por favor, Mercedes! Disimula.

—¿Qué sabes de Zoltán? —preguntó de golpe.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es verdad que es gitano y que trabajaba con su padre adoptivo en tu casa?

—Si ustedes son novios, pregúntale a él —respondí, arisca y dolida.

—Que sí, mujer, que estamos juntos.

Casi se me cae la taza. Lo sabía; claro que lo sabía. Pero escucharlo me turbó. Por eso Zoltán se comportaba raro conmigo.

—Te alegras por él, ¿verdad?

—Sí —mentí.

Bajamos con los tesoros para deleitar a nuestros amigos. La diferencia entre arriba y abajo me encogió el corazón. Le di un pan a una niña que me miraba con deseo y desconfianza. Lo tomó y salió corriendo.

—Allá están —dijo Mercedes.

—¿Qué hacen? —pregunté al reencontrarnos.

—Esperando el turno para desayunar algo —respondió Manolo.

—Venga, vamos a tomar el aire —dijo Mercedes—, que les trajimos un desayuno de reyes. Solo en la corte del capullo de Alfonso XIII se come así. Toma, que la igualdad empieza por el buche.

En la proa, mientras deshacía la comida en su boca, Manolo observó cómo los de arriba eran servidos por los de abajo.

—El ser humano es el único animal que necesita un amo para vivir. Vaya si tenía razón Kant —dijo, con la boca llena.

—Muchos de esos sirvientes están agradecidos de viajar, aunque sea en segunda o tercera —completó Zoltán.

—Es una perspectiva de clase —comentó Mercedes, dedicándole una sonrisa.

—Ya ves, ahora que la señoritica se codea con la clase alta, ya no grita ni discursa —se burló Manolo, con cierta causticidad—. ¿Qué tal arriba?

—De traca, Manolo. Es un hotel de lujo. Como si el dinero les pesara en los bolsillos.

El viaje fue entretenido, y eso me salvó de pensar demasiado en lo que había hecho. Mercedes convirtió el camarote en un estudio lleno de papeles y recortes; trabajaba pendiente de la opinión de Zoltán, a quien le mostraba, le leía y le consultaba cada cosa que escribía. Y yo… la observaba a ella. No podía creer que fueran novios. Me dolía pensarlo.

Cuando bajábamos a jugar a las cartas, a bailar, ellos siempre estaban juntos. Yo me quedaba con Manolo, intentando disimular la

pena que crecía en mi corazón. Abrigaba la dulce esperanza de cruzar miradas con Zoltán, pero no.

A veces, Mercedes desaparecía con cualquier excusa. Yo sabía que iba a estar a solas con Zoltán. En esos ratos, entonces, aprovechaba para llorar sin dar explicaciones.

Llegamos a Barcelona. Me temblaban las piernas. El corazón me golpeaba el pecho con una mezcla de miedo y esperanza. No podía controlar la emoción ni el vértigo de no saber qué sería de mí en la próxima hora de mi vida. Ya no había vuelta atrás.

La ciudad se abría ante mí como una promesa incierta. Los mástiles de los barcos mercantes apuntaban como agujas al cielo, y entre las torres de la ciudad, se asomaba la silueta inacabada de la Sagrada Familia. Respiré. Había cruzado el Atlántico. Del otro lado, Buenos Aires.

Ahora estaba lista para… no sabía qué.

«¿Encontraré a mis padres? ¿Y Zoltán? ¿Será mío alguna vez?».

Con esos interrogantes a cuestas, pisé tierra firme.

SEGUNDA PARTE

«A través del conocimiento, el pueblo se hará dueño de su destino».

FRANCESC FERRER I GUÀRDIA

I

Verano de 1908, Barcelona, España

Sola y sin un céntimo en el bolsillo. Con apenas diecisiete años y el luto aún fresco en la piel, Dolors se enfrentó a una ciudad que no perdonaba la debilidad. Vagó por las calles de Barcelona con la espalda recta, la pena corriendo por la sangre y el hambre en los ojos, buscando un lugar donde resistir. No quería limosnas ni caridad, sino un sitio desde donde reconstruirse entre los escombros. ¿Por dignidad? ¿Por vergüenza? Ni ella misma sabía distinguirlo.

Dolors no era como los demás, era diferente. Y lo era, sobre todo, gracias a su padre. Obrero como tantos y, al mismo tiempo, un hombre de ideas. Militante anarquista, de manos curtidas y convicciones firmes, creía que la lucha obrera no se ganaba solo en las fábricas ni en las huelgas, sino también en las aulas. Admiraba a Francesc Ferrer i Guàrdia, impulsor de la Escuela Moderna, aquella institución revolucionaria que enseñaba sin dogma, sin castigo y sin la sombra del púlpito vigilándolo todo. Fue él quien logró que Dolors se sentara frente a un pupitre sin crucifijos, rodeada de libros ilustrados, mapas del mundo y palabras que hablaban de libertad, de razón, de justicia. Aprendió a leer sin miedo, a escribir sin copiar, a pensar por cuenta propia. Su nombre, trazado a lápiz sobre una hoja limpia, le pareció entonces la primera palabra de su propia historia, una promesa de algo más grande, más digno.

Los recuerdos de aquella época volvían como un cobijo: la voz serena de la maestra hablando de la dignidad del trabajo, los paseos al aire libre reemplazando los rezos, las primeras frases de Bakunin y

Kropotkin copiadas sin comprenderlas del todo, pero sintiendo en ellas una fuerza profundamente arrasadora. La Escuela Moderna no solo le ofreció educación: le abrió la puerta a la libertad.

Hasta que un día su padre no regresó a la casa. Una muerte sin explicación. Su madre no tardó en enfermar. Murió de tristeza un año después, y Dolors quedó sola. Completamente sola.

En la pensión que debía abandonar por falta de pago, aún guardaba los libros de la escuela en una caja bajo la cama. A veces los abría, como quien reaviva una herida más que un recuerdo. Y entonces volvían, nítidas, las palabras de su padre, repetidas como un rezo laico: *«La llibertat, filla meva. La llibertat no es demana, es pren».* Todavía le llegaban en un eco: «Hija mía, la libertad no se pide, se toma».

Sin ánimo, pero con voluntad, visitó a una antigua amiga de su madre. La última vez que la había visto fue el día de su entierro. «Lo que necesites, Doló», le había dicho entonces. Dolors se aferró a aquella promesa como quien se sujeta a una tabla en medio del naufragio.

Y así apareció la primera luz tras tanto desamparo: un puesto como fregadora en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, un edificio solemne, de muros centenarios, vitrales mudos y pasillos interminables. Sus primeros pasos en el arte de curar, aunque su tarea fuera limpiar. Después de tanto tiempo, una sonrisa genuina apareció, al fin, en su rostro.

II

Entre paredes y salas saturadas de sufrimiento, Dolors empezó a forjar su nueva piel. Con su delantal blanco y un pañuelo en la cabeza, fregaba las cubiertas del hospital, acarreaba cubos de agua, escurría trapos manchados de sangre, recogía restos de dolor. Atendía a los más pobres con una ternura que no había aprendido, sino heredado. Sus manos ofrecían consuelo. Sus ojos, aunque jóvenes, miraban con la gravedad de quien ya ha visto demasiado. Eran jornadas interminables, pero Dolors no se quebraba. Al contrario: en cada cuerpo herido que sostenía, en cada noche sin descanso, se afirmaba un poco más.

Aprendió a leer los silencios del hospital como si fueran oraciones secretas: los pasos fuertes de los médicos, los sollozos contenidos, los susurros entre enfermeros que hablaban de sindicatos, de huelgas, de justicia.

Fue allí, bajo aquel ritmo de trabajo y desvelo, donde entendió que la miseria no era natural ni un destino. Que su enojo podía organizarse. Que su tristeza podía transformarse en fuego. Ese pensamiento la conectó con Clara, una enfermera de rostro sereno y ojos que parecían arder por dentro. Clara le habló de libros, de ideas, de un mundo posible para las dos. Una noche la llevó a un ateneo libertario del Raval, y Dolors sintió que cruzaba un umbral invisible. Allí se embriagó de palabras nuevas, de sueños que la estremecían como si fueran manos que rozaran su piel.

En sus noches libres, empezó a escribir proclamas en hojas sueltas. Su letra, al principio temblorosa, se volvió firme. En la lavandería, a escondidas, leía panfletos, memorizaba frases,

ensayaba discursos y aprendía a hilar palabras de rebelión mientras fregaba los pisos.

Las reuniones sindicales no se anunciaban: se murmuraban en pasillos, se pasaban de boca en boca, se cifraban en claves que solo entendían quienes ya manejaban los códigos internos. En trastiendas, sótanos o cuartos oscuros se reunían panaderos, costureras, enfermeras, mozos de carga. Gente como ella. Gente que no tenía nada, salvo su voz. Dolors asistía en silencio. Pero cuando alguien preguntaba quién se ofrecía para repartir panfletos o esconder prensa prohibida, ella levantaba la mano. Clara la miraba con orgullo.

Volvió a empezar: sola, pero con un trabajo, una pensión modesta y, por primera vez en mucho tiempo, amigos que pronto se convertirían en compañeros de lucha.

III

Un año después

El mitin se celebraba en un solar baldío del barrio del Raval, donde las voces rebotaban bajo el cielo espeso de Barcelona. Dolors estaba allí, firme, atenta, rodeada de otros empleados del hospital y de varios compañeros de la pensión.

Hombres de voz grave y mirada encendida subían al improvisado estrado para denunciar la guerra en Marruecos. Decían que aquel derramamiento de sangre solo servía para enriquecer a unos pocos: comerciantes, aristócratas y banqueros con negocios en el norte de África, especialmente en las minas del Rif. También se alzaban gritos por la educación del pueblo, por la justicia social, por los obreros que malvivían entre fábricas humeantes y jornales miserables.

Dolors escuchaba en silencio, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. A ratos, asentía; otras veces, torcía los labios con amargura. Cuando el último orador bajó entre aplausos, suspiró hondo, se despidió de sus conocidos y se marchó. Clara le había insistido en que no se expusiera tanto, porque podían quitarle el trabajo. La noche era cerrada y las luces vacilaban en las esquinas, proyectando sombras alargadas sobre los adoquines. Tenía que llegar al hospital: su turno comenzaba en una hora.

Al entrar, saludó al guardia, un hombretón con cara de pocos amigos que siempre tenía un cigarro en la boca, y se cambió a toda prisa.

—¿Habéis oído lo del convento de la calle Mallorca? —preguntó alguien mientras separaba las escobas de los palos—. Dicen que ardió entero. Los vecinos no dejaron pasar a los bomberos.

—Lo he oído. Pero también dicen que en el sótano escondían reclutas, muchachos que no querían ir a morir a Marruecos —respondió otra mujer.

—¿Y tú? ¿Te lo crees?

Dolors se encogió de hombros. Había aprendido a no afirmar ni negar con ligereza. En tiempos como aquellos, todo era cierto y todo era mentira. Y había que sobrevivir.

Cerca de la medianoche, mientras terminaba de limpiar un sector, apareció Clara con una botella con café y un pedazo de pan envuelto en papel de periódico.

—Come algo —dijo—. Hoy nos queda larga la noche.

Dolors llegó a la pensión deslizándose como un fantasma. No quería cruzarse con nadie. Le dolía la espalda, tenía las manos entumecidas y la noche había sido interminable. Pasó por el baño, se refrescó el rostro con agua y luego caminó hasta su cuarto, al fondo del pasillo. Se tumbó vestida, sin quitarse los zapatos polvorientos. El colchón protestó. Ella cayó en un sueño espeso.

Mientras dormía, la ciudad se tensaba. El Comité Obrero —formado por socialistas, anarquistas, republicanos— seguía reunido. Planeaban una huelga general desde hacía días, pero los últimos acontecimientos lo precipitaron todo. El gobernador civil había cedido el mando al general Luis de Santiago y el ejército tomaba posiciones. Las luces comenzaban a apagarse en algunos barrios. Los tranvías se detenían. El rumor de revuelta se extendía como fuego seco: de Sants a Sant Andreu, del Clot al Raval. Barcelona contenía el aliento.

Fue entonces cuando llegó el golpe en la puerta.

—¡Doló! ¿Estáis ahí? ¡Abrid, es importante!

Se sobresaltó. Tardó en ubicarse. Desde el otro lado del umbral llegaba una respiración agitada.

—¿Quién llama? —preguntó, ronca, contrariada.

—¡Soy Álvaro! ¡Abrid, por favor!

Dolors descorrió el pestillo. Álvaro, el hijo de doña Ramona, la dueña de la pensión, la reclamaba con su esqueleto delgado, la

mandíbula apretada y los ojos encendidos.

—¿Pero qué ocurre?

—¡Que ha comenzado, Doló! ¡La gente está en la calle, levantando barricadas! ¡Han cortado vías! ¡Hay disparos en el Paralelo!

A su espalda asomaban Tomás y Evaristo, también pensionistas.

—Que ha llegado el día, Doló —dijo Álvaro, con voz febril—. ¡El Comité ha dado la orden de impedir que los soldados embarquen rumbo a Marruecos!

Dolors suspiró; sabía qué pasaría. Dolorida, exhausta, se pasó una mano por el cabello.

—¿Y vuestra madre?

—¡Ya se fueron todos! ¡Vamos!

Cuando puso un pie fuera de la habitación, se dio cuenta de que ni siquiera se había sacado los zapatos. Alisó su atuendo como pudo, pasó por el baño, salió con ellos a la calle.

Avanzaron con el sigilo de quienes saben que cada paso puede ser el último. Se cruzaban con grupos cada vez más numerosos: hombres con gorras, mujeres con delantales, niños correteando con recados. Varios llevaban palos; otros, piedras; alguno escondía un revólver entre los pliegues de un trapo. En las esquinas ardían hogueras. Dolors apuró el tranco.

—Mirad, aquí levantan otra barricada —dijo Álvaro, señalando hacia la plaza.

Hombres apilaban adoquines; mujeres alcanzaban sogas y piedras. El humo se alzaba en espirales negros. Corrían rumores: las tropas estaban acuarteladas en el Bruch; refuerzos de Zaragoza venían en camino. La tensión golpeaba como un redoblante bajo la piel.

Dolors sintió cómo el corazón le latía furioso en las sienes. Vio a las mujeres sujetando a sus hijos, a los hombres con el puño en alto y pensó: «¿Así habrá luchado mi padre?».

Siguieron hacia las Ramblas. Una columna de soldados intentaba abrirse paso. Fusiles al hombro. El ambiente se volvió espeso. Se oyeron pedradas. Un sargento gritó:

—¡Atrás todos!

Dolors tomó a Álvaro del brazo para detener su marcha.

—¡No te acerques! ¡Mira esos fusiles!

—¡No puedo quedarme quieto! —se resistía—. *Vinga*, vamos.

Tomás y Evaristo lo sujetaron con determinación. Y entonces, los disparos. Gritos. Pánico. La turba arrastró a Dolors hacia atrás. Desesperada, buscó a Álvaro. Lo agarró de la manga justo antes de que la marea lo tragara.

—¡Que nos vamos!

—¡Es nuestra lucha! —gritó él.

—¡Que vivos servimos más que muertos!

Se refugiaron tras un quiosco volcado mientras los disparos seguían zumbando a lo lejos. El sol quemaba sobre Barcelona. La ciudad escribía con rabia y coraje las primeras líneas de una semana que quedaría grabada para siempre en los corazones y en los libros de historia. Una semana para olvidar, no para recordar.

Entreverados con otro grupo, llegaron a la plaza del Pedró. Dolors se detuvo. Una muchedumbre se apretaba contra la verja de un convento. Rezos, plegarias, discusiones, piedras en el aire.

—¡Quemad las sotanas, no los libros! ¡Los libros son nuestros! —gritó uno de los manifestantes.

Dolors cerró los puños. Recordó el aula de la Escuela Moderna, donde había aprendido por primera vez que preguntar no era pecado. Recordó a Ferrer i Guàrdia, al maestro que hablaba de ciencia y libertad con la misma pasión. Y recordó a su padre, despedido por enseñar esas ideas a su hija.

Una chispa saltó. Alguien rompió un ventanal. Otra piedra. Un insulto. Un empujón. La turba entró como río desbordado.

Dolors no huyó ni retrocedió. Se adentró en el humo y, entre lágrimas y ceniza, vio arder un crucifijo, a una monja llorar, bancos incendiándose, aullidos desgarradores. Y por un momento sintió horror. Entonces la vio: una niña de unos diez años, con la cara tiznada, inmóvil frente a la furia del fuego. No parecía asustada. Miraba con una seriedad inusual para su edad. Dolors se agachó para preguntarle:

—¿Tienes miedo?

—No.

—Anda, ve con tus padres. Es peligroso —dijo y acarició su cabeza.

La niña no se movía.

Dolors tragó saliva. Con la garganta seca, tomó a la niña de los hombros y la guio hacia la salida. Apenas asomaron, la niña pareció volver en sí.

—*Mare!* —gritó cuando descubrió a una figura conocida, y echó a correr.

La mujer, con el rostro desencajado, la recibió con los brazos abiertos. A su alrededor, el caos se disolvía. Dolors se detuvo en la escena unos segundos. Algo se aflojó en su pecho: una pequeña victoria. La había encontrado a tiempo. Eso bastaba.

Luego, alzó la vista para mirar más allá. Barcelona era un cuerpo herido. Nada de aquello había empezado esa noche. El estallido llevaba años gestándose.

Perdió de vista a los muchachos y avanzó por El Raval, esquivando grupos que discutían, otros ayudaban, cargaban objetos en sus manos. El aire olía a madera quemada. A lo lejos, unos soldados marchaban en fila. Cada uno peleaba por su causa: ideales, comida, educación, salario, descanso, sobrevivir, matar… La lista era interminable. Lo viejo se caía a pedazos, y lo nuevo aún no tenía forma ni fuerza para sostenerse.

La semana apenas comenzaba. El calor era agobiante. Dolors apretó los puños y siguió su marcha hasta que encontró a Álvaro.

—No debemos separarnos —rogó Dolors.

Álvaro, con el ceño fruncido y una bandera rojinegra enrollada bajo el brazo, asintió. No hacía falta hablar: sabían que esa jornada no era como cualquier otra.

Aquel día no fue solo una huelga. Fue la ciudad abriéndose en canal. El hartazgo de años —la humillación de ver partir a los pobres hacia una guerra ajena, la indiferencia de una monarquía lejana, la complicidad de la Iglesia— estalló en una furia sin dirección precisa, pero con un propósito evidente: decir «¡Basta!».

Dolors no sabía si volvería a casa esa noche. Pero sentía, por primera vez, que sus pasos contaban. Que la historia, aunque

sangrienta y confusa, se estaba escribiendo debajo de sus propios pies. Y, aunque el cansancio la aplastaba, ella siguió caminando.

IV

Apolonia estaba sentada en el primer banco de la iglesia del convento, frente al ataúd de su padre. Vestía de negro de pies a cabeza, con un velo de encaje que le cubría el rostro y un pañuelo apretado contra la boca para contener el llanto. El féretro de caoba reposaba sobre un estrado cubierto de terciopelo, coronado por una cruz de plata y el escudo heráldico de los Ferrer de Olagues: tres torres labradas en relieve.

El padre Atilio, un cura alto y enjuto, recitaba el responso con voz temblorosa:

—*Libera me, Domine, de morte aeterna…*

Afuera, la ciudad ardía. Todo lo que su padre había vaticinado en vida ahora se cumplía ante sus ojos. Eran una familia burguesa. «Una familia maldita», pensaba Jan, el hijo mayor, desde el día en que nacieron sus hermanas mellizas y murió su madre.

Un sacerdote se acercó con el rostro sombrío y le habló con gravedad:

—Debemos apresurarnos. Han atacado el convento de las Dominicas de San José, y también la residencia de los Hermanos Maristas. Han matado a un fraile y sabrá Dios cuántos más.

—Que sí, padre, comencemos ya —asintió Jan, confuso.

La iglesia estaba semivacía. El sacerdote y cuatro monaguillos iniciaron la ceremonia sin dilación. El traslado del féretro debía hacerse cuanto antes.

—Pues creo que deberíamos omitir el segundo responso y salir ahora mismo —propuso Apolonia, pálida, con la vista fija en la puerta principal.

—¡Que de ninguna manera! —estalló Jan, irritado—. ¿Quieres dejar a nuestro padre sin sus últimos sacramentos? ¿Qué te ocurre, Apolonia?

—Jan, que la ciudad está desbordada —susurró ella, temiendo ser oída hasta por las piedras—. Ya sabes que han atacado a las Dominicas, y yo acabo de enterarme de que han asaltado el cuartel de los Veteranos de la Libertad, allá en Drassanes. Que se han llevado las armas, muchas. Esto ya no es una revuelta. ¡Que esto es una guerra, Jan! Y hemos dejado sola a Isabel en casa. ¡Te lo ha dicho el mismísimo cura! ¿Que acaso no lo entiendes?

—Apolonia, tranquilízate. Y cuida tu vocabulario. No atacarán una iglesia. Ni un cementerio. ¿Qué sentido tendría? Deja de atormentarme. Y lo sabes: ella no debería estar en esa casa. Vosotras y vuestros caprichos… Que me tenéis agotado.

—¿Capricho? ¿Qué es un ser humano, Jan?

—¡Shhh! ¡Calla, mujer! Que ya ni respetas el lugar —dijo él, acompañando la reprimenda con un codazo.

—¡Ay! ¡Pues qué bruto eres! ¿Y qué debemos concluir con eso, Jan?

—¡Hala! ¡Que tengo razón! Ella debe vivir en el convento, no entre nosotros. No tiene alma que salvar, no tiene a Dios —sentenció.

—¡Claro que no! ¡Eres un…!

No terminó la frase. Un estruendo sacudió los vitrales. Las puertas se abrieron de golpe. Hombres con el rostro cubierto irrumpieron como una avalancha: palos, antorchas, la rabia en carne viva. Un manifestante arrojó una botella con un trapo encendido hacia el altar lateral y el fuego trepó hacia el cielo con violencia.

—¡Jan! —gritó Apolonia, paralizada.

Él no respondió. La tomó del brazo y la arrastró entre las columnas.

—¡Por aquí! —gritó un fraile con el hábito manchado de hollín. Señalaba una puerta trasera que conducía al convento.

Jan empujó a su hermana hacia el pasadizo.

—Vete con él. ¡Rápido! Yo os alcanzaré.

—¡No! ¡Jan!

Pero él ya se había soltado, perdido entre humo y sombras. El fraile la guio por los corredores estrechos del convento. Detrás, la iglesia crujía como si el fuego arrancase los secretos de confesión. Apolonia se detuvo, dio un giro y volvió sobre sus pasos. Entre el humo y el pánico, regresó hacia el féretro de su padre.

V

Envuelta por la muchedumbre, Dolors había perdido contacto con Álvaro, Tomás y Evaristo. Había dicho que prefería ir a las barricadas, pero cuando levantó la vista, los vio ingresar en la iglesia del convento. Aceleró el paso: no pensaba quedarse sola. Al acercarse, una ola de gente huía en todas direcciones. Las llamas brotaban desde el interior, como flores del infierno.

Corrió para buscarlos. «¿Dónde se han metido?», se preguntó sin dar con ellos. Y entonces la vio: una joven de su edad, abrazada a un ataúd en medio del fuego, mientras un fraile intentaba apartarla. Dolors, sin pensarlo, se cubrió la boca e ingresó. ¿Qué demonios estaba haciendo?

El humo le quemaba los ojos y la ceniza le raspaba la garganta. Corrió hacia la joven, pero antes de alcanzarla sintió un golpe en la espalda. Tropezó. Giró y se encontró con los ojos desorbitados de un muchacho con el rostro tiznado y la camisa desgarrada. Se abalanzó sobre ella empuñando un candelabro.

—¡Que te mueras, roja anarquista! —bramó, enceguecido por el odio.

Dolors apenas logró esquivar el golpe. El candelabro le rasgó la mejilla, dejándole una línea ardiente sobre la piel. Se agachó por instinto, palpó el suelo con desesperación y sus dedos dieron con un hierro. Lo alzó y lo descargó sobre su oponente. El impacto sonó seco, como el crujido de un hueso. El joven se tambaleó, con los ojos en blanco, y cayó de espaldas entre los restos humeantes de un banco. Quedó torcido, inmóvil. Un hilo de sangre le corría desde la sien hacia el cuello. Dolors retrocedió un paso, aún con el hierro en alto. Al reaccionar, lo tiró lejos. «No lo conocía —se justificó—. Era

uno de los otros». Volvió a cubrirse la boca. Avanzó entre humo y llamas que se deslizaban como lenguas vivas. El calor era insoportable.

—¡Ven! ¡Que salgamos de aquí! —ordenó, tironeando de la joven.

—¡No, no!

Dolors la rodeó por la cintura. Cayeron juntas. El ataúd se volcó. Las llamas avanzaban con un crepitar creciente.

—¡Que vas a morir quemada! —le gritó, entre miedo y furia.

La joven lloraba sin consuelo. Dolors la incorporó como pudo y la arrastró hacia la salida.

—Vamos, que tenemos que largarnos de aquí.

—¡Mi hermano! —chilló la joven al ver al hombre desplomado junto al banco—. ¡Jan! —repitió, y volvió a internarse en el templo.

Dolors la miró con incredulidad. Dio un paso atrás, pero regresó por ella. La encontró forcejeando con el cuerpo del hombre al que ella acababa de matar, intentando arrastrarlo. Quiso desengañarla.

—¡Oye! Vámonos. Está muerto… No hay nada que hacer. ¡Ven!

La tironeó, alejándola del fuego. Salieron y corrieron. Al doblar una esquina, cayeron exhaustas en unos escalones de piedra. Repletas de hollín, con la ropa cenicienta, la joven apoyó la cabeza en el hombro de Dolors y rompió en un llanto profundo, doloroso.

—¡Mi hermano! ¡Que se ha quedado allí dentro!

Dolors guardó silencio. No sabía qué decir.

—Y mi hermana… Isabel está sola en casa. ¡Que no sabes lo que podrían hacerle si entran! ¡Si la encuentran! ¡Ay, por Dios! —exclamó, cubriéndose el rostro con ambas manos—. Tengo que volver. ¡Tengo que sacarla de allí!

Dolors la sostuvo por los hombros.

—Pues que no puedes volver ahora. Te matarían, o peor. Primero debes recobrar el aliento.

—Que no puedo dejarla sola. He perdido a mi padre y ahora a mi hermano Jan. ¡No puedo perder también a Isabel!

Dolors acusó recibo, pero quiso confirmarlo.

—¿Cómo has dicho? —murmuró.

—Jan —repitió la joven—. ¡Mi hermano Jan! ¡Ha muerto allí dentro!

Dolors sintió el golpe. Acababa de matar al hermano de esa jovencita.

TERCERA PARTE

«La libertad se aprende ejerciéndola».

CLARA CAMPOAMOR

I

Otoño de 1930, Barcelona, España

Barcelona era una ciudad rara: antigua y moderna a la vez. Para mí, completamente nueva. Me había atrapado desde el primer momento en que pisé su tierra. Los muros de piedra, las fuentes, los bares atestados, ese sonido musical que arrastra el catalán al hablar…, todo me resultaba encantador. Caminaba casi embobada detrás de Mercedes y los muchachos. Estábamos a salvo. O eso creía yo. Ellos parecían felices, como si hubieran vuelto a casa. Yo me preguntaba si acá también estaría la mía.

Por suerte, y entretenida con cada descubrimiento, había dejado de fijar mi atención en Zoltán. Entonces casi no hubo más contacto que el justo y necesario. Aún me costaba comprender esa actitud. Tal vez era por Mercedes. Él también la llamaba «Mercé», esa forma tan local, casi familiar, que a mí me caía pesada. Bueno…, ¿qué sabía yo?

Cuando llegamos a la pensión de doña Consuelo, fuimos recibidos con lágrimas, abrazos y olor a guiso. Después aprendí que era *escudella*, una sopa espesa de carne y verduras que sabía a gloria.

—¡Que estáis aquí! ¡Que no me lo creo! ¡No me lo creo ni un poquito! —repetía, besando a Manolo y a Mercedes como si no hubiese pasado el tiempo. Yo fui casi un regalo sorpresa. A Zoltán sí lo esperaban. A mí, no. Sin embargo, me recibió con una calidez conmovedora.

La pensión, una casa sencilla, estaba llena de aromas que me reconfortaron sin saber bien el motivo. Tal vez porque, en mi casa, el

único lugar donde me había sentido cómoda era en la cocina. El suelo de mosaico hidráulico, gastado por los años, dibujaba flores y espirales como si contara historias en cada paso. En el patio interior, la ropa colgada se mecía con la brisa, mezclando el olor del jabón con el del guisado que salía de las ollas. Allí convivían hombres y mujeres venidos de todas partes, compartiendo cuartos modestos y un solo baño al que se accedía después de un largo pasillo.

Por las noches, las mesas se llenaban de vasos de *vi ranci*, moscatel dulce y porrones de sabor áspero. Las voces subían, se entrelazaban en cantares y, los domingos, los huéspedes parecían animar una fiesta improvisada. Debajo de esa hilaridad vibraba una sensación común, un sueño político; así lo entendí luego de escuchar con atención sus conversaciones. Anhelaban algo grande, importante, aunque ese sueño nunca terminara de llegar.

Zoltán, con los días, se convirtió en un desconocido para mí. Me desconcertaba su forma de moverse por el mundo con indiferencia, como si no necesitara a nadie. Y tenía novia. Jamás, ni en mis fantasías más torpes, había imaginado vivir este desplante. Yo pensé que me quería, que yo era importante. ¿Y ahora? ¿Toda nuestra historia había sido una farsa? ¿Puede una farsa durar una vida entera? No lo sabía. Tal vez ese era el verdadero Zoltán, el que caminaba libre de las imposiciones de Ramón… y de mí.

Doña Consuelo nos asignó dos habitaciones contiguas. Mercedes y yo nos instalamos en una pieza sencilla con dos camas, una mesita de noche torcida y un tablón que pronto quedó cubierto de libros y papeles. Mercedes, entusiasmada, los esparció como si con ellos pudiera fundar un nuevo país. Luego se dejó caer sobre la cama y me lanzó una sonrisa entre advertencia y satisfacción.

—Pues, esta es mi cama —dijo, dando una palmada sobre el colchón. Se quitó los zapatos y cerró los ojos. Pero enseguida se interesó en mí, como si de pronto recordara mi desamparo—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Extraña…, pero esto me encanta. Mucho.

—Que a ti te gusta cualquier cosa, Antonia.

—Casi todo… —minimicé, y saqué a relucir un tema que nunca me animé a tocar en altamar—. ¿Por qué se fueron a Argentina?

Ella, que estaba descorriendo una cortina para dejar pasar más luz, se detuvo un instante.

—Primero nos acomodamos, Antonia, y después ya veremos cómo seguimos con lo tuyo —evitó responderme.

—¿Por qué? —insistí.

—Nos fuimos… y no tengo deseos de recordar esa etapa.

Le pedí que se explicara.

—Ay, Antonia, que me dejes disfrutar este momento, mujer. Otro día, ¿vale?

Desistí con la promesa y me recosté en mi cama, tratando de procesar los últimos acontecimientos. Intenté asumir que estaba en otro país, que mis padres no eran mis padres y que, supuestamente, había nacido en la misma ciudad a la que había ido a parar por accidente. Era demasiado.

Y encima, Zoltán me había soltado la mano.

II

La situación política se había vuelto parte de la vida cotidiana: uno se despertaba, comía y se dormía hablando de los acontecimientos que sacudían a toda España.

Me enteré de que en enero había caído el dictador Primo de Rivera y que lo reemplazaba el general Berenguer. Me causó gracia cómo definían ese momento: la «dictablanda». Gracioso, sí, aunque su herencia autoritaria persistía, filtrándose por todas las grietas. Doña Consuelo me explicó las precauciones que debíamos tener: la policía secreta perseguía a cualquiera que perteneciera al bando opuesto. Algo parecido a lo que había dejado en Argentina, pero del otro lado, creo.

Lo que más me desconcertaba era la existencia de un rey. El propio Alfonso XIII había designado a Berenguer. ¿La monarquía? Me costaba comprender cómo tantas personas podían vivir —literalmente— del pueblo. Los obreros pedían pan, justicia y educación libre; los burgueses y la Iglesia disfrutaban sus riquezas.

Escuchaba historias todo el tiempo, aunque no siempre lograba comprenderlas: hablaban a la vez, se interrumpían, mezclaban catalán y castellano, y yo tenía que pasarlas en limpio con la ayuda de Manolo y Mercedes. Poco a poco, involucrada con el devenir, empecé a ilusionarme con la idea de que pertenecía a un movimiento importante.

Por consejo de Mercedes, anotaba los nombres y los datos más relevantes para no olvidarlos.

Con Zoltán no conseguí hablar a solas. Cada vez que intentaba acercarme, Mercedes saltaba como un resorte y se apoderaba de la

palabra, llenando el espacio con su voz y esa presencia luminosa que la rodeaba. Él tampoco hacía nada por evitarlo. Me sentía incómoda, casi patética, acechándolo con la esperanza de robarle unas pocas palabras, cuando durante años nuestras vidas habían transcurrido en paralelo, entrelazadas, y él siempre había estado dispuesto a complacer mis caprichos, mis deseos, cualquier mínima petición. Insisto con este asunto, porque dolía. Aún no conseguía asimilar ese cambio. No lo entendía.

Mercedes y Manolo se integraron en ese mundo con una rapidez pasmosa. Eran piezas perfectas que encajaban en el engranaje de la ciudad a la que pertenecían. Enseguida salieron, se reencontraron con amistades y parientes, tejieron vínculos con una naturalidad que a menudo me dejaba afuera. Yo, en cambio, apenas podía seguirles el paso.

Mi vida había dado un giro brusco, casi violento, y ni siquiera podía decir que fuera responsable de lo ocurrido. Era como si una corriente me hubiera arrastrado hasta ese presente sin dejarme elegir nada. Lo único que conservaba intacto, latiendo en mí, era esa sensación terca de incomodar, interrumpir, estorbar, imponiendo mi presencia donde nadie me necesitaba.

Me tiré en la cama de al lado, crucé los brazos bajo la cabeza —imaginando que así me parecía un poco a Mercedes— y me quedé mirando el techo mientras mis pensamientos se arremolinaban, furiosos. ¿Quiénes serían mis padres? ¿Por qué me habían enviado a la Argentina, tan lejos, arrancándome de mi lugar de origen? ¿Seguirían vivos? ¿Pensarían en mí?

Allí, tumbada y sola, me pregunté qué tan importante era la identidad para una persona. Yo era quien era en ese momento. ¿Acaso saber de dónde venía podría cambiarme? ¿Para qué servía conocer las raíces? ¿Por qué ese vacío me devoraba desde lo más íntimo? ¿Era simple curiosidad? ¿O la necesidad de tener el control para sentirme segura? ¿Sería como mi madre? ¿Como mi padre? ¿Como ninguno? ¿Tendría hermanos en algún rincón del mundo?

La cabeza me iba a estallar. Cada pregunta era una chispa encendida en la oscuridad, iluminando apenas fragmentos de algo desconocido y enorme. ¿Qué sería de mí? La verdad —y qué

vergüenza admitirlo— es que deseaba fervientemente que mis padres fueran una linda familia. Y que Zoltán por fin se fijara en mí, me pidiera perdón y que viviéramos juntos, felices para siempre.

III

Conversando con doña Consuelo me enteré de que Mercedes era huérfana. Su historia —según me relató con discreción— había sido tan amarga que, con el tiempo, terminó por inventarse una distinta, y luego otra, hasta quizás olvidar la verdadera.

—Pues que la Mercé siempre fue valiente —repitió varias veces—, con sus ideas bien claras desde muy joven. Junto con el Felipe se hicieron muy conocidos por aquí. No a todos les gustaban, claro, pero cuando la policía comenzó a perseguirlos, tuvimos que ayudarlos a escapar. Manolo y otros muchachos también se largaron con ellos.

Hizo una pausa larga. Sus ojos se perdieron un instante más allá de la ventana, como si buscara en el paisaje el eco de un recuerdo.

—Fue difícil para mí cuando Manolo se marchó —dijo al fin, con una tristeza serena.

—¿Y Felipe? —pregunté, interesada por la suerte de ese amigo.

—Murió en Argentina. ¿Acaso no te lo dijeron?

El calor me subió por el cuello hasta teñirme las mejillas. No, no lo sabía. Y, por su tono, entendí que ella tampoco sabía que yo no lo sabía. Pero me mordí la lengua. No quería exponerme más frente a ella. Había sido muy amable conmigo desde el día que llegué a la pensión.

—¿Y tú, mi niña? ¿Pues qué ha pasado? ¿Qué te ha traído hasta aquí? Nadie me dijo que vendrías.

Suspiré. Las palabras se arremolinaron dentro de mí como hojas secas en un torbellino, buscando orden. Pensé que debía empezar desde el principio. No por ella, sino por mí. A veces uno necesita contarse su propia historia para recordar quién es.

Reconstruí lo que pude, con calma, las piezas dispersas de una vida que ni yo misma comprendía del todo. Evité mencionar mi relación con Zoltán. No me correspondía a mí contar esa parte. En realidad, no quería sumar problemas a nuestra mortecina relación.

Doña Consuelo pidió ver mis papeles, me hizo preguntas que no supe cómo responder y tomó notas en una libreta. Fue la primera persona realmente interesada en mi historia.

IV

El frío opacó mis días. No tenía barreras: se filtraba por rendijas y ventanas, reptaba por la piel, se enroscaba en mis huesos como una culebra helada. Llegaba Navidad y mi corazón seguía lleno de expectativas. Me preguntaba cómo se celebraría aquí, si habría regalos, sorpresas, una cena especial. Pero no. Y sentí alivio: nada de mesas opulentas, obsequios de compromiso, ni misas de gallo, por suerte. Y debía quitarme de la cabeza el regalo que había imaginado para Zoltán. No iba a darle nada.

Me despertaba muy temprano, casi de noche, y aun así nunca conseguía levantarme antes que Mercedes. ¿De dónde sacaba tanta energía esa mujer? Mientras ella se perdía entre diarios, octavillas y telegramas, discutiendo con Zoltán sobre reuniones secretas o artículos prohibidos, yo ayudaba a doña Consuelo con el desayuno para todos, y así empezaba el día.

Nadie hablaba de la Navidad. El clima era otro: resistir, sobrevivir. Era difícil pensar en las fiestas cuando todos estábamos en vilo. Hacía apenas unas semanas —creo que el 12 de diciembre—, había estallado la sublevación de Jaca. Oficiales republicanos como nosotros —sí, lo éramos; yo también era republicana— intentaron proclamar la República desde Aragón. Fracasaron y fueron detenidos. Eso nos tenía a todos muy preocupados. En la víspera de nuestra Navidad, acompañé una manifestación y nunca olvidaré el miedo que experimenté en la calle: la guardia civil parecía dispuesta a fusilarnos.

Comencé a disfrutar mi labor junto a doña Consuelo; en especial cuando la acompañaba durante las compras. Con ella descubrí otra

Barcelona, más cercana y cálida, aunque igualmente atravesada por el temor. El mercado de La Boquería me fascinó: montañas de turrones, frutos secos, naranjas brillantes, higos, pescados, quesos. Con gestos tensos, la gente se empujaba frente a los puestos, compraba, pero callaba sus conversaciones cada vez que alguien pronunciaba «república» o «monarquía».

Todo el mundo conocía a doña Consuelo. La saludaban, le reservaban lo mejor. Y yo, convertida en su sombra, iba aprendiendo a escoger pescado, a distinguir calidades, a escuchar las verdades que los comerciantes murmuraban mientras pesaban la carne o envolvían piñones en papel de estraza. Entre los puestos, nadie sabía quién era yo ni de dónde venía, y esa invisibilidad me daba un tipo desconocido de libertad.

El Pacto de San Sebastián era la esperanza, aunque no bastara para frenar arrestos, cierres de imprentas y persecuciones.

La primera vez que fui sola a la imprenta me perdí por calles húmedas donde los vendedores gritaban sus mercancías: turrones, castañas asadas, *neules,* mazapanes, décimos de lotería y figuritas para el Belén. Pero nadie parecía tener tiempo para el espíritu navideño: había prisas, ojos recelosos, voces bajas. No dije nada de mi extravío. Di las vueltas necesarias hasta dar con el lugar; llegué con las manos heladas y las mejillas rojas. Otra vez cargué paquetes de octavillas tan pesados que sentí que mis brazos iban a desprenderse del cuerpo. Pero cumplí el mandado sin protestar, sintiendo el orgullo en cada paso.

Noté los ojos de Zoltán sobre mí. Debía de costarle reconocer en quién me estaba convirtiendo: de princesa a obrera; de espectadora a pieza activa de algo que quizá cambiaría la historia. Mis manos endurecidas por el frío y el trabajo tenían nuevos callos y la piel agrietada; me dolían las piernas y los hombros después de tanto caminar con peso. ¿Cómo me sentía? Extraña, pero contenta. Lo curioso era que no echaba en falta nada de mi vida anterior: ni las sábanas almidonadas, ni los vestidos, ni la vajilla de cristal. Nada. Mucho menos a mis padres.

Tal vez, como me había dicho Zoltán, yo era una persona fría. O tal vez no. Tal vez estaba aprendiendo a vivir de otra manera, en otro lugar. Todo pasaba tan rápido que me abrumaba. Y la Navidad llegaba así: distinta. Empezando por el frío.

V

Para la noche del 24, doña Consuelo insistió en que, a pesar del clima convulsionado, debíamos organizar una buena comida.

—Pues claro que no es por la Navidad —aclaró con su voz grave y el ceño apretado—, sino por la vida. Porque la vida, aunque duela, hay que celebrarla. Siempre.

Y entonces se me ocurrió una idea. Al principio arrugó la nariz, pero luego accedió.

Me lucí preparando la mesa. Puse todo el esmero que había aprendido de chica. Extendí el mejor mantel —manchado, pero digno—, dispuse platos desparejos para todos y las copas de cristal que doña Consuelo guardaba para ocasiones especiales. Improvisé un florero con una botella vacía y algunas ramas verdes rescatadas del patio, y lo puse en el centro, como un detalle.

Repartí el pan en pedazos iguales; antes lo había frotado con ajo —como hacían en mi casa—, y lo tosté sobre el fuego hasta que crujía apenas al presionarlo con los dedos. El aroma se mezcló con el de los caldos y potajes que llevaban horas en la cocina.

La sopa de *galets* fue un espectáculo: aquellos enormes *galets* rellenos de carne flotando como caracolas gruesas en un caldo dorado hecho a fuego lento con huesos, hierbas y paciencia. El *rostit de Nadal* resultó una hazaña: trozos de pollo y pato dorados en la sartén y luego cocinados con ciruelas negras, piñones e higos secos. Un perfume dulce y salvaje llenó toda la pensión. Ay, ese aroma se metía en mi sangre.

También hubo *canelons*, como manda la costumbre catalana del 25, pero nos adelantamos: doña Consuelo los rellenó con sobras del

día anterior, los cubrió con bechamel y los gratinó hasta que el queso formó una capa dorada, crujiente, irresistible. Una maravilla.

Manolo llegó justo a tiempo desde Madrid, con ojeras, el abrigo mugriento y noticias que no quiso contar hasta el día siguiente. Mercedes, en cambio, estaba extrañamente callada; seguramente intuía que la novedad de la capital no sería alentadora. Pero al ver la mesa, todos coincidieron con una sonrisa de aprobación. A partir de ese momento, fue como si hubiéramos entrado en una burbuja que yo deseé congelar para siempre. Alegría, cosas ricas, calor de gente reunida. Zoltán se sentó a mi lado sin que yo lo planeara; salió así, natural, y yo lo tomé como un regalo de Navidad.

La mesa también se llenó de dulces: turrones de Jijona, suaves y melosos; los de Alicante, más duros, con almendras enteras; *neules*, que se rompían apenas al tocarlas. El plato rebosante de frutas confitadas —calabaza brillante, cerezas rojas, cidra verde— quedó relegado por respeto o por vergüenza, pero a lo largo de la noche todos probamos esas joyas traslúcidas, dulces y coloridas.

Doña Consuelo, como cierre, sacó una bandeja de *panellets* caseros, pequeños, redondos, cubiertos de piñones tostados. Para mí fue revelador ese olor tan sutil a almendra molida y limón fresco.

—Y que aquí está el cava, ¡que no falte! —exclamó triunfal, sacando una botella que había guardado como quien protege un tesoro.

Entonces, doña Consuelo me guiñó un ojo. Sabíamos —ella y yo — que esa cena había sido posible gracias a unas joyas de mi familia que aún conservaba y que le había entregado para que esa Navidad fuera rica y abundante para todos los que vivíamos en la pensión. Era mi contribución a la causa. Y aunque le disgustaba decir «Navidad», brindamos por la República, la lucha, la independencia catalana y la esperanza. Y la vida misma, como había dicho ella.

—¡Feliz Navidad! —exclamó y la complicidad quedó sellada en su mirada.

Zoltán tomó mi mano por debajo de la mesa. Enseguida volvieron los recuerdos de otras navidades, en Buenos Aires. En mi casa, con las mesas interminables, los manteles de lino, la porcelana traída de Europa, las lámparas de cristal derramando luz sobre las cabezas

perfumadas y bien acicaladas. El calor insoportable, los abanicos batiendo el aire, los hombres hablando de negocios, las mujeres comentando los vestidos de París. Todo tan perfecto, pulcro, lejano y vacío. Una Navidad de apariencias, con villancicos cantados sin gracia y brindis sin motivos genuinos. Y yo, contando los minutos para que terminara la cena, esperando a que se fueran todos los invitados, para salir corriendo a buscar a Zoltán y quedarnos despiertos hasta ver cómo asomaba el sol del 25 sobre la ciudad adormecida.

En un parpadeo regresé a esa noche de 1930, en aquella pensión bulliciosa, con las paredes manchadas y las voces cruzadas, rodeada de platos de loza saltada y un calor humano genuino que no quería olvidar jamás. Por primera vez sentí que por fin estaba empezando a encontrar mi sitio en este mundo. Me invadió la felicidad.

Zoltán soltó mi mano. Busqué su mirada, pero ya no estaba. Compartimos apenas unos segundos, acá, por el recuerdo de tantas navidades compartidas allá. Y eso fue todo. El regreso a la realidad. Nada más.

Mi nueva vida. Mi primera Navidad en España. Me gustaba estar ahí, a pesar del tonto de Zoltán.

VI

El tiempo pasaba volando. Los días se deslizaban entre el frío, los murmullos políticos y esa sensación constante de estar viviendo al borde de algo grande. Las calles agitadas, los cafés inquietos, los periódicos encendidos. A veces me costaba recordar en qué día estaba. Todos eran vibrantes.

Un mediodía, Zoltán —que evitaba hablarme siempre que podía— me preguntó si quería averiguar sobre mis padres. Me sorprendió. Supuse que lo hacía movido por culpa, por haberme dejado tan sola. No le conté que doña Consuelo ya había prometido ayudarme. Le dije que, tal vez, podríamos hacerlo después de las elecciones de abril, ese plebiscito silencioso entre monarquía y república en el que partidos, sindicatos e instituciones habían depositado sus esperanzas de cambio. La vida de España dependía de un voto; la mía podía esperar.

Y ahí quedó. La conversación fue breve, apenas un acercamiento tímido o un resto de remordimiento de su parte. Traté de restarle importancia, aunque me dejó pensando de dónde había salido ese repentino interés por mi pasado.

Yo sentía que una corriente me arrastraba sin permitirme tomar mis propias decisiones. Si soy sincera, ni siquiera sabía cuáles serían mis decisiones si pudiera tomarlas. Nunca había decidido nada por mí misma. Toda mi vida alguien había resuelto por mí: mis padres, las institutrices, Zoltán. La única vez que elegí algo fue cuando me escapé. Y aun así, dudaba. ¿Había hecho todo eso por mí… o por él?

Nunca me había interesado Zoltán más allá de la amistad; era casi como un hermano mayor: firme, generoso, incondicional, dispuesto a seguirme hasta el fin del mundo. Pero últimamente,

confundida, me descubría pensando en él desde que abría los ojos hasta que los cerraba, en cómo fruncía el ceño cuando se concentraba, en el modo en que sus manos grandes y algo ásperas se movían con delicadeza al pasar las páginas del periódico y en la incomodidad al cruzarse con Mercedes. Y lo peor era aquello que jamás habría imaginado: sus labios, sus manos, su cuerpo sobre el mío.

Ese tipo de pensamientos me daba vértigo. ¿Era el temblor de la época? ¿Esa sensación que nos mantenía a todos en vilo, como si algo trascendental pronto fuera a suceder? ¿Era miedo? ¿Miedo de perder lo único familiar que tenía en medio del caos? ¿O simplemente yo estaba cambiando y todo lo que creía seguro ya no lo era?

La monarquía estaba herida —lo decían hasta los más prudentes —, los republicanos soñaban en voz alta, y yo, una extranjera en mi país con un pasado incompleto, flotaba en medio de una historia que no comprendía bien, pero podía sentir corriendo en mi sangre. Era española, y ahí estaba, intentando recuperar mi historia. A veces creía que podía cruzarme con mis padres por la calle sin saber que eran ellos. «¿Por qué se entrega a una hija? ¿Por qué motivo me entregaron?», me repetía. Yo era un enigma incluso para mí.

Esa noche bebí un poco de vino para que me ayudara a dormir, pero cuando terminé de limpiar, en lugar de ir directo a mi cuarto, mis pies me llevaron solos hasta la habitación donde dormían Zoltán y Manolo. Como Manolo estaba en Madrid, pensé que era la oportunidad para hablar a solas. Estaba decidida. Hacía meses que no manteníamos una conversación verdadera.

Me acerqué para oír si estaba solo, pero antes de golpear, unas voces apagadas me detuvieron. Primero creí haberme confundido de puerta. Pero después escuché un gemido bajo, extraño. Me quedé ahí, paralizada, con el corazón latiéndome enloquecido. Sin pensar, giré apenas la manija. La puerta cedió con suavidad. Un resquicio. Suficiente.

Y los vi.

Zoltán estaba sobre Mercedes, moviéndose con una urgencia feroz, casi animal. Ella lo rodeaba con brazos y piernas, arqueada hacia él, gimiendo con una voz ronca y ajena. Me quedé petrificada. En ese instante, Mercedes abrió los ojos. No gritó, no se apartó, ni siquiera intentó cubrirse. Solo me sostuvo la mirada, desafiante, colmada de placer.

De pronto, algo en mi cuerpo se despertó. Un cosquilleo eléctrico me subió desde la entrepierna hasta el vientre. Una ráfaga de deseo y repulsión me inundó al mismo tiempo que un nudo de angustia me apretaba el pecho. Zoltán seguía penetrándola, entregado a su deseo, sin notar mi presencia.

Solté la manija y dejé la puerta apenas entornada. Corrí a mi cuarto y me arrojé a la cama. La entrepierna me seguía palpitando. Puse la mano allí, como si pudiera aplacar el latido insistente que me subía hasta el estómago, y un estremecimiento me atravesó entera. La imagen de los dos, el frenesí de Zoltán, los gemidos de Mercedes, su mirada fija en mí en pleno goce… me llenaban de rabia, de dolor y, a la vez, de una excitación vergonzosa.

Llorando y temblando, me dormí. No escuché volver a Mercedes ni cuándo se metió en la cama.

Al día siguiente, no pude mirar a Zoltán a los ojos. Un dolor agudo me oprimía el pecho, como si me faltara el aire. Lo odiaba. Lo odiaba con toda mi alma. Y me odiaba un poco a mí también… por el deseo sucio con que mi cuerpo había respondido.

VII

Yo escuchaba y veía todo desde la penumbra de mi propia vida, sin poder decidir hacia dónde caminar. Ya no pensaba en encontrar a mis padres. Doña Consuelo había puesto una pausa —quizá por las elecciones que se venían—, y yo acepté. Al fin y al cabo, ella era la única que cargaba con mi problema. Zoltán, tal vez, tenía razón: yo era más cómoda de lo que imaginaba, más dada a evitar verdades o decisiones. Como fuera, otra vez me dejaba arrastrar por la corriente.

Zoltán entró a la cocina mientras conversábamos, pero ni lo miré. Después de aquella noche, su imagen perturbaba mi mente. Y había provocado un cambio tan significativo que no me reconocía. Me avergonzaba admitirlo, pero esa imagen clavada en mi cabeza no solo me despertaba odio, también había despertado mi cuerpo.

—¿Podemos hablar un momento? —pidió él, en voz baja.

—Creo que ya no tenemos nada que decir —respondí, con la garganta apretada.

Me pidió que saliéramos. Lo seguí sin querer hacerlo, sin fuerzas para enfrentarlo. Pero lo seguí.

—¿Qué te pasa? —insistió.

—Nada —mentí—. A ti sí que te pasaron mil cosas, y recién ahora te acuerdas de mí.

—Antonia, metiste la cabeza en la boca del lobo y estás aquí por eso. ¿Qué quieres de mí?

—Nada tuyo. Nunca quise nada tuyo. Siempre fuiste tú el que estuvo detrás de mí. ¿O ya olvidaste de dónde vienes? Desde que llegamos, me esquivaste, me negaste. Claro, ya no me necesitas —solté, vengativa. Vi cómo se le tensaban las manos y los nudillos se

ponían blancos—. Perdón por interrumpir tu secreto —continué sin freno, venenosa—, por interrumpir tu *noviazgo* con Mercedes.

—Pero si yo… —balbuceó.

—No —interrumpí—. Tú tienes tu vida, tu novia. Ya me quedó claro que no quieres nada conmigo, ni siquiera nuestra amistad.

Levantó la mirada, desafiante.

—Te lo dije más de una vez: no somos iguales. Tú y yo venimos de mundos diferentes. ¿O ya olvidaste quién era tu padre? Nunca me tomaste en serio. Siempre fui tu sirviente, tu diversión. Yo quiero una vida propia. Y ahora por fin la tengo.

—Te encanta hacerme sentir la tonta —respondí con amargura—. Mi cariño siempre fue verdadero.

En ese momento apareció Mercedes, se acercó a él y lo besó delante de mí. Me di la vuelta y me fui antes de que se me cayera la cara en pedazos.

Mercedes quería dejarlo claro, marcar territorio, demostrarme que Zoltán era suyo. Y yo necesitaba sacarlo de mi cabeza con urgencia.

Mientras la República comenzaba a tejer su futuro incierto, mi vida se deshacía sin rumbo, sin poder decidir, sin saber quién era realmente ni a dónde pertenecía. Pasaba del odio a desearlo a mi lado. De soñar con encontrar a mis padres en un golpe de magia a no querer saber nada por miedo a no soportar la verdad.

Comencé a estar más cerca de Mercedes. Decidí animar su relación con Zoltán, aunque a veces me costara sonreír cuando hablábamos de él. Pensé que si ella se sentía segura de su lugar junto a Zoltán, dejaría de observarme con esos ojos tensos, cargados de celos y una desconfianza que me hacía sentir como una intrusa.

Una noche, mientras recogíamos la mesa después de cenar, Mercedes me confesó que Zoltán había llegado a su vida en un momento decisivo, que la hacía sentirse viva, necesaria, protegida. Me retorció el estómago, pero sus palabras sonaron sinceras. A

pesar del dolor que me causó, sentí que escucharla sería humanamente correcto, así que tiré de ese hilo.

—Cuéntame de Zoltán —le pedí, con fingida curiosidad, ligera, aunque por dentro temblaba.

—¿Zoltán? ¡Qué va! Si tú eres como su hermana —respondió riendo.

Le conté casi toda su historia: desde su llegada a Buenos Aires siendo apenas un niño, hasta aquella tarde en que se marchó de su casa dejando atrás una vida cómoda, tras mentirle a su padre. Omití lo que yo sentía por él: ese revoltijo de deseo, resentimiento y ternura que me ardía bajo la piel.

—Pero ustedes sí son como hermanos —insistió Mercedes, entre alivio y sospecha.

—Sí. Hemos crecido juntos —concedí, bajando la mirada. Y, para desviar el tema, pregunté—: ¿Y Manolo?

—Manolo es sobrino de doña Consuelo. ¿No te lo dijo? ¡Vaya tela con esa mujer! Siempre tan reservada. Le da miedo de que la gente sepa demasiado y le hagan daño. Su hermana murió cuando Manolo era pequeño, y ella lo crio. Él y Felipe eran amigos de toda la vida. Manolo estudió en el seminario, Felipe fue abogado… hasta que lo atropellaron. Una muerte tan extraña…

—Eran muy amigos todos ustedes, ¿no? —pregunté, intrigada.

—Sí. De la *colla* falta Estanislao… Ya lo conocerás.

—¿Él no fue a Argentina?

—¡Qué va! Su familia no quiso. Él siempre tuvo… otra cosa, digamos. Una familia que le está muy al pendiente.

—¿Y por qué Manolo viaja tanto a Madrid?

—Para averiguar qué pasó con el padre de Felipe. Y para verse con unos amigos del Partido Socialista.

Los temas se sucedían, superpuestos en capas.

—¿Por qué la Segunda República? —pregunté, abrumada—. Y ya te dejo en paz. Si quieres, te preparo algo para comer.

Mercedes me miró un momento largo, como calibrando cuánto contarme. Suspiró y luego señaló el aparador.

—*Vinga*, maja, mejor tráete una botella. La que está abierta.

Mercedes empezó su relato, con un tono casi docente:

—Mira, Antonia. La Primera República duró un suspiro. ¡Tanto lío, *mare meva!* Demasiados presidentes *pa´ na´* en menos de dos años. La gente estaba cansada de las guerras civiles, de la inestabilidad. Por eso, el general Arsenio Martínez Campos dio un golpe y trajo de vuelta a los borbones en el 74.

—Ah, la monarquía… —murmuré, aunque mi cabeza ya se había perdido en mis propios pensamientos.

—Pero esta vez es distinto. —Mercedes se inclinó hacia mí, con los ojos encendidos, reclamando atención—. Desde que cayó Primo de Rivera, España está en el aire. Nadie quiere volver al pasado. Los partidos tradicionales están hechos polvo. Y republicanos, socialistas y nacionalistas firmaron el Pacto de San Sebastián… Todos juntos contra la monarquía. Por eso estas elecciones son tan importantes. Estamos trabajando para ganarlas.

—Parece un hervidero…

—¡Lo es! —exclamó, bebiendo su chupito de un trago—. Barcelona está llena de sindicalistas, anarquistas, socialistas… y militares que no quieren perder privilegios. Aquí un día cantamos «La Internacional» y al siguiente zumban las balas en las calles. Y nosotros somos catalanes, pero independentistas. Barcelona es catalana, aunque esté llena de otros… Pues, que vamos poco a poco.

Me quedé callada, procesando la magnitud de lo que me contaba. La ciudad no era solo adoquines húmedos y portales antiguos; era un campo de batalla invisible donde cada conversación podía esconder una conspiración, un sueño o una traición. Eran muchas las puertas que querían abrirse.

Mercedes ablandó la voz.

—*Vinga*… Mañana te vienes conmigo. Tengo un trabajito para ti, que te gusta curiosearlo todo. Y así nos echas una mano. ¿Te va?

El corazón me dio un salto. Me tragué las preguntas —¿qué clase de trabajo?, ¿para quién?, ¿y si era peligroso?—. Por fin sentía que estaba a punto de encontrar un lugar en esa ciudad, en ese tiempo tan convulsionado. Quizá, por primera vez, podría hacer algo que no fuera simplemente seguir a los demás.

—¡Claro que sí! —respondí, exultante—. ¡Gracias, gracias!

Me llevé la copita a los labios y brindé con Mercedes. Ella me sonrió, y por un instante vi en sus ojos el reflejo de mi propio desconcierto.

Quizá no éramos tan distintas después de todo.

Y Zoltán…, que se pudriera.

VIII

Esa noche apenas pegué un ojo. Yo, trabajando… ¿quién lo diría?

A la mañana siguiente salimos temprano. Caminamos un buen rato por calles estrechas y empedradas. La primavera, generosa, había suavizado el clima. Me moría por preguntarle a Mercedes de qué se trataba exactamente el trabajo, pero ella iba concentrada, con el entrecejo fruncido y la mirada fija en un punto indeterminado, como si cargara barullos en la cabeza. Casi podía verlos: ovillos de lana enredados sin fin.

Nos detuvimos ante un paredón con un portón de madera inmenso; tan alto que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para ver los detalles tallados en la parte superior: rosetones, volutas, flores entrelazadas.

Al entrar, nos recibió un patio interior luminoso, rodeado de galerías y macetas rebosantes de plantas.

—Allí están —dijo una mujer que se acercó con paso firme, segura de sí misma.

—Venga, pasen —nos indicó. La seguimos por un pasillo que comunicaba con otro patio más pequeño, desde donde llegaba el eco de voces discutiendo acaloradamente, con convicción.

—Perdonad el desorden —se excusó mientras entrábamos en una sala repleta de mesas cubiertas de papeles, libros, mapas y tazas de café medio vacías—. Vamos con mucho trabajo.

—¿Es ella...? —preguntó la mujer, mirándome de arriba abajo.

—Sí, esta es la Antonia, la argentina de la que te hablé. Y vale, ella es Jacinta, mi amiga. Abogada, ¡fíjate! Coordina el equipo. Todos curramos para el partido…, para el pacto, mejor dicho, que somos varios partidos. Aquí le damos forma a las propuestas para las

nuevas leyes laborales, las reformas agraria y educativa y otros asuntos que debemos cambiar de cuajo. Es una de las tareas más importantes para la Segunda República. Y para todos nosotros.

—Así es —confirmó Jacinta, mientras se quitaba un chal de hilo y lo dejaba con cuidado sobre una silla—. Estamos en un momento crucial. Hay hambre, desigualdad…, pero creemos que podemos revertirlo. Hay que recuperar la República, para empezar.

Me quedé fascinada. Ese ambiente, cargado de papeles, olor a café y voces apasionadas, me inundó la sangre de una alegría nueva. Sentía que estaba en el corazón mismo de la historia, justo donde todo se estaba gestando. Y yo era parte de esa transformación.

—Ven, siéntate —me indicó Jacinta.

Nos ubicamos junto a unas sillas sobre las que apilaban documentos, y empezó a explicarnos el trabajo. Habló de la urgencia de repartir tierras, de crear escuelas laicas, de limitar el poder de la Iglesia, de garantizar la separación entre Iglesia y Estado, del debate que ardía en las Cortes sobre el voto femenino. Mencionó nombres que me resultaron familiares de tanto leerlos en los periódicos: Manuel Azaña, Clara Campoamor, Largo Caballero. Pero ahí no eran titulares en letras de molde: eran convicciones, luchas, ideas en ebullición.

—Mira, Antonia —continuó Jacinta, hojeando un diario—, hace semanas hubo huelgas en Sevilla, Extremadura y Aragón. Los campesinos ocupan fincas, los guardias civiles disparan. Hay provincias al borde del estallido. Esto no es solo política. Es la vida misma.

—¿Y Barcelona? —pregunté.

—Barcelona está igual —intervino Mercedes—. La revolución social ya existe, aunque la quieran callar. En cualquier momento estalla todo. Hay que llegar a las elecciones como sea.

Mercedes hablaba de una guerra silenciosa, pero también de las esperanzas que había despertado la República, pese a que algunos ya se desilusionaban. Yo pensaba en la monarquía y en esa paradoja irónica: la opulencia de unos pocos a costa del sacrificio de un pueblo entero.

Jacinta me prestó varios libros; algunos en castellano y otros en catalán: historia reciente, derecho constitucional, movimientos obreros.

—¡Hala! Para que estudies —me exhortó.

¡Qué les digo! Yo no podía dejar de sonreír. Era el trabajo más maravilloso del mundo: leer, interpretar, crear, escribir. Y lo más importante: construir una historia con la que sí estaba de acuerdo.

—Pues nada, maja, ahora vas a poder responderte todas esas preguntas que te revolotean en la cabeza, ¿eh? —dijo Mercedes, divertida. Y dirigiéndose a Jacinta, añadió—: ¡No sabes lo pesada que es esta mujercita! ¡Que todo lo pregunta, que todo le inquieta y quiere saber!

Reímos. Y por fin, sí, claro que sí, me sentí parte.

Regresamos al atardecer. La luz anaranjada se filtraba entre las fachadas. Tomé del brazo a Mercedes; ella intentó disimular un gesto arisco, pero no se apartó. Caminé aferrada a su calor. Me sentía plena, habitada por algo nuevo. Quería que Zoltán no existiera, que no me llamara a su mundo, que no reclamara su sitio. Quería quedarme ahí, suspendida en ese instante.

—Gracias, de verdad. Estoy tan agradecida de poder trabajar con Jacinta. Todavía no lo creo —dije, con el corazón a punto de estallar.

Mercedes me miró de reojo, como intentando disimular una sonrisa.

—Pues prepárate. Esto no es ningún juego. Aquí se escribe la historia. Y a veces se paga caro. A tener cuidado…, y a estudiar como una empollona.

La advertencia quedó flotando, como un presagio. Sabía que había algo más allá del entusiasmo, algo oscuro como la guerra. Esa guerra no visible de la que hablaban Mercedes y doña Consuelo. Tal vez yo aún no la veía, pero existía. Una guerra donde unos perseguían a otros, donde se encarcelaba por pensar distinto, donde se mataba a sangre fría. Y, sin embargo…, ahí estaba yo. Dispuesta. Y por primera vez desde que había llegado a España, me sentí bien.

Los días siguientes fueron intensos. Me levantaba temprano, caminaba a mi trabajo, revisaba los apuntes de Jacinta, leía hasta nublarme los ojos, tomaba notas, escribía borradores de propuestas e informes que luego Mercedes o Jacinta corregían con paciencia… o sin ella, si el día venía cruzado. A la noche regresaba agotada pero llena de energía, y me ponía a disposición de doña Consuelo para ayudar con la cena.

Los libros se apilaban junto a mi cama: *La cuestión agraria*, *Laicismo y República*, *Historia social del obrerismo catalán*. Incluso empecé a entender frases en catalán sin necesidad de traducirlas. Jacinta decía que la lengua también era una forma de pertenencia y resistencia. Empezaba a creerlo.

A veces, mientras trabajábamos codo a codo, miraba a Mercedes de reojo. Había en ella algo inalcanzable, algo que la alejaba de todo y de todos. No sabía si su frialdad era defensa o límite. Tal vez ambas. No se lo preguntaba. Me bastaba con tenerla cerca, escucharla leer un párrafo a viva voz, verla trenzada en una discusión apasionada sobre los límites del derecho a la propiedad o los riesgos de enfrentar a la Iglesia.

Cuanto más la conocía, más comprendía de qué se había enamorado Zoltán. Por suerte estaba tan ocupada que ya casi no tenía tiempo de llorar por lo que había perdido. Ahora solo me importaba Mercedes. Quería que fuéramos amigas.

IX

Mercedes y Jacinta habían viajado a Madrid con varios borradores. Se habían preparado durante días. Claro que me hubiera gustado acompañarlas, pero quedé encantada a cargo de la oficina.

Ese día trabajé sola, y fue maravilloso. Atendí las inquietudes de quienes se acercaron, tomé notas, respondí dudas. Al terminar la jornada, regresé tres veces para asegurarme de que la oficina había quedado bien cerrada.

Llegué tan cansada que hasta doña Consuelo lo notó. Me puso delante un plato de un guisado exquisito y un vaso de vino rosado que bebí casi sin respirar.

Esa noche me dormí antes de acomodarme en la cama. Pero al cabo de unas horas, un ruido me despertó. Alguien había entrado en mi cuarto.

—Mercedes, ¿eres tú? —susurré.

Nadie respondió. La inquietud me subió por la espalda.

—Shhh…, soy yo —dijo una voz conocida—. Zoltán.

¿Zoltán? ¿Qué diablos hacía allí?

—¿Pasó algo?

—No, nada, tranquila. Solo quería verte.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba junto a mí, metido en la cama, apenas en calzones.

—Pero ¿qué haces? —protesté, sin fuerza—. ¿Te volviste loco?

—No puedo dejar de pensar en ti.

No supe qué tan rápido estuvo desnudo, abrazándome, con el cuerpo caliente, la piel tensa y la respiración agitada. Quería penetrarme. Yo era virgen, y él lo sabía muy bien. Su aliento cargado de deseo me golpeó en la cara. Su pecho rozó mis pezones,

que se endurecieron al contacto. Sus manos recorrieron mis costados, mis caderas, y bajaron hasta sujetarme con firmeza. Su lengua me buscó y me lamió la garganta, el lóbulo de la oreja, mientras sus caderas presionaban contra mí. Mi cuerpo empezó a reaccionar, vibrante, sin que pudiera detenerlo. Me abrí como una flor, húmeda y temblorosa, a sus deseos. Todo lo que estaba haciendo estaba mal, muy mal, pero se sentía increíblemente bien. Me dejé llevar por la corriente, como tantas veces. Los brazos de Zoltán me manejaban como un titiritero, y yo lo dejaba hacer.

Su mano bajó y acarició mi sexo por encima de la ropa interior. Deslizó mis bragas a un lado y su dedo medio se hundió en mí, lento, tanteando. Me mordí el labio para contener el goce. Entonces sentí su…, su…, bueno, eso, caliente y húmedo, presionando contra mi entrada. Me sujetó las muñecas contra la almohada y susurró en mi oído, ronco.

—¿Estás segura?

No pude hablar. Asentí apenas, con la respiración entrecortada.

Y entonces me atravesó. Sentí cómo me abría, lenta pero implacablemente. Un ardor breve me hizo soltar un grito, pero el dolor se transformó en una oleada dulce que me recorrió entera. Me abrazaba tan fuerte que apenas podía respirar, y al mismo tiempo me hacía sentir frágil, diminuta, completamente suya.

—Oh, eres tan estrecha… —jadeó él, clavándose más hondo.

Me llenó por completo. Me quedé inmóvil, sintiéndolo latir dentro de mí. Luego empezó a moverse: despacio primero, como midiendo mis límites; después, con más decisión. Entraba y salía, y cada embestida arrancaba de mis labios un gemido más alto. Me tomó de los hombros, de las caderas, atrayéndome hacia él para hundirse hasta el fondo. Mi cuerpo temblaba sin control. Un calor líquido me desbordaba entre las piernas. No podía pensar, solo sentir.

La presión creciente se acumulaba en mi vientre. Cerré las piernas alrededor de su cintura y lo presioné para que fuera más adentro. Un estallido de placer desconocido me partió en dos. Zoltán no se detuvo. Me embistió más rápido, cada vez más profundo, hasta tensarse sobre mí. Lo sentí temblar, gemir mi nombre, derramarse en mi interior. Me colmó con su calor, profundo y

desbordante. Se quedó pegado a mí, jadeando, con la frente en mi cuello.

Nos quedamos así, enredados, sin saber dónde terminaba uno y empezaba el otro. Seguimos callados. ¿Qué íbamos a decir? Me abrazó.

Desperté sola. El olor de Zoltán seguía impregnado en mi piel, en las sábanas. ¿Dónde estaba? El silencio me gritó la respuesta. ¿Por qué se había ido?

Tras asearme, fui al comedor. Tuve que sostenerme del marco bajo el quicio de la puerta. Necesitaba asegurarme de que no estaba atrapada en un sueño. Un sueño hermoso que se había vuelto pesadilla.

—¡Que miren quién se ha despertado! —exclamó Mercedes, acodada en la mesa, junto a Zoltán.

Por favor, que alguien me dijera que lo vivido durante la noche no había sido más que un sueño. Solo un sueño.

Me acerqué despacio, evitando mirarlo y fingiendo una sonrisa. No podía hablar. Las palabras no me salían. ¿En qué momento había llegado Mercedes? ¿Y qué diablos había hecho yo?

X

Dicen que el tiempo habla. En mi caso, no; pasaba y callaba. Zoltán seguía de novio con Mercedes. Mis noches se habían vuelto un territorio oscuro y peligroso. Me sentía sucia. En mi cabeza, los pensamientos chocaban entre sí como olas rompiendo contra las rocas. A veces cerraba los ojos e imaginaba que Zoltán venía a buscarme, me tomaba de la mano y huíamos lejos, a un sitio donde nadie nos conociera y pudiéramos empezar de cero. Pero enseguida el peso de la culpa se me venía encima como un muro. Estábamos allí gracias a todos los que habían hecho posible nuestro viaje y facilitado nuestra estadía, y aquella deuda invisible me agobiaba. No podía hacerle eso a Mercedes. Claro que no.

Sentía que me había convertido en otra persona. Miraba hacia atrás y parecía haber pasado una eternidad desde que había salido de mi casa. Mi reflejo en el espejo me resultaba ajeno, como si la joven que había sido se hubiera quedado varada en otro tiempo, con la mirada limpia y las manos vacías de secretos. La actual, en cambio, era una traidora. Y Zoltán, un aprovechador.

Necesitaba distraerme, ocupar la mente, alejarme de Mercedes, de Zoltán y de mis propios fantasmas. Así que hablé con doña Consuelo para iniciar la investigación sobre mis padres, mis verdaderos padres. Quería aferrarme a cualquier tarea que me salvara de naufragar en mis devaneos. Pero doña Consuelo se mostró ocupada y me instó a esperar. «Solo un poco más», dijo.

Acorralada en mi propia mente, no podía mirar a Mercedes a los ojos, pero tampoco podía permitir que sospechara algo, menos ahora que estábamos tan bien. Había pasado lo que pasó, y yo me arrepentía tanto, tanto.

En la desesperación por cubrir mi pecado, comencé a hablar más con el resto de los pensionistas. Aunque los conocía un poco por las charlas y las risas compartidas en las sobremesas, nunca había escuchado sus historias de cerca.

Durante las comidas, las conversaciones solían girar siempre alrededor de lo mismo: política, trabajo, el futuro. Aquella noche levanté la vista y vi muy juntos a Zoltán y Mercedes; dolía verlos juntos. Aparté rápido la mirada y me fijé en Pepe, que refunfuñaba contra sus demonios.

—¿Y tú, Pepe? ¿Qué te gustaría que cambiara? —le solté, buscando desesperadamente pensar en otra cosa.

—¡Bah! —dijo, encogiéndose de hombros—. Yo lo que quiero es currar como un cristiano y que me paguen lo justo. Y tener tiempo *pa´* estar con mi mujer y mis críos, que me los veo menos que a la luna. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Me gustaría traerlos aquí, a la ciudad. Que mis hijos vayan a la escuela y no acaben de brutos como yo, partiendo el lomo *pa´ na´*.

Ay… Me dieron ganas de levantarme y abrazarlo. En ese momento entendí la magnitud de la lucha. Las lágrimas me subieron a los ojos y tuve que contenerlas con la yema del dedo índice. Mi cuerpo era un ovillo enredado de emociones incontrolables.

—¿Y tú, Jaime? —pregunté al hermano de Pepe, intentando recomponerme.

—¡Hombre! ¿Qué quieres que te diga? —preguntó con un chasquido de lengua, y se frotó las manos antes de responder—: Soy metalúrgico desde los doce, en la fábrica. Viajo cada día y, si no tengo ni *pa'l* tranvía, pues voy a pura pata. He visto pasar dictadores, reyes, mil discursos… ¡y *to'l* mundo promete y *na´* cambia! —Se pasó la mano por la frente—. Pero mira, guapa, ahora parece que sopla otro viento, ¿eh? Que si elecciones, que si República, que si Estatut… Ojalá traiga pan *pa´* todos. Y que nos traten como personas, no como mulas. Que haya escuelas *pa´* mis sobrinos, *pa´* que aprendan algo y no acaben metidos en la mina o en la fábrica. ¡Y libertad, *redéu!* Poder juntarnos y hablar sin que nos echen a la trena. Y que en Cataluña podamos hablar catalán sin que nos llamen traidores, ¡que ya está bien! —Se volvió hacia la

casera—. ¿Verdad, doña Consuelo? Que podamos decidir nuestro destino, *sense haver de demanar permís pa´ tot…*

Fue una velada extraña. Hacía tiempo que convivía con ese grupo variopinto, pero recién esa noche descubrí quiénes eran de verdad y supe que perseguían una libertad vital. Luego, en la cama, no pude dormir. Me quedaron flotando en la mente sus rostros, sus palabras, sus sueños. Imaginé a la familia de Pepe, allá en su pueblito, esperando cada regreso. Y cuando escuché a Mercedes entrar en la habitación, me tapé el rostro y fingí la respiración de dormida.

A la mañana siguiente me levanté más temprano de lo habitual. Cuando doña Consuelo entró a la cocina, yo ya tenía el desayuno preparado para todos. La culpa, ese impulso de querer arreglar el mundo entero, seguía ahí.

Doña Consuelo me miró, ladeando la cabeza, con una chispa de ternura en los ojos.

—Que tú la empiezas, que tú la terminas. Y que te limpias todo, niña, ¿eh? —dijo, sonriendo con dulzura, y se marchó.

En el aire se respiraba el aroma reconfortante del café recién hecho. Recogí la mesa, limpié los cacharros y salí, rogando que Mercedes siguiera con las entrevistas, así podía pasar el día tranquila en el trabajo, que más que un refugio se había convertido en un infierno. Tenía miedo de que Mercedes pudiera leer mi mente y descubrir lo que había hecho con Zoltán.

Aunque si él no se hubiera aparecido en mi cuarto aquella noche, todo habría sido distinto. Yo no lo había buscado. No fui yo quien cruzó una puerta para meterse en una cama ajena.

«Te odio, Zoltán. Te odio con toda mi alma. Destruiste mi inocencia y mi nueva vida con un solo acto egoísta», pensé justo antes de rendirme, otra vez, al torbellino nocturno. Esa guerra silenciosa que me condenaba al insomnio.

XI

Zoltán inventaba cualquier excusa para hablar conmigo, y yo lo evitaba. No podía estar cerca de él sin sentir un estremecimiento en todo el cuerpo y odiarlo al mismo tiempo. Y no podía hacerle eso a Mercedes, que estaba ilusionada y hablaba de él como si ya fueran algo serio. Me dolía verla tan confiada. No sabía qué hacer. No tenía en quién apoyarme. Empecé a sentirme sola otra vez.

—Por favor, Tonita, ven, tenemos que hablar —dijo Zoltán, tomándome del brazo.

Esa manera de llamarme hizo añicos la poca resistencia que me quedaba. «Tonita» me llevó al Zoltán que siempre estaba ahí, dispuesto para mí. No lo pensé; solo lo seguí. Nos metimos en el cuarto de costura y él cerró la puerta.

—Te amo, te amo con todo mi ser —susurró, y me abrazó.

Yo me entregué al deseo, al torbellino prohibido. No podía resistirme. ¿Otra vez? ¡Otra vez! El castigo sería inevitable.

—Mercedes… No podemos… —atiné a decir, incluso mientras mis manos lo ayudaban a bajarse los pantalones.

Enseguida lo sentí dentro de mí. Me alzó en sus brazos, me levantó contra la pared y me sostuvo, entrando y saliendo, marcando un ritmo que me deshacía. Me doblé sobre él, abrazada y acuclillada, llena de gozo. Me miró, me besó en la boca y me ahogó con su saliva mientras seguía penetrándome con la urgencia de la primera vez.

—No puedo ni mirar a Mercedes a la cara sin reprocharme la traición —dije al acomodarme la ropa, tratando de recobrar el aliento.

—Yo tampoco —reconoció él, inclinándose para besarme los pechos—. Pero te amo, te pienso y te deseo cada segundo de mi vida. Todo este tiempo luché para sacarte de mi cabeza, pero no lo logré… Perdón, pero te amo.

—Basta, basta, Zoltán.

—Escapemos. Tú y yo. Lejos.

Me quedé en silencio. La idea era exactamente mi fantasía secreta: irnos lejos, empezar de nuevo. Pero no. No, no podíamos hacerle eso a Mercedes.

Unos gritos nos sacaron del trance. Doña Consuelo llamaba a todos desde el comedor.

—Ve tú, yo voy después —me dijo Zoltán, sin dejar de besarme.

Salí del cuarto aturdida, con el corazón desbocado. Me sentía culpable, y feliz.

Doña Consuelo estaba radiante, dando brincos de alegría.

—¡Que vengan! ¡Que vengan! ¡Mi hermano va a venir!

Me quedé pasmada. ¿Hermano? ¿Doña Consuelo tenía un hermano? Yo siempre creí que solo tenía una hermana, la madre de Manolo.

Esa noche hubo comilona, vinos y cervezas. Historias, anécdotas y melancolía. Yo no miré a Zoltán ni una sola vez. Tenía miedo de que alguien descubriera lo que pasaba entre nosotros. De todas maneras, Mercedes se encargó de mantenerlo bajo el dominio de sus brazos. No soportaba verlos juntos ni un minuto más. Cada caricia de Mercedes a Zoltán me dolía como un corte en carne viva.

Me levanté, murmuré una excusa y me fui a mi cuarto. Cerré la puerta, me dejé caer sobre la cama y me cubrí la cara con las manos. Me sentía sucia y culpable. Y aun así, deseaba volver a sus brazos.

XII

Mi trabajo me ponía delante tanta información que a veces sentía que no podía procesarla toda. Leía sin parar, y lo que me interesaba lo apartaba en una bitácora que había creado especialmente. Uno de los temas más inquietantes era el conflicto religioso, que arrastraba un largo enfrentamiento de clases, bajo esa idea predominante de que España era una nación monárquica y católica, con raíces históricas que algunos situaban mucho más atrás de la Edad Media. La vieja disputa entre las «dos Españas» —una tradicional, católica y cerrada sobre sí misma, y otra liberal y abierta a las influencias del exterior— ni siquiera había encontrado descanso tras las sangrientas guerras civiles. Y el conflicto seguía abierto.

—¡Que te has vuelto una experta! —dijo Mercedes al escuchar mis conclusiones.

—Estoy tan metida que no puedo parar —respondí. Y era cierto: no quería desviar mi atención en otros asuntos.

Todo sucedía demasiado rápido: las horas, los días. Y mi mente se llenaba de preguntas. Mi trabajo era a tiempo completo. Me llevaba libros a la pensión, leía sin descanso, tomaba nota, unía datos; a veces escribía y siempre compartía mis investigaciones con los compañeros. Enlazaba los hilos de tal manera que las conexiones resultaban reveladoras para propios y extraños. Era capaz de entender la historia de España, pero me negaba a escarbar en la mía. No sabía por qué lo evitaba. Tal vez porque maduraba lo inminente, lo que estaba por llegar.

Mercedes empezó a incluirme en reuniones donde participaban mujeres como Clara Campoamor, Victoria Kent o Margarita Nelken.

Abogadas, escritoras, políticas. Mujeres que me dejaban boquiabierta. Yo quería ser como ellas. Bueno, como casi todas, porque la Kent tenía un argumento muy raro para oponerse al voto femenino, algo que Mercedes consideraba absurdo. Mi preferida era Clara Campoamor. Me emocionaba el énfasis con el que hablaba, cómo lograba convencernos de que las mujeres éramos realmente importantes y útiles para la vida política y social de la nueva España.

Mientras evitaba a Zoltán, me llenaba de trabajo para extirparlo de mi mente.

—Estoy tan emocionada de estar mañana al lado de Jacinta cuando exponga las primeras reformas. Yo, ahí, como su asistenta. ¡Quién sabe! Igual me da por ser abogada o me hago escritora. O las dos cosas, como la Campoamor…

—Que me has puesto más que orgullosa, guapeta —dijo Mercedes.

El evento fue un éxito. Me sentí cómoda siendo parte de algo importante. Y, sobre todo, me vino muy bien dejar de pensar en Zoltán. Por un rato.

Doña Consuelo se había convertido en algo así como una madre para mí. O tal vez fui yo quien la adoptó a ella. Me encantaba verla cuidar a esa familia desigual que había reunido bajo su techo. Siempre tenía una palabra, unos minutos para mí. Y era la única que recordaba, cada tanto, que me ayudaría a rastrear a mis padres verdaderos.

España estaba a punto de cambiar de rumbo. Con las elecciones en ciernes, nosotros trabajábamos para la Esquerra Catalana, pero también para los socialistas, los nacionalistas vascos y otros partidos. Todos unidos en un objetivo: terminar con la monarquía. Aunque las mujeres no votábamos, nuestra presencia era importante, y me gustaba sentir el reconocimiento de nuestros compañeros.

Yo no entendía por qué trabajábamos para tantos partidos a la vez, pero ya no quería preguntar más. Aun así, la emoción colectiva era contagiosa. Se hablaba de un plebiscito, de elecciones, de instaurar la República en España, la Segunda República.

Por esos días de aprendizaje, la monarquía volvía como un tema recurrente. Me costaba entenderlo. ¿Era necesaria? Me parecía tan antigua esa forma de gobierno; pero claro, estaba en un país antiguo. Mercedes me contó que el padre de doña Consuelo había pertenecido a la nobleza, pero que ella renunció al título de condesa. Eso explicaba los modos elegantes con los que llevaba la pensión. En algún momento trataría de satisfacer mi curiosidad, porque, a pesar de mi rechazo, ser parte de la monarquía u orbitar a su alrededor confería un privilegio invaluable. Pero también sabía que la monarquía era costosa. Muy costosa para un pueblo pobre.

En Barcelona, además, se respiraba la esperanza de recuperar el Estat Català. Yo aprendía catalán despacio, a fuerza de oído y necesidad. Todo el mundo estaba ocupado con eso, incluso yo, que sentía que no me alcanzaban los ojos para leer, estudiar y entender el embrollo español.

Conocí a Francesc Macià. Me impresionó saber que había estado exiliado en Francia durante la dictadura de Primo de Rivera y que, al volver, fundó Esquerra Republicana de Catalunya, que agrupaba a Estat Català —nuestro partido, independentista— y a diferentes grupos republicanos, además de numerosos centros y asociaciones locales.

En el aire había tanta esperanza como incertidumbre por el resultado de las elecciones. Nosotros nos dejábamos la piel trabajando sin descanso. Yo, comprometida con el proyecto, colaboraba con absoluta convicción.

Los días eran largos, agotadores. Una noche, mientras todos iban y venían inquietos, expectantes y nerviosos, incluso doña Consuelo, me fui a la cocina a preparar algo de comer. Ensayé un guiso, parecido a nuestro locro. Lo cociné bien, serví los platos y los repartí entre los comensales. Entonces la vi: doña Consuelo, de pie en la punta de la mesa, agitando los brazos mientras todos la escuchaban con atención.

Zoltán también estaba presente, aunque llevaba varios días desaparecido, buscando actividades que no nos obligaran a cruzarnos. Nuestras miradas se encontraron y mi corazón latió tan fuerte que tuve que sujetarlo para que no estallara.

Mercedes tomó la palabra. Explicó que, aunque cada uno militaba en distintos partidos, todos compartían lo esencial: sacar a la monarquía. La propuesta me seguía sonando extraña. Claro, yo acababa de llegar al país y apenas empezaba a entender su historia. Aun así, me entusiasmaba pensar en una España sin rey. ¿Se imaginan una España sin rey?

El hermano de doña Consuelo llegó al día siguiente. Ella lo esperaba siempre. Se notaba que eran muy unidos. Igual que con Manolo. Entre los tres existía un vínculo sólido, casi impenetrable.

XIII

Mercedes, por lo general, cuando yo entraba al cuarto ya estaba dormida. Pero ese día estaba bien despierta, y había llenado la pieza de humo. Habíamos acordado que no fumaría antes de acostarnos.

—¡Deja de fumar! Vamos a respirar esa porquería toda la noche —protesté. Ese olor siempre me ponía de mal humor, seguramente porque me traía el recuerdo de mi padre.

—¿Qué, no vas a averiguar nunca quiénes son tus padres? —soltó de golpe. Definitivamente, algo le pasaba. No era la forma ni el momento.

—Sí, ya empecé. Doña Consuelo me está ayudando. Después de las elecciones nos pondremos con ello. —La miré con atención—. Pero a ti te pasa otra cosa. Mercedes, puedes confiar en mí. Sabes bien que cuentas conmigo.

—Estoy embarazada. —Lo escupió como si no pudiera sostenerlo un segundo más.

Las dos palabras, secas y contundentes, me atravesaron. Tuve que hacer un esfuerzo descomunal para mantenerme en pie. Y otro mayor para que mi cara no se desfigurara.

—¿Embarazada?

—Sí. Embarazada. Y ya sabes de quién.

—Pues claro, ¿de quién si no? ¿Y él lo sabe?

—Pronto se lo diré. No tengo idea de cómo lo va a tomar. Es que no estaba en mis planes tener hijos… Eso lo sabes, ¿no?

—Sí, sí..., claro. Eso es maravilloso. No te preocupes. Todo irá bien —mentí. Quería gritar, saltar, salir corriendo. No podía tragar semejante noticia.

Un batir de palmas afuera me dio la excusa perfecta y me asomé para ver quién llamaba. Al abrir la puerta, un joven esperaba con una valija ajada.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Pase —dije, todavía aturdida con la palabra «embarazo» girándome en la cabeza como una mosca atrapada.

—Que yo soy Estanislao, mucho gusto. ¿Usted?

Apenas lo vio, Doña Consuelo corrió a abrazarlo. No era un desconocido.

—¿Y dónde está Manolo? —preguntó el recién llegado.

—Ya viene, hijo. ¡Ponte cómodo! Y cuéntame todo. ¿Cómo está tu madre? ¿Y tus tías? ¿Y Aurelia?

Estanislao fue saludando a todos, rodeado por el entusiasmo de doña Consuelo. Mercedes me alcanzó y me siguió hasta el comedor.

—Mercedes, ¿quién sería el señor? —pregunté.

—Pues, Antonia, es Estanislao. ¿Recuerdas que te conté? Nuestro amigo.

—¡Ah, sí! ¿Es cura?

—¡Que no, que no! Estudió con Manolo, pero se retiró. Es guapo, ¿eh? —me lanzó, pícara.

Me puse colorada al instante, como si pudiera leer mis pensamientos. Claro que era guapo. Para cualquiera que tuviera dos ojos. Un lindo muchacho, sin más.

Apenas llegó Manolo, Estanislao se lo llevó aparte, para conversar y ponerse al corriente.

Yo, en cambio, seguía evitando a Mercedes. Necesitaba procesar la noticia. ¿Mercedes, embarazada? ¿Zoltán, mi Zoltán, padre?

Mi mundo, otra vez, se derrumbaba. Y me aplastaba. Tenía que calmarme.

XIV

Mercedes, Jacinta, doña Consuelo y yo fuimos a escuchar a Clara Campoamor. ¡Ay, qué mujer! De ella aprendí el valor. Su voz clara, firme, convencida, hablaba de los derechos de la mujer, de la libertad y, sobre todo, del voto. No podíamos votar en esas elecciones, cierto, pero ese momento no tardaría en llegar.

La cantidad de mujeres —¡y de hombres!— que apoyaban su opinión me conmovió. Al finalizar su discurso, Mercedes me acompañó a saludarla. Pude estrecharle la mano, mirarla de cerca. Desde ese instante quise ser como ella. Aún quiero ser como ella: tener ese coraje, esa actitud tan suya, esa fe en lo justo.

El salón estaba repleto, y entre la gente nos encontramos con amigas de Jacinta. Por un minuto me sentí en el lugar correcto: con todas esas mujeres, entre risas, octavillas y complicidades. Entonces deseé volver atrás. Deseé no haber intimado con Zoltán. Deseé sentir alegría por el embarazo de Mercedes. Deseé que siguiéramos siendo amigas. Todas. Sin grietas. Pero claro: yo era la grieta. La sucia grieta.

¡Ufff…! Traté de disfrutar igual.

Esa tarde, al regresar del trabajo, no hice lo de siempre. En lugar de encerrarme en mi cuarto para evitar cruzarme con nadie, fui al comedor a preparar una infusión. Mi mente, traicionera, me empujaba hacia lo mismo: quería verlo. Quería ver a Zoltán. Quería saber qué pensaba de su futura paternidad. Quería mirarlo a los ojos. Reprocharle su conducta. Ay, me mareaba de tanto ir y venir con mis pensamientos. Y tan ida estaba que no advertí nada hasta

cruzar el quicio de la cocina: todos estaban reunidos ahí. Me quedé helada, pero ya era tarde para retroceder. Fui hasta la mesa y me senté junto a Estanislao, justo en diagonal a Zoltán.

—¡Que Antonia haga los honores! ¡Ella va a ser la madrina! ¿Vale, Zoltán? —gritó Mercedes, entre risas y aplausos.

Todos los presentes me saludaron con ternura. Yo, simplemente, me quería morir. Y desaparecer. ¿Por qué no había seguido de largo? ¿Qué diablos era esa escena? ¿Y Zoltán? ¿Zoltán no pensaba decir nada?

Mercedes, la misma que juraba por las barbas de no sé quién que jamás tendría hijos, reía tocándose la panza como si dentro llevara una joya. Y todos celebraban la noticia. Abrazaban a Mercedes, abrazaban a Zoltán.

—¡Enhorabuena! —brindaban.

Y yo, ahí, azorada, fingiendo sonrisas, tragándome la angustia hasta el final de esa maldita fiesta.

Esa noche mi odio por Zoltán se hizo frío y definitivo. Sí. A odiarlo por su cobardía.

No podía dejar de imaginarlo amándola como me había amado a mí.

Lo odiaba tanto como me odiaba a mí misma por haberle creído. Por haberme entregado.

Me sentía estúpida. Engañada. Usada.

Al día siguiente, de camino al trabajo, me cortó el paso.

—¿Por qué te escapas de mí?

—Ah, claro, perdón por no esperarte con la cena lista. ¿Qué te pasa, Zoltán? ¿De verdad piensas que me agrada lo que está ocurriendo?

—Pero yo te amo, Tonita. Te amo.

—Lo hubieras pensado antes de meterle el pico a Mercedes hasta dejarla preñada —dije, sin reconocerme en las palabras venenosas que salían de mi boca.

Abrió los ojos como si no entendiera, como si fuera él la víctima.

—¿Qué dices? Sabes bien cómo es esto…

—¿Cómo es esto? ¿Que me empezaste a amar después de ponerte de novio? Ay, Zoltán, no me tomes por tonta, por favor. Que lo soy, sí, pero no tanto. Y ahora me tengo que ir. Me esperan.

—Tonita…

—¡Vete! Déjame en paz. ¡Vete al diablo, Zoltán!

Caminé sin mirar atrás. Contuve las lágrimas como pude.

Zoltán acababa de morir para mí.

Mercedes, embarazada.

Fin.

XV

Se acercaban las elecciones y nunca en mi vida había estado tan nerviosa. Era cierto que las mujeres aún no podíamos votar, pero en Barcelona ellas eran fuertes: se levantaban, luchaban, discutían y marchaban codo a codo con los hombres. Y allí estaba yo también, sintiéndome parte de un momento que —estaba segura— quedaría marcado en la historia.

Ayudaba a Manolo y a Estanislao en todo lo que necesitaran, aunque últimamente pasaba más tiempo acompañando a Jacinta, lo cual me encantaba. Gracias a ella conocí lugares, ideas, personas que jamás habría imaginado. Incluso conocí a otras chicas.

Mi corazón parecía vivir en pausa… hasta que, por alguna maldita jugada del destino, Zoltán se cruzaba en algún momento del día. Y no me lo ponía nada fácil: me cerraba el paso, me detenía, me hablaba, me removía entera. Yo hacía lo posible por mantenerme firme, por no desbordarme.

En medio de ese torbellino político y social, me inventaba una versión indulgente de mis padres. Me los recreaba aquí, en Barcelona. Mi madre, una mujer como doña Consuelo o como Clara Campoamor, decidida, valiente. Mi padre, quizá, como Francesc Macià: firme, comprometido, apasionado. Lo maravilloso de soñar es esa posibilidad casi inagotable de moldear rostros, poner nombres y trenzarlos en historias. Y yo lo hacía para distraer mi mente, aunque fuera por un rato, para apartarla de Zoltán, del dolor y de la incertidumbre.

Pero cuando la ensoñación se desvanecía, aparecían los fantasmas. ¿Quién era yo? ¿Cuáles eran los hilos que me tejían por dentro? ¿El destino venía escrito en la sangre o se trenzaba con las

manos de quienes nos criaron? ¿Podía mi voluntad borrar mi origen? Era hija de dos personas que ni siquiera conocía. ¿Qué habría heredado de ese hombre y de esa mujer a los que nunca llamé ni «padre» ni «madre»? Me gustaría saber quiénes habían sido, qué amaron, qué temieron. ¿Y si eran malas personas? ¿Y si había algo de ellos en mí que prefería no descubrir?

A veces pensaba en mis padres en Argentina. ¿Se sintieron libres alguna vez? ¿Qué historia habrían contado a la sociedad para justificar mi desaparición? ¿Les habría dolido? Ojalá que sí. Un poco. Mejor dicho: mucho. La verdad es que no los extrañaba. A Ramón, a Roberta, a Elisa, sí. A ellos, no. Nunca los había sentido como mis padres. Aun así, arrastraba una culpa inmensa por no haberlos querido. Ojalá algún día lograra soltarla. Ojalá pudiera liberarme de esa carga y empezar a quererme a mí misma. Ojalá dejara de tomar decisiones que me amargaban la vida.

La llegada de Estanislao a la pensión fue un salvavidas. Tenía ese modo de ser difícil de describir: una mezcla de porte firme y una ligereza despreocupada que nos mantenía alegres todo el tiempo.

—Que Estanislao vino *pa'* ayudarnos con las elecciones, que luego se regresa, ¿vale, Antonia? —dijo Mercedes, arqueando las cejas con picardía—. Así que apúrate, o te lo van a quitar —añadió en voz baja, como quien revela un secreto.

—¿Lo conoces bien, verdad?

—Sí, somos amigos.

Entonces tomé una decisión desesperada: puse la cara de mi padre sobre la cara de Zoltán. Sustituí el deseo por la aversión. Cada vez que él se aparecía en mi cabeza, enseguida veía el rostro de mi padre y se me revolvía el estómago. Aunque cueste creerlo, me ayudó bastante a olvidarlo.

Y, claro está: me pegué a Estanislao, por interés personal y obligación social, obedeciendo los mandatos de Mercedes.

XVI

El 12 de abril amaneció gris, como si la ciudad entera aguardara algo monumental. Desde la madrugada, el bullicio crecía en intensidad. Los ecos de la política y del fervor republicano llenaban el aire y, como siempre, la pensión era punto de encuentro para todos los que formaban parte de esa lucha, aunque ninguno de nosotros imaginábamos el alcance histórico.

Mercedes y yo nos levantamos antes de que el sol terminara de despuntar. La cocina olía a café y levadura. Los chicos repartían los materiales de propaganda: folletos, carteles, papeletas. Nos dividimos en grupos y, por supuesto, Estanislao y yo fuimos asignados para visitar los distritos más calientes, los que serían el verdadero termómetro de la jornada.

—Pues que nos vamos, Antonia. Hoy todo cambia —predijo Estanislao, con su voz vibrante como el aire de esa mañana, mientras recogíamos las cajas.

Asentí con un nudo en el estómago: esa elección no era una más; era una cuestión de vida o muerte, un plebiscito sobre el futuro de España y de Catalunya. Las calles rebosaban ansiedad, y los viandantes se habían transformado en un mar de rostros esperanzados.

Nuestra tarea era clara: acompañar, explicar, movilizar. Mercedes y unas amigas de Jacinta se ocuparon especialmente de los vecinos del barrio que no sabían leer, ayudándolos a entender qué se jugaba realmente en las urnas, aunque no pudieran votar. Yo iba con Estanislao, repartiendo octavillas y panfletos.

Los hombres vigilaban los colegios electorales para garantizar que los interventores estuvieran en su sitio y no se cometieran

irregularidades. Los carlistas nos miraban con desprecio y los monárquicos, con sorna, seguros de que nada cambiaría. Pero cada vez que cruzábamos la mirada con alguien que compartía nuestra esperanza, sentíamos un fogonazo en el pecho y eso compensaba para continuar la tarea con ahínco.

La noche nos encontró exhaustos. Me dolían los pies como nunca en mi vida y tenía la garganta roja después de tanta arenga callejera. Estábamos expectantes. Las primeras noticias eran alentadoras: en Valencia, Zaragoza y Madrid… los partidos republicanos se imponían con claridad.

No podíamos permitirnos descansos. Era una sensación indescriptible ser parte de esa encrucijada histórica. Y yo era una testigo privilegiada. Esa noche nadie cenó; solo bebidas y esperanza.

El día siguiente amaneció con una calma inquietante. Las calles murmuraban, como esperando una señal. Había algo en el aire, un zumbido bajo que nos decía que las cosas no volverían a ser las mismas. A lo largo de la mañana, nos fuimos enterando de que los partidos republicanos habían ganado en casi todas las grandes ciudades, pero la cautela se imponía hasta tener el aval final de las urnas para celebrar la victoria. ¡Qué nervios!

Mercedes y yo aún estábamos en la pensión cuando corrió la noticia: la Segunda República Española parecía inevitable. El líder catalán Francesc Macià proclamaría la República Catalana en cuanto se oficializaran los resultados. Mercedes me abrazó llorando; jamás la había visto romperse así, como una niña.

La ciudad explotó. Las gentes salían a la calle, algunas con banderas improvisadas, otras simplemente con los brazos en alto. Corrí junto a Mercedes, que ya estaba en la puerta.

—¡Lo han proclamado, Antonia! ¡La República! ¡La República está viva! —exclamó.

Manolo, a los alaridos, contaba que Alfonso XIII se marchaba y que, en Madrid, Alcalá-Zamora ya había recibido a una delegación

republicana.

Barcelona hervía. Corrimos hacia Sant Jaume. Miles de personas se agolpaban en la plaza, expectantes. Lluís Companys había tomado el Palau de la Generalitat y se rumoreaba que Maciá haría un anuncio. Los presentes lo esperaban con los ojos abiertos como platos, con los puños en alto. Una anciana repartía claveles rojos y su nieto exclamaba: «*Visca la República!*».

A las doce en punto, apareció Macià en el balcón. Su figura era pequeña, pero su voz retumbó como si brotara del centro de la tierra:

—Catalans! En nom del poble de Catalunya proclamo la República Catalana com a Estat integrant de la Federació Ibèrica.

Lloré de alegría. Manolo me abrazó tan fuerte que me crujieron las costillas. Estanislao aplaudía como un loco. Hasta Zoltán, que nunca terminaba de involucrarse con la causa, tenía los ojos húmedos.

Los balcones se llenaron de telas rojas, amarillas y moradas. Las campanas de la catedral repicaban sin descanso. Barcelona era un río desbordado. Las compuertas se habían abierto y la muchedumbre danzaba de felicidad.

Por la tarde, encontré a doña Consuelo y a un grupo murmurando con un gesto adusto que contrastaba con la algarabía que reinaba en la calle. Desde Madrid venía una delegación para negociar con Macià. Se hablaba de evitar rupturas, de una república española federal y fraterna. Al final, después de varias horas en ascuas, se supo que Macià había accedido a rebajar su proclamación: habría autonomía, no independencia. Catalunya no sería un Estado independiente, pero tendría autonomía bajo el marco de la Segunda República. Algunos lo vivieron como una traición; otros, lo aceptaron como un gesto inteligente. Nosotros no dejamos de festejar. En la plaza, la alegría no se apagó. Ni con acuerdos, ni con discursos.

El 14 de abril no fue solo una victoria política: fue el día en que creímos que todo podía ser distinto. La Segunda República era un

hecho. La monarquía había caído. Barcelona cerró la jornada inaugurando una nueva historia.

Y en ese instante sentí que todo lo vivido, todo lo soñado, había valido la pena. Y nosotras, como tantas otras, fuimos testigos y partícipes de ese momento de transformación.

Aquella noche regresamos exhaustos pero felices. Doña Consuelo no cabía en sí y a todo el que pasara a su lado le contagiaba su entusiasmo.

—¡Que no me lo puedo creer, Manolito! ¡*Mare meva*, estamos viviendo un sueño! Dime: ¿esto es real? —preguntó y recibió un pellizco para comprobar que estaba despierta—. Que te traigas el licorcito, ¡que te lo traigas todo, que hay que festejar!

—Doña Consuelo, ¿la cena sería para todos? —pregunté antes de refugiarme en la cocina con la intención de poner comida sobre la mesa. La pensión estaba abarrotada, con rostros que nunca había visto.

—¡Claro, niña! ¡Para todos, sí! ¡Y bien sabrosa! —contestó, eufórica.

Me concentré en pelar patatas, cortar verduras y trocear la carne que encontré: pollo, cerdo, osobuco.

—Así que era verdad que la argentina con las ollas es bien buena —dijo Estanislao, apareciendo por detrás.

Pegué un salto.

—¡Ay, que me asustaste…!

—Que tranquila, mujer… Disculpa, solo que estoy hambriento. ¿Quieres que te eche una mano? Somos muchos hoy.

Estuve a punto de negarme, pero me escuché a mí misma decir:

—Si quieres, trocea la carne, que yo frío la cebolla y el ajo.

—Que es un honor ser su asistente —me aduló, y me puse colorada como un tomate.

Hablamos atropelladamente, preguntándonos de todo, amenizando la faena.

—Vale, que sí —dijo de pronto—. Me contaron lo de tus padres. Yo podría ayudarte a buscarlos.

Iba a agradecerle cuando vi a Zoltán en el umbral de la puerta. Quieto, con los ojos clavados en mí.

—¿Necesitas algo? —pregunté sin darle tiempo a hablar.

—Sí. Estanislao, te buscan por todos lados —respondió sin apartar la mirada.

Ajeno a la tensión entre nosotros, Estanislao salió.

—¿Qué crees que estás haciendo? —largó Zoltán, contrariado.

—Cocinando, ya ves. Hoy es un día histórico, un día especial para ellos.

—No te hagas la ingenua. Vi clarísimo cómo mirabas a ese Estanislao.

—¿Y si así fuera? ¿Qué te importa? ¿Quién te dio derecho a meterte en mi vida? Bastante daño me hiciste ya. No vengas a opacar el mejor día de toda España.

—¿Yo te hice daño? ¿Yo? —se indignó—. Fui tu sirviente desde el mismo día en que mi madre murió y me dejó ahí, sumergido en la pobreza de Ramón, bajo la amenaza de que debía hacer cuanto tú quisieras para no perderlo todo.

Me quedé helada. ¿Ramón lo había amenazado? ¿Nuestra amistad había sido por obligación?

—Aquí está vuestro ayudante —interrumpió Estanislao—. No era a mí a quien buscaban.

—Zoltán, ¿por qué no le preguntas a tu novia si necesita algo? —solté—. Por el embarazo, digo. Con tantas emociones…

Zoltán se marchó con los puños apretados.

Intenté disimular el temblor de mis manos ante Estanislao. ¿Zoltán no iba a dejarme en paz?

El tema excluyente de la cena fue la República. Durante los festejos, evité cualquier contacto con Zoltán y me mantuve cerca de Estanislao. Y fui feliz, qué quieren que les diga. Si no lo hubiera vivido, les juro que no habría creído que yo estaba allí, celebrando la Segunda República Española.

Esa noche, al volver a la habitación, Mercedes no estaba; seguía de farra, cantando y bebiendo. En la penumbra, intenté encontrar sosiego, reflexionar. Un escalofrío me recorrió la espalda. El cambio político era real, pero mi vida seguía siendo un desastre. Mis emociones eran un ovillo de lana enmarañado. No sabía quién era ni qué quería. Comía para refugiarme en algo placentero. El embarazo de Mercedes, Zoltán, Estanislao… Todo me daba vueltas. Tenía la impresión de que no conducía mi vida, solo abría los ojos y esperaba.

Desperté sola. Mercedes no había vuelto. «Habrá pasado la noche con Zoltán», pensé. Fui a la cocina para limpiar los restos de la celebración y la encontré dormida sobre la mesa.

—Vamos a la cama —le dije.

—Me dijo que me ama… —balbuceó.

—¿Quién?

—Me dijo que me ama —repitió.

—¡Pero qué borrachera te agarraste, Mercedes! Qué olor… Debes cuidarte, por tu embarazo.

La cargué por el pasillo, la ayudé a meterse en la cama y volví a limpiar antes de que doña Consuelo descubriera el desastre.

Entonces, en plena tarea, Estanislao apareció de pronto y yo pegué un brinco.

—Perdón, no quise asustarte —se disculpó.

—Estaba distraída…

Me sentí tan avergonzada que no supe cómo enmendar la situación. Bajó la mirada para no incomodarme más.

—Bueno, ¿quiere algo de comer?

—Pero ¿por qué me hablas de usted ahora, Antonia?

Lo traté como si fuera un desconocido, un simple pensionista, no como el muchacho agradable con el que había conversado animadamente durante la noche.

—No, tengo que salir. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí…, claro, perdón —contesté demasiado rápido, turbada.

Estanislao, sin dudas, se marchó confundido y yo me senté en una silla, con la escoba aún en la mano. No podía creer lo tonta que había sido, dejando pasar la oportunidad de retomar la charla.

Guardé la escoba y sentí algo en mi cintura. Otra vez casi muero del susto.

—¡Zoltán! ¿Qué haces?

No dijo una palabra. Me arrastró hacia el lavadero, me besó el cuello, me acarició. La verdad, no pude negarme. Solo sentí el placer recorriéndome, hasta que sus manos bajaron. Aún de pie, tuve el instinto de entregarme, completa. Pero abrí los ojos, como obligándome a mí misma a tomar una decisión.

¿Cuál? ¿Caer en sus garras o escapar?

—Vete…, por favor, vete —apenas pude pronunciar un tibio balbuceo.

No se movió. No me obedeció. Me vi obligada a echarlo para atrás con toda mi fuerza y me escabullí de esos brazos que añoraba con todo mi corazón. Y salí, corriendo. Por fin me negué a ser su juguete.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí orgullosa. Aunque mi cuerpo siguiera gritando su nombre.

CUARTA PARTE

«Los curas bendicen los cañones y luego lloran
por sus iglesias incendiadas».

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

I

Verano de 1909, Barcelona, España

Dolors observó a su alrededor. Estaban plantadas frente a la puerta del convento, que lanzaba lengüetazos de llamas por todos lados, devorando cuanto encontraba a su paso. El fuego era la ira popular. El humo espesaba el aire, llenándolo de ceniza y un olor acre les irritaba la garganta. La violencia de aquel incendio parecía surgir de las entrañas mismas de la ciudad, como un castigo. ¿Divino, tal vez?

Y allí estaba él, tirado en el suelo, moribundo, con el rostro desencajado: el fraile. Dolors lo miró un instante. No veía a un hombre agonizante, sino otra cosa: una salida. No quería convertirse en otra desilusión para la pobre chica que lo había perdido todo en cuestión de horas.

—¡Ese es el que mató a tu hermano, que yo lo vi! —gritó Dolors, señalándolo.

Estaba mintiendo. Lo hacía por la chica, pero era una acusación impulsiva. Miró a su alrededor, confundida. Todo iba demasiado rápido. La multitud se movía como un solo cuerpo de mil cabezas, guiado por la furia y el humo. No sabía qué pensar ni cómo reaccionar. Jamás habría imaginado que las cosas llegarían a ese punto. Ya era demasiado tarde para retractarse.

—¡Asesino! —vociferó, apuntando con el dedo, para sostener su engaño.

Ni siquiera se reconocía en sus propias palabras. Con manos temblorosas pero decididas, quitó el cordón que el fraile llevaba alrededor de la cintura y se lo ató a las muñecas.

—¡Yo no maté a nadie! —se defendió el fraile, con voz apenas audible.

Apolonia, con los ojos anegados, dio un paso al frente.

—¡Fueron los bullangueros los que mataron a mi hermano! —dijo con tristeza—. ¡Dejad a ese fraile en paz!

Dolors la miró, desconcertada.

—¡Yo lo vi! —insistió, señalando el rostro ensangrentado del hombre.

Apolonia se acercó con cautela. Se detuvo ante él y se conmovió por su estado, la piel chamuscada, los gestos desencajados. Esa voz…

—No fui yo... Ella mató a Jan… —balbuceó el fraile, acusándola con los ojos.

Apolonia palideció. Retrocedió hasta apoyarse en una pared y se dejó caer, abatida. Esa voz detrás del rostro hinchado por los golpes, cubierto de cenizas y sangre… No había dudas: era él.

Mientras tanto, Dolors se incorporó. Tenía que encontrar a Álvaro o a alguno de los suyos.

—Ahí lo tienes —insistió—: el asesino de tu hermano. Yo me voy.

Apolonia se alzó de golpe y se le plantó delante.

—¡No me dejes, por favor! ¡Menos con ese asesino! —suplicó, y comenzó a darle patadas al fraile, que apenas se movía en el suelo.

—Bueno…, al menos ya ves que no mentía —agregó Dolors—. Y tú deberías volver a tu palacio.

—¡No! No, por favor. No me dejes sola —rogó Apolonia, con la voz quebrada—. Tengo que encontrar a mi hermana. Mi padre y mi hermano están muertos. Por favor…

Dolors reparó en la joven. Casi tenían la misma edad, pero sus vidas habían sido muy distintas.

—Mira tú —dijo Dolors, con tono severo—, yo no tengo ni casa. Vivo en una pensión. Y ahora debo buscar a mis amigos.

—Entonces voy contigo —respondió Apolonia, con una firmeza inesperada—. Y a este —apuntó al fraile— nos lo llevamos. Lo haremos pagar.

Dolors se mantuvo al margen, ajena. La desesperación la había transformado por completo.

—Yo voy a buscar a los míos. Haz lo que quieras —dijo, y comenzó a alejarse.

Pero Apolonia no se detuvo. Tomó la cuerda y tiró del fraile, arrastrándolo a pulso.

—Tú vienes con nosotras —le espetó—. Yo te conozco…, ¿me recuerdas?

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Dolors, viendo cómo la gente corría entre incendios y barricadas…

—Regresemos al convento… —balbuceó el fraile, en un susurro.

Dolors lo miró, incrédula.

—¿Qué dices?

—Allí podréis esperar… mientras esta locura se calma —jadeó, con la respiración entrecortada.

—¿Ahora te preocupas por nosotras? ¡Asesino! —gritó Apolonia, y le dio una patada en el estómago que lo hizo retorcerse de puro sufrimiento.

Dolors no sabía qué hacer. Un sacerdote agonizante. Una joven tiznada de hollín. Ella misma, sin rumbo. ¿Dónde estaría Álvaro? ¿Y los demás?

—Volvamos al convento —sugirió Dolors, con la voz apagada.

Caminaron de regreso, arrastrando al fraile casi en vilo. El edificio aún humeaba; las llamas crepitaban en su interior. El hombre, medio inconsciente, alzó un brazo tembloroso para indicar un desvío. Rodearon la fachada y entraron por la puerta de carros, aún en pie.

El horror los recibió sin avisos: cadáveres degollados, muebles calcinados, papeles ardiendo, imágenes santas reducidas a polvo.

El fraile volvió a levantar el brazo. Siguieron por pasillos envueltos en humo y cenizas. Avanzaban tosiendo, con los ojos irritados y la garganta en carne viva. Cruzaron un patio y luego ingresaron en un corredor donde el fuego no había llegado. Atravesaron una puerta; luego, otra.

Hasta que dieron con una despensa amplia, con estanterías repletas de víveres y botellas de vino. Dolors se quedó boquiabierta. Era como un pequeño comedor. Su primer impulso fue zambullirse sobre esos manjares y servirse algo para saciar su apetito. Pero no lo hizo. Se quedó allí, inmóvil, deleitándose con la vista.

Se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—¿Le damos un poco de agua? —preguntó Dolors.

—¡Claro que no! —replicó Apolonia—. Es el asesino de Jan.

Dolors suspiró. ¿Y si le decía la verdad? Tal vez Apolonia lo dejaría en paz. Tal vez entendería. Pero… ¿por qué le importaba aclarar nada? Sacudió la cabeza. Ese no era su problema.

—Bueno…, entonces encárgate tú —murmuró, y cerró los ojos. No quería pensar. Solo quería que aquel infierno terminara. Quería volver a la pensión.

II

Apolonia sacudía la cabeza. Su padre y su hermano se habían consumido entre las llamas del convento. Y ella se encontraba muy cerca, sentada junto a una desconocida, con un cura medio muerto a sus pies…, y a quien conocía demasiado bien.

Isabel, su hermana, la esperaba sola en casa. Las piernas le temblaban; no conseguía ordenar sus pensamientos. ¿Qué debía hacer primero? ¿Matar a ese monstruo? ¿Llorar a sus muertos? ¿Regresar por su hermana?

Giró la cabeza. La joven que la había ayudado seguía allí: tiznada, ojerosa, despeinada, pero entera. Firme. Se notaba que era una mujercita de carácter. No como ella.

—¿Cómo te llamas tú? ¿Quién eres? —preguntó.

Dolors sopesó la situación y decidió responderle a esa señorita remilgada.

—Me llamo Dolors. Digamos que acabo de salvarte la vida. Trabajo como moza de servicios en un hospital. Y me tengo que ir. De verdad.

—Pues…, yo soy Apolonia —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. Esos animales… no son humanos. ¿Cómo pueden incendiar una iglesia?

—Tus curas y tus iglesias tienen mucho que ver con lo que está pasando afuera —arguyó Dolors, con desprecio.

Apolonia se volvió, escandalizada.

—¡Claro! ¡Eres una de ellas! ¡Una de esas rojas! —exclamó sin pensar.

—Lo que tú digas. Pero si no fuera por mí, estarías churrascada como esas santas a las que tanto rezas. ¿Dónde está tu Dios ahora?

Me parece que os ha abandonado. Igual que a ese frailuco. Y listo, me voy. Adiós.

—¡Eso no te da derecho a hablarme así! ¡Tú…! ¡Tú eres una incendiaria! ¡Vosotras estáis destrozando la ciudad!

Dolors ya estaba levantada. Empezó a alejarse, pero se detuvo. Giró sobre sus pasos. ¿Qué se creía esa niña rica? ¿Así le pagaba que le hubiera salvado la vida?

—Que tú no tienes idea de lo que es la pobreza. Vosotras vivís en pisos con cortinas de encaje. Nosotras, en cuchitriles donde se nos muere la familia de hambre.

—¡Yo no le he hecho daño a nadie! ¡Mi familia…!

—¡Tu familia es la que engorda a estos frailes! —gritó Dolors, señalando al cura—. ¡Tu clase es la que vive del hambre! ¡Tu familia y sus amiguetes son los que mandan soldados a Marruecos a matar moros! ¡Y aquí nos fusilan a los obreros! ¡Tu plata está manchada de sangre, señorita! ¡Que lo sepas!

Apolonia dio un paso atrás, como si la hubieran abofeteado. Tenía los ojos grandes, húmedos. Ambas quedaron quietas, se midieron
—igual de sucias y rotosas—, esperando a ver quién lanzaba la siguiente ráfaga de acusaciones.

—Gracias… por sacarme de ahí —cedió finalmente Apolonia.

—Que no lo hice por ti. Lo hice porque ninguna mujer merece morir achicharrada. Ni siquiera una de las vuestras. Y porque voy a ser doctora. Y los doctores salvan vidas. Y porque yo maté a tu hermano. No ese cura. Haz lo que quieras con él, ¿vale? Tu hermano me atacó por la espalda y me asusté. Me defendí. Fue un accidente. Un puro accidente.

Apolonia se quedó perpleja ante la revelación.

Sin esperar respuesta, Dolors se dio la vuelta y se marchó.

Apolonia la vio alejarse. No le salía la voz. No quería quedarse sola con el cura moribundo. No quería regresar a casa sola. Se dio una palmada en la mejilla, intentando reaccionar, y echó a andar tras ella.

—¡Espera! Por favor, espera.

Dolors se detuvo. Puso las manos en jarra. Estaba completamente tiznada, con el cabello enmarañado y la ropa hecha jirones. La observó: era como mirarse en un espejo deformado.

—¿Y ahora qué? ¿Tienes un lugar a donde ir? ¿Tu casa? —preguntó con impaciencia.

Apolonia se plantó frente a ella y suspiró.

—Es que no quiero volver sola. Pues que mi hermana me espera… ¿Podrías acompañarme?

Dolors avanzó, impávida. Negaba con la cabeza mientras caminaba. ¿Qué se creía esa niñata? ¿Que iba a llevarla de la mano hasta su palacete? Aceleró el paso. Luego echó a correr. No quería que Apolonia la alcanzara.

III

Dolors llegó a la pensión cubierta de hollín, con el rostro demudado y los ojos huecos de espanto. Cada paso le pesaba como si arrastrara sobre los hombros el peso del mundo. En la galería, Álvaro conversaba en voz baja con otros obreros. Al verla, las palabras se le deshicieron en la boca. Se incorporó de un salto, alarmado, y corrió hacia ella. La tomó por los hombros con una mezcla de alivio, rabia y ternura, y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—¡Que mira cómo vienes! —exclamó—. Nos has tenido con el alma en vilo, joder, Doló…

Ella no respondió. El abrazo de Álvaro era un ancla, pero no podía sujetarse; seguía conmocionada por la vida que había cegado. Entrecerró los ojos y dejó que el cuerpo la guiara a tientas hasta su cuarto. Cayó sobre la cama sin desvestirse, como si el colchón fuera una trinchera en pleno combate.

Minutos después, Teresa, la esposa de uno de los muchachos, que la había visto llegar desde la galería, entró sin llamar. El rostro se le desencajó al ver a Dolors en ese estado.

—Anda, Doló, ve al baño. Hay que quitarte ese pringue de encima —ordenó con firmeza.

La galería volvió a llenarse de murmullos; esta vez eran apenas susurros cargados de miedo y de conjeturas. Dolors apenas los oía: todo era confuso, neblina, imágenes que se colaban sin permiso en su mente febril. ¿Y Apolonia? ¿Dónde estaría? ¿Habría logrado escapar? ¿Seguiría viva? Esa niña rica arrastraba su misma desgracia.

Reapareció de las cenizas. Su cuerpo agradeció el agua tibia y el jabón; agradeció también el buen corazón de Teresa. Ya de vuelta

en su cama, se quedó mirando el techo, perdida en un tiempo sin horas. ¿Era de día aún? ¿O había pasado ya una noche? Al fin, la fatiga la venció.

Despertó sobresaltada.

—¡Joder…! —masculló, sentándose de golpe, como si el colchón hubiese cobrado vida y la expulsara de su refugio. El trabajo. Si no salía ya, llegaría tarde. Se vistió a toda prisa y dejó la pensión sin que nadie la viera: estaba segura de que no la dejarían marcharse, pero ella no podía faltar. Se lo habían dejado bien claro al tomar el puesto.

La ciudad seguía igual: ardiente, furiosa, estallando en cada esquina. Avanzó esquivando barricadas, gritos y tumultos. El humo de los incendios se le metía por la nariz, le irritaba los ojos, la hacía toser. Ya cerca del hospital, algo le llamó la atención: un cuerpo desplomado contra la pared, como un saco de trapo olvidado. Parecía la viva imagen de la miseria y el castigo. Se acercó con recelo. Y cuando estuvo lo bastante cerca, lo reconoció. Era el fraile. Dio un paso más. Se agachó con un movimiento leve. El pecho del hombre subía y bajaba con dificultad. Estaba vivo. ¿Qué hacía allí, solo, tirado como un perro?

—Eres duro de roer —rezongó.

Él entreabrió los ojos. Al verla, apenas logró esbozar un gesto confuso. Tenía el rostro cubierto de polvo y sangre seca.

—Vale, que parece que tu Dios te ha dejado en la estacada —añadió Dolors, con una mueca torcida.

El fraile hizo ademán de hablar, pero solo salió aire.

Dolors vaciló. Podía dejarlo ahí. Nadie preguntaría por él. Y si moría, que lo hiciera solo, como merecía. Pero no. Algo muy dentro de ella la impulsó a actuar de otra manera.

—Venga, vamos, que no te me mueras aquí…, que no tengo tiempo *pa´* confesarme —ironizó. Le pasó el brazo por detrás de la espalda y lo ayudó a enderezarse. El fraile se dejó caer sobre ella, colgando de su hombro como un fardo.

Ya casi en la entrada del hospital, Dolors se detuvo en seco. Varios guardias civiles custodiaban la puerta. Si la reconocían…, si él hablaba. Lo miró, expectante. Pero él no abrió la boca.

Los guardias corrieron hacia ellos, sin sospecha, y acabaron por llevarlo dentro. Una enfermera salió al paso y se ocupó del herido. Dolors la siguió, se aseguró de que lo atendieran y, al comprobar que quedaba bien asistido, aliviada, se despidió. Debía comenzar la jornada.

Pero una mano la sujetó por el brazo.

—No..., no se vaya —susurró el fraile.

Ella se quedó inmóvil. ¿Qué quería? Se soltó de un tirón, ajena, indiferente, y desapareció por uno de los pasillos.

IV

Dolors se encontraba en la mitad de su turno cuando la vio.

Apolonia estaba sentada en un banco del pasillo, con el rostro medio oculto bajo un sombrero fino de ala ancha. Vestía con elegancia: guantes claros, falda entallada, una blusa de lino que parecía no haber rozado nunca el polvo de la calle. Dolors la examinó con aprensión. ¿Era ella realmente? Claro que era una niña bien, una *senyoreta*. Pero al mirarla más allá del atuendo, creyó ver otra cosa: una muchacha sensible, tal vez sola, muy sola. Se quedó un rato acodada sobre el carro de limpieza, dudando si acercarse o no.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente, con gesto adusto.

—Dolors…, ¿y tú? —respondió Apolonia, sorprendida—. He venido a ver si el fraile sigue vivo.

Dolors titubeó.

—Que trabajo aquí, mujer. Ya te lo dije, me parece.

—Pues, claro…, ¿qué harías con eso si no?

—Sí, que yo me encargo de que todo brille —dijo con una pizca de sarcasmo.

—Entonces tal vez tú puedas ayudarme a encontrarlo. Nadie me sabe decir dónde está.

—Normal, que esto es un lío con semejante jaleo ahí fuera —se excusó—. Pero venga, que sé dónde está, que yo lo encontré tirado justo donde tú lo has dejado.

Apolonia se sonrojó al saberse descubierta.

—Sí, que fui yo. Pero luego me arrepentí… y por eso estoy aquí. ¿Me dices dónde lo encuentro?

—Que sí, mujer. *Doncs*, tira *pa'llá* —dijo, y le señaló un corredor.

Apolonia dibujó una sonrisa leve.

—¿Podrías venir conmigo, por favor?

Dolors la estudió por un instante. Había algo extraño en ella. Tenía todo lo que cualquier muchacha de su edad quisiera… y estaba ahí, penando para que una sirvienta le hiciera de lazarillo.

—Te acompaño —dijo sin pensarlo demasiado—. Espérame unos minutos, que llevo esto al depósito y me cambio. No te muevas de aquí.

Recorrieron largo rato por los pasillos, entre personas heridas, parientes desesperados buscando a sus seres queridos y médicos desbordados. Las enfermeras iban y venían, crispadas ante la demanda incesante. Entraban heridos sin pausa: obreros desangrados, mujeres con quemaduras, niños con heridas abiertas. Dolors y Apolonia se movían como sombras, ajenas al bullicio.

Al llegar a la sala, encontraron al fraile tendido en una camilla. Vendado casi por completo, parecía una figura hecha de harapos. Respiraba con dificultad. Los ojos, apenas abiertos, no enfocaban nada.

—¿Estará muerto? —preguntó Apolonia en un hilo.

—No. Está vivo —aseguró Dolors.

Se quedaron paradas en la puerta. Con tanto herido y tanto caos, nadie reparó en ellas.

—Podríamos llevárnoslo —propuso Apolonia, casi para sí.

Dolors giró de golpe.

—¿Pero qué dices, mujer? ¿Se te ha trastornado el juicio? ¿Para qué lo querrías? ¿Vas a matarlo? Pues espera un poco, que tal vez se muera aquí mismo.

Apolonia bajó la vista, sintiendo el reproche. Cuando respondió, su voz se tensó:

—No aún. Necesito que hable. Que confiese —dijo, ensimismada.

A Dolors le corrió un escalofrío. Quería entender, pero algo en el tono de Apolonia le advertía que era mejor no saber.

—Ahora sería fácil sacarlo, sí. Con el desbarajuste que hay... Pero ¿para qué demonios lo quieres en tu casa? ¿Qué pretendes que recuerde?

—Pues que hay cosas… nuestras… que tú no sabes, Dolors. Cosas difíciles. Muy difíciles de contar.

—Pues dímelas y tal vez te ayude.

Apolonia alzó por fin la mirada. Tenía los ojos brillantes, enrojecidos.

—Cuando esté en mi casa, te lo diré. Necesito tenerlo allí. Vivo. ¡Ayúdame!

Dolors tragó saliva. Todo su cuerpo le gritaba que se apartara, que no se metiera en historias ajenas. Que no se enredara en infiernos que no eran suyos. Pero la curiosidad era más fuerte que su prudencia. No se movió. Asintió.

—Está bien… Que lo vamos a secuestrar, pues.

Y así, en silencio, sellaron un pacto oscuro bajo la luz mortecina del hospital.

—Ven, acompáñame —pidió Dolors—. Tengo que volver a cambiarme. Tendrás que esperar a que termine el turno; me faltan unas horas.

Mientras trapeaba el pasillo, no podía dejar de pensar en esa locura. Apolonia quería llevarse al fraile. Estaba moribundo, apenas sostenido por el aire. ¿Por qué seguía ella enredada en aquella historia? ¿Era simple curiosidad? ¿O era Apolonia quien la arrastraba a esa caldera? Una niña bien caída en desgracia… y tan sola como ella.

V

Dolors y Apolonia avanzaban con paso firme, vestidas con delantales blancos y cofias ajustadas al cabello, que habían tomado prestadas del cuarto de lavado del hospital. Con los rostros serios y los ojos en alerta, parecían dos enfermeras más entre el tropel que se desvivía por los corredores, cargadas de responsabilidades. Apolonia se sentía cómoda en el uniforme del deber.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Dolors, sin girar la cabeza.

—Que está decidido. Con eso basta. No hay vuelta atrás.

Empujaban una silla de ruedas vacía. Sabían a dónde iban. Los pasillos estaban intransitables: fracturados, quemados, enfermos, gente desesperada… consecuencias de una guerra.

Al llegar, echaron un vistazo rápido: ningún guardia civil a la vista.

—¿Tienes eso? —susurró Apolonia.

Dolors asintió. Sacó del bolsillo un pequeño frasco con un líquido de tono ambarino. Retiró el tapón con determinación y empapó una gasa doblada en cuatro.

—¿Bastará con eso?

—Lo dormirá como a un tronco —garantizó Dolors, con la fría precisión de una profesional—. Que no queremos matarlo… aún.

—Claro que no. Lo necesitamos con vida.

Se acercaron al fraile, una a cada lado. Él entreabrió los ojos, quiso articular algo, pero no tuvo tiempo. Dolors presionó la gasa contra su boca y su nariz; Apolonia lo sostuvo por los hombros mientras él pataleaba débilmente. En unos segundos su cuerpo cedió.

—Ya está —murmuró Dolors, guardando la gasa en su delantal—. Tenemos que moverlo —añadió, alzando la voz, como lo haría cualquier enfermera en apuro.

Entre ambas lo alzaron. Era más pesado de lo que parecía. Lo sentaron en la silla con cuidado y le cubrieron el rostro con una sábana hasta la nariz, dejando visible la boca. Parecía un paciente más entre tantos.

Salieron al pasillo. El desorden era su mejor cómplice. Una enfermera pasó corriendo.

—¿A dónde lo lleváis?

—Sala de cirugía. Herido del saqueo en Sant Pere —respondió Dolors sin pestañear.

—¡Pues ve, que aquí no cabe ni un alfiler! —gritó la mujer antes de desaparecer entre la multitud.

Siguieron su marcha. Tomaron la rampa del ala de servicio, cruzaron el patio trasero y llegaron a la reja de hierro. Afuera las esperaba el coche de alquiler. El conductor, un hombre moreno de bigote fino, no se bajó de su asiento.

—¿Sois vosotras? ¿El encargo del treinta y seis?

—Sí —respondió Apolonia—. A la calle Picalquers.

Entre las dos subieron al fraile como quien traslada a un enfermo inconsciente. Lo acomodaron en la parte trasera del coche. Su cabeza se inclinó hacia un lado. Dolors se sentó a su izquierda; Apolonia, a la derecha. El rugido del motor se sumó al ulular de las sirenas lejanas, el crepitar de los incendios y el eco de disparos.

El fraile reposaba entre ellas, inerte. Dolors lo miraba sin descanso. Una mezcla de repulsión, culpa e incertidumbre la carcomía.

—No lo vamos a matar —susurró, como si intentara convencerse a sí misma.

Apolonia no respondió. Iba abstraída, concentrada en el paisaje de la ventanilla.

El taxi dobló por una callejuela angosta. De pronto, una barricada. Adoquines, sillas rotas, una pira. Hombres armados discutían con soldados.

—¡Quieto ahí! —gritó alguien.

El conductor alzó las manos.

—¡Llevo heridos! ¡Del Santa Creu!

Un vecino se acercó. Miró al interior, vio al fraile desplomado, asintió y levantó la mano.

—Pasad. Pero no volváis por aquí. Esto arderá pronto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Apolonia, neutra, con vago interés.

—Pues que han prendido fuego otro convento. El de las Capuchinas —respondió el centinela.

La furia de Barcelona estaba a su favor. El coche siguió. Más despacio. Las calles eran un laberinto de barricadas y humo. El conductor mascullaba entre dientes.

—Diez minutos, si la calle Picalquers no está cerrada —avisó—. ¡Tendría que haberme quedado en casa, joder! Esto es del demonio.

—¿Y si no despierta? —susurró Dolors.

—Despertará —dijo Apolonia sin titubear—. Esta clase de hombres no se muere fácil. Son ratas duras.

Dolors entendió. Aquello no era justicia. Era venganza.

¿Venganza por qué?

VI

Llegaron como pudieron. Apenas bajaron al moribundo frente al portón de hierro forjado, el taxi se esfumó entre las callejuelas oscuras del Raval, tragado por el humo y los ecos de los disturbios. Quedaron solas en la acera, con el fraile desplomado, medio consciente, sentado contra la pared de piedra. Dolors lo sujetaba por debajo de los brazos mientras Apolonia buscaba a tientas la llave en su bolso.

La puerta principal se abrió con un crujido lento. Dolors alzó la vista y se quedó deslumbrada. Una cosa era imaginar cómo vivían los ricos; otra muy distinta era cruzar el umbral y sentir en el cuerpo la ostentación: el aire perfumado, los vitrales coloreando el recibidor como si fuera una iglesia, los techos altos, los muebles antiguos, los retratos solemnes enmarcados en dorado que, a su modo, narraban una historia política y familiar.

—Por aquí —indicó Apolonia con un gesto rápido.

Entre las dos lograron sentarlo en un sillón estilo imperio, tapizado en terciopelo azul, donde el cuerpo del fraile parecía aún más decadente y ajeno. Era una mancha oscura sobre el terciopelo noble. Dolors no podía dejar de examinar el ambiente: las cortinas de brocado, el piano cerrado, la lámpara inmensa que colgaba del techo como un sol detenido en el cénit.

—Lo llevaremos a uno de los cuartos del servicio. Al fondo, por la galería —guio Apolonia con la voz baja pero resuelta.

Buscaron una silla de madera resistente, lo sentaron de nuevo y lo ataron con una cuerda gruesa que Apolonia había sacado de un armario. El fraile se quejaba entre dientes, pero no tenía aliento para resistirse. Así, con esfuerzo y sin decir más de lo necesario, lo

arrastraron por un corredor alfombrado hasta un cuarto sin ventanas, junto a la antigua despensa. Allí, lo desataron de la silla y lo tumbaron sobre una cama de hierro con un colchón delgado. Al salir, Apolonia cerró la puerta con llave y la guardó en el bolsillo oculto de su vestido.

—¿Y los criados? —preguntó Dolors, sin alzar la voz, mientras sus ojos recorrían la casa, calculando cuánto tiempo tomaría limpiar aquel palacio inmenso para dos huérfanas solas.

—Malinka les dijo que se marcharan. Yo lo confirmé. Ya no queda nadie. Era lo más sensato —respondió Apolonia.

Dolors siguió caminando, fascinada y descolocada. No podía evitar perderse en los pasillos, abrir puertas a medio cerrar, admirar más allá de los cortinados. Espiaba con cautela, como si estuviera profanando algo sagrado. Por un momento, olvidó la pensión, el hospital, la vida que llevaba. Se entregó a las emociones nuevas que le provocaba aquel lugar majestuoso.

—Ven —llamó Apolonia desde la galería que daba al patio interior —. Ven, que vamos a la cocina. Quiero presentarte a mi hermana. Isabel.

QUINTA PARTE

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios:
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

ANTONIO MACHADO, «Campos de Castilla»

I

1931, Barcelona, España

Estanislao se quedó en la pensión y Manolo viajó a Madrid. Extrañaba a Manolo, sí, pero la verdad era que había salido el sol para mí cuando supe que Estanislao no se marchaba. No sé cómo explicarlo. De algún modo me ayudaba a espantar —o a mantener a raya— a Zoltán. Su sola presencia en los pasillos, el sonido firme de sus pasos, me hacía sentir menos sola.

Había regresado de trabajar y mi cuerpo ya no me daba tregua. El cansancio me apretaba los huesos como una prensa, y los revoltijos en el estómago se repetían con mayor frecuencia, como si un animal pequeño se agitara dentro de mí. Algo me estaba pasando, aunque me resistía a aceptarlo.

—Vale, que estás preñada, Antonia. Te ha engordado la tripa —dijo doña Consuelo, secándose las manos en el delantal.

Casi me muero. Me lancé sobre ella para silenciarla.

—¡¿Qué está diciendo, doña Consuelo?! ¡Eso es imposible! —protesté con la garganta hecha un nudo. ¡Una mujer soltera no puede estar embarazada!

—¡Pero si serás majareta! Anda, niña, que tú de santa, nada… Yo no sé cómo lo lograste, pero que tienes un crío en la tripa…, lo tienes.

Me senté porque las piernas me flaquearon. El cuarto giró a mi alrededor. ¿Por qué nunca había considerado esa posibilidad? ¿Embarazada? ¿Yo? Embarazada… Bueno, tras conocer que Mercedes estaba encinta, la idea había cruzado fugazmente mi cabeza, pero la había barrido como quien espanta una mosca.

—Por favor, doña Consuelo, no diga nada a nadie —supliqué—. Pero a nadie, ¿vale?

—¡Ay, niña! No voy a andar ventilando tu estado. Pero apúrate a arreglar el entuerto, que pronto estarás redonda.

—Dios mío, ¿cuánto tiempo cree que…?

—Pues, si no lo sabes tú… Pero eso lleva creciendo un par de meses —conjeturó, bajando la voz, como si alguien pudiera escucharla.

—Se lo ruego…, no diga nada hasta que pueda resolver… esto —insistí. Ni siquiera me salía la palabra «embarazo». Me ardía en la lengua.

Doña Consuelo me miró con compasión mientras sacudía la cabeza, haciendo chocar las horquillas de su moño. Afuera, las campanas de una iglesia cercana dieron la hora. Yo solo podía pensar en el sabor metálico en la boca y en el miedo que me subía por la espalda como un escalofrío. Pensaba en Zoltán y en lo que haría si llegaba a enterarse. O en la pensión, donde últimamente cualquier susurro se convertía en chisme.

Me apoyé en el respaldo de la silla y cerré los ojos. Lo único que deseaba era que Estanislao regresara pronto a la pensión. Tal vez él podría ayudarme a pensar qué hacer. Aunque ni siquiera estaba segura de poder confiarle algo así. Solo quería desaparecer. No sabía cómo seguir, cómo enfrentar semejante responsabilidad. ¿Cómo pude meter la pata tan hondo?

Manolo, agradecido por mi disposición a la causa republicana, le pidió a Estanislao que me diera una mano para reconstruir la historia de mis padres. De pura voluntad, nomás. Y aunque me alegraba, tenía un problema infinitamente más grande.

Una idea perversa cruzó mi cabeza. Sí. Nunca imaginé que sería capaz de tramar algo así…, pero lo hice. Lo pensé muchas veces. Lo pensé intentando justificar mis actos. Pero no medí las consecuencias… Era evidente que nada bueno podía salir de ahí, y aun así…

Estanislao, siempre tan amable, había empezado a contarme la historia de España hasta llegar a la época de mi nacimiento. Pasábamos horas conversando, con papeles y recortes sobre la mesa, mientras el olor a café se mezclaba con el de las hojas viejas. Pero mi cabeza estaba en otro lado. Me sentía tan sola…, sin nadie en quien confiar. Mi cuerpo se estremecía ante cualquier ruido, una voz a mis espaldas, una ventana cerrada de golpe por el viento. La culpa, mi grandísima culpa, ahora sí era mi culpa.

—Por lo que pude investigar, nací después de la Semana Trágica de Barcelona —dije, para apartar mis pensamientos.

—1909 —aclaró él, con la seguridad de quien recita fechas de memoria.

—Sí. Doña Consuelo me contó. Qué horror debieron de ser esos días.

—En ese tiempo reinaba Alfonso XIII, y el presidente del gobierno era Antonio Maura…

—¿Y por qué incendiaron tantos conventos? —interrumpí.

—Vale, que no hubo un solo motivo. La situación general, digamos, sufrimiento, pobreza… Nosotros, los catalanes, peleando por nuestra independencia. La educación también era un foco de conflicto, porque siempre estuvo en manos de los curas. En aquella época muchos obreros pudieron estudiar gracias a la Escuela Moderna del señor Guàrdia.

Mientras él hablaba, me vi a mí misma embarazada, en mi país de nacimiento, junto a mis padres. ¿Cuál habría sido la España de ellos? Me sacudí esa nostalgia absurda. Tenía un problema, tenía una situación que resolver. No podía echarle pétalos de rosa a mis orígenes.

Estanislao era tan amable conmigo… Y aun así, mi idea más oscura prosperaba como la única salida posible a ese embrollo. Y para llevarla a cabo tenía que hacer algo. Algo muy… desagradable.

—¿Te sientes bien? Estás como rara estos días —dijo Estanislao, mirándome de reojo.

Casi me desmayé. Tuve que disimular. Creí que podía leerme la mente.

—Puede ser. Todo esto me tiene abrumada. Imagínate, al fin voy a descubrir quién soy, de dónde vengo. Me quita el sueño, y luego ando como un títere todo el día. Perdón.

—Que no tienes por qué disculparte, de verdad. Puedo hacerme una idea de cómo es vivir sin saber quiénes son tus padres.

—¿Y tú? —pregunté, cambiando de tema bruscamente—. ¿Tu familia?

—Pues, nada que contar. Mi familia se mudó a un pueblo de Francia; nos marchamos luego de aquella revuelta. Mi madre aún vive, pero mi padre murió cuando yo era un crío. No tengo hermanos, pero sí tíos y primos… Esos entuertos familiares.

—Ah… —dije, esperando algo más vibrante.

—¿Y tú? ¿Es verdad lo que anda diciendo el Zoltán, que vienes de una rica familia argentina?

—¡Claro que no! —respondí enseguida—. Zoltán siempre exagera. Bueno…, quizás un poco.

Estanislao me miró, serio. Yo le devolví una sonrisa. Sí, debía actuar. Poner en marcha mi plan. No había escapatoria. Estaba a punto de endosarle un hijo a Estanislao. Tenía que ser rápido. Pero ¿cómo lograrlo? No podía simplemente acercarme e invitarlo. Me avergonzaba la persona en la que me estaba convirtiendo.

—Que tú eres muy linda, Antonia —declaró él, a media voz.

Sonreí, sin saber qué decir. Pero, de pronto, cediendo a un impulso repentino, me acerqué y lo besé en la boca. Fue un movimiento calculado, sin pasión.

Estanislao se quedó quieto, pasmado.

—Supongo que eso quiere decir que yo te gusto —susurró, confuso.

Le devolví una sonrisa más amplia, sintiéndome una completa estúpida. Una estúpida con urgencia.

—Tal vez… —sugerí, sonrojada.

Estanislao no hizo lo que yo esperaba. Se comportó como un caballero, no como un amante. No me abrazó, no me besó con pasión, ni me tocó como Zoltán. En cambio, me tomó la mano con suavidad… y besó mi mejilla.

—¿Seguimos?

II

Mercedes atraía todas las miradas. Ella y su embarazo. Aunque la verdad era que ambas esperábamos un hijo de Zoltán, el muy infeliz. Desde que lo supe, no volví a mirarlo a los ojos; y cada vez que intentaba abordarme con cualquier excusa, bajaba la cabeza y me retiraba, indiferente. Tenía miedo de sucumbir nuevamente a sus artimañas, de caer en sus redes contaminadas. O peor: de gritar a los cuatro vientos que yo también estaba embarazada… ¡de Zoltán!

Estanislao seguía cortejándome, pero sin avanzar, y aquello comenzaba a inquietarme. Yo estaba dispuesta, siempre lo había estado. Pero él parecía ceñirse a sus tiempos, a sus costumbres, tal vez. Me gustaba esa mesura suya, su trato correcto, su presencia apacible…, pero su decencia no ayudaba con mi plan.

Mientras tanto, seguíamos con la investigación. Pero doña Consuelo, quizá por mi embarazo, comenzó a poner palos en la rueda, a cargarme de obligaciones, a distraer a Estanislao con otros asuntos.

Un día fuimos a un sitio que capturó de inmediato mi atención desde el primer instante. Todo allí era distinto a Buenos Aires. Caminamos por una callejuela empedrada, estrecha y antigua, hasta detenernos frente a una gran puerta de madera que me doblaba en altura. Cuando se abrió, nos recibió un jardín encantador, con mesas desperdigadas bajo unos árboles en flor y un aire fresco que parecía venir de otro mundo.

Estanislao era bien conocido allí. Apenas nos vieron, nos recibieron con una calidez familiar y nos condujeron hasta una mesita pequeña, encantadora. Ese día comí la mejor paella que haya probado jamás y bebí un «vino noble» —así lo describió él—; no

comprendí bien qué significaba, pero tampoco pregunté. Me dejé llevar por el placer del instante, tan simple y perfecto que quedó grabado en mis sentidos. Después de eso, ya no pude seguir el hilo de su relato.

—Lo tenías bien guardado…, este sitio es hermoso —dije.

Regresamos caminando, envueltos en largos silencios, de esos que también hablan. En ese mutismo compartido, cada cual decía lo suyo. Yo, atrapada en mis tormentos, me preguntaba qué pasaría por la mente de Estanislao mientras él se giraba para mirarme sin pronunciar palabra.

Llegamos. Me acompañó hasta la puerta de mi habitación. Por fortuna, Zoltán no rondaba por allí.

Cuando ingresé, me recibieron los ronquidos estrepitosos de Mercedes; la pobre parecía un tractor. Me acosté preguntándome por qué habíamos ido a ese lugar tan encantador. Entonces creo que lo entendí: él había querido decirme algo pero no se animó. Esa noche apenas concilié el sueño. Pensé mucho, demasiado. Mucho más de lo que convenía.

A la mañana siguiente, encerré a doña Consuelo en la salita de costura y le planteé, al fin, la pregunta que me rondaba desde hacía días.

Ella sopesó la situación antes de responder. Creo que yo le despertaba cierta compasión; por eso siempre acababa tendiéndome una mano.

—Niña —dijo al fin, con gravedad—, un hijo no se desecha así como así. Usted misma es prueba viva de ello. ¿Qué cree que es usted, Antonia? ¿Un desecho? Si su madre no la hubiese querido, no estaría aquí, conversando conmigo. Vaya, y piense con sosiego. Las decisiones que una toma en esta vida, siempre, y recálquelo bien, siempre traen consigo consecuencias. Vaya, reflexione. Luego, si desea, volveremos a hablar.

Tuve náuseas. Salí corriendo a vomitar. Sabía que cuando doña Consuelo ponía distancia tratándome de «usted» debía tomar sus palabras con severidad extrema. Me sentí egoísta por no haber

pensado antes en todo aquello, por creer que podía huir sin más o deshacerme del bebé. Y al mismo tiempo me sentí culpable por ser incapaz de proceder con la crueldad necesaria para salvarme.

Me cambié con premura y salí a la calle como quien intenta dejar atrás su vida entera. Tenía que trabajar, y no podía permitir que nadie sospechara nada. ¿Qué iba a hacer con mi vida? ¿Y si hablaba con Zoltán?

Esa noche, a pesar del cansancio que me calaba los huesos, decidí ayudar a doña Consuelo con la cena. No tenía ánimos para conversar con nadie. Ni con Estanislao ni, mucho menos, con Zoltán.

—Hoy le daré una mano yo, doña Consuelo. Seguro que ya tiene el menú decidido.

—Sí, hoy somos muchos. No siempre se da que estemos todos. Haremos una buena paella, ¿qué te parece? Anda, ven, que hay que limpiar bien los bichos y picar cebolla fina, morrón, ajo…

Cocinar me serenaba. La mente se me aquietaba y los aromas me devolvían cierta paz. Lo único que me incomodaba eran las discusiones políticas, cuando se exaltaban y se lanzaban a gritar en catalán, sin freno. Como era de esperarse, aquella noche discutieron hasta bien tarde.

Ayudé a recoger, a limpiar y, cuando regresé al comedor y noté que Estanislao se había marchado, hice lo mismo.

Llegué a la puerta y, justo cuando iba a entrar, una mano surgió de la nada y me impidió abrirla. Mi corazón dejó de latir…

III

Era Estanislao y me arrastró consigo en la penumbra. Caminamos hasta la salita de costura. «Ay, no. Otra vez aquí…», me lamenté.

—¿Qué haces? —pregunté, con el corazón desbocado.

—Tenemos que hablar, Antonia —dijo, serio.

—¿Hablar? Pero…

Desorientada, asumí que me llevaba con otras intenciones; desde luego, no para conversar.

—Que sí, mujer, que no quiero que nadie nos escuche.

—Me asustas, Estanislao. ¿Qué ocurre?

—Pues mira, Antonia, que no es asunto sencillo. Que te lo iba a decir durante la comida, pero no fui capaz. Sé que estás embarazada de Zoltán. Y también sé que pretendes cargarme a mí con ese mochuelo.

—¡Qué dices! —acerté a balbucear. Me quedé helada. No lo podía creer. Las piernas no me sostenían.

—Que no te hagas la sorprendida. Evitemos perder un tiempo que no tenemos —añadió, con un tono que me atravesó como una mala premonición.

—Vamos, Antonia…, no eres la única que arrastra sus propios demonios. En el fondo, creo que ambos nos necesitamos.

—No te entiendo —susurré. Estaba a punto de desmayarme. Qué vergüenza.

—¿Que no te has enterado todavía?

—No, dime, que no lo sé.

—Ay, Antonia, eres tan inocente… ¡Pues que me gustan los hombres, mujer! Eso.

Ahora, sí, estaba petrificada. ¿Que le gustaban los hombres? No. No podía ser. ¿Qué diablos estaba pasando? Mi plan había fracasado estrepitosamente sin necesidad de que él tuviera que rechazarme.

—¿Y entonces? —pregunté, sintiendo que me faltaba el aire.

—Pues que yo me haré cargo de vuestro niño y tú fingirás ser mi novia. Seremos el uno la coartada del otro.

En ese instante, todo se volvió borroso y difícil de asimilar. Nada era como lo había imaginado y pasaba demasiado rápido.

—Sí, sí —acepté con mansedumbre. Aunque mi confusión iba en aumento, vislumbraba el renacer de mi esperanza.

—Bien. Que mañana saldremos a dar un paseo y acordaremos cómo ha de ser nuestro noviazgo y de qué manera lo contaremos a todos. Así dejarán de importunarme buscándome una novia, y podré seguir con mis asuntos. Y tú, tranquila, tendrás un padre para tu hijo.

Asentí. Pero… ¿Estanislao… marica? ¡No! No podía tener tanta mala suerte.

Volví a mi cuarto. Mercedes aún no había regresado y eso me dio tiempo para reponerme a solas. Necesitaba meditar. ¿Qué diablos acababa de pasar?

Al día siguiente, Estanislao me esperaba a la salida del trabajo. Caminamos en silencio. Lo miraba de reojo con la sensación de estar ante otro hombre. Ya no era el Estanislao predecible y pausado que conocía. ¿Le gustaban los hombres? Un maricón. Jamás, ¡jamás lo habría imaginado!

Nos sentamos en un café. Tras unos instantes de vacilación, se largó a hablar. Conversamos largo rato. Me contó lo difícil que le resultaba desempeñar su trabajo y moverse en el ámbito político debido a su «inclinación», como dijo con cierto recato. Algunas cosas que me reveló me helaron la sangre. Frente a mí emergía otra versión de Estanislao, más real, más vulnerable.

—No te preocupes, Antonia. No vas a cargar tú sola con ese hijo. ¿Vale? Yo te voy a ayudar, mientras pensamos cómo seguir.

—Gracias, Estanislao. Todavía estoy digiriendo mi estado. Me parece que…, que no tendrías por qué hacerte cargo de mi hijo.

—*Escolta*, no es tiempo de cuestionar nada. Yo te prometo que haré cuanto esté en mi mano por ayudarte con el crío y a encontrar a tus verdaderos padres. Ahora, cuéntame de Zoltán… ¿Qué es lo que realmente se cuece entre ustedes? ¿Qué historia oculta traen de Argentina?

Me había revelado su verdad más íntima; debía corresponderlo. Respiré hondo, tomé coraje y le dije la verdad. Le conté todo. Le confesé que no quería arruinar la felicidad de Mercedes. Él escuchó atento: a veces se agarraba la cabeza, asentía o hacía algún gesto de entendimiento, como si mi relato confirmara lo que él ya intuía.

Salimos del bar siendo, en cierta forma, otras personas. Más serenos, con secretos compartidos y con nuestros propios fantasmas a cuestas. Habíamos sellado un pacto que, sin dudas, nos serviría a ambos y nos pondría a salvo de las habladurías.

Suspiré. Iba a tener un hijo. Ese pequeño latido desconocido se había convertido, de golpe, en el centro de mi mundo y en el eslabón de la promesa que acabábamos de firmar. Ya no era el hijo de Zoltán, ni un entuerto. Era mi responsabilidad y mi futuro. Aunque todavía me sonara extraño, iba a tener un hijo. Mi hijo.

IV

Estanislao llegó a la pensión con el semblante crispado. Su abrigo, salpicado de diminutas gotas de lluvia, despedía un leve olor a humedad. Apenas cruzó el umbral, comenzó a buscarme con la mirada, con esa impaciencia de quien trae noticias que no le caben en el pecho. Entonces me vio salir del baño, con el cabello algo revuelto y las manos aún húmedas.

—Ven, Antonia. Rápido.

—¿Qué sucede? Me asustas…

—Que no, que no… No temas —dijo, aunque la urgencia se le escapaba por la voz—. Esta vez traigo buenas nuevas. *Escolta bé*: llevé el sobre que me diste a un amigo mío, un tipógrafo muy conocido, y él, tras examinar las letras con serifas y el papel verjurado, me aseguró que solamente tres conventos de la orden de clausura utilizan ese tipo de material.

Me quedé helada, con las palabras atoradas en la garganta. Aquello era una noticia extraordinaria que, a la vez, me acercaba peligrosamente a una verdad que siempre había estado fuera de mi alcance y que, quizás, estaba por surgir.

—Tenemos que ir allí para investigar, Antonia —continuó él, con los ojos brillantes—. En alguno de esos lugares han de tener los libros bautismales. Es, por fin, un buen puntal de partida.

Asentí apenas. El corazón me golpeaba el pecho como un tambor.

Salimos casi de inmediato. Mientras caminábamos por las calles mojadas, Estanislao, animado, me hablaba de las revueltas anticlericales que sacudieron Barcelona en diferentes épocas, desde

la Primera Guerra Carlista hasta una más reciente, unos veinte años atrás.

—En el siglo pasado, en 1835, cuando la miseria y el cólera azotaron la ciudad, corrió el rumor de que los frailes habían envenenado el agua. El pueblo se ensañó con la Iglesia: quemaron conventos y mataron religiosos.

—¡Qué atrocidad!

—Pues ya ves. Siempre igual: una chispa sobre la pólvora. Después de una corrida de toros, el público, que ya venía amargado, estalló contra la curia. Pero la gota que colmó el vaso fue, paradójicamente, que los toros no estuvieron a la altura de lo que la gente esperaba.

—Es que aquí los curas tienen demasiado poder —murmuré, abrigándome mejor con el chal—. Cada dos calles hay una iglesia o un convento.

—Así es. Las bullangas se repitieron durante años. La última grande, la de la Semana Trágica de 1909, no fue distinta. También empezó por una chorrada: los reservistas no querían ir a morir a Marruecos. Aquel día ardieron conventos y murieron curas. Y entonces, además, la educación estaba enteramente en manos de la Iglesia. Había una lucha feroz por la enseñanza laica y por quitarle a las sotanas el monopolio del conocimiento. Necesitamos mentes libres, Antonia. Es urgente.

—Pero atacan al clero, profanan lugares sagrados, cometen crímenes… Yo no soy tan religiosa, pero antes que a un cura mataría a un político.

Estanislao dejó escapar una risa.

—Pues que no estás tan errada. Los curas también hacen política, solo que disfrazados de sotana.

—Tienen una historia tan turbulenta…

—Y vosotras, queridas argentinas, nacéis de nuestras entrañas convulsas —respondió él, con su orgullo ofendido, a sabiendas de mi verdadero origen.

—Pues vaya regalo nos han mandado —dije, pero de inmediato suavicé la ironía—. Aunque la inmigración nos fue mezclando un poco las costumbres.

Seguimos hablando sin darnos cuenta de cómo la tarde se volvía gris y las luces comenzaban a titilar sobre las aceras húmedas.

—Venga, tenemos que entrar —dijo Estanislao, deteniéndose frente a una imponente puerta de madera ennegrecida por el tiempo.

Mientras él alzaba el brazo y daba tres firmes golpes, yo sentí tres latigazos sobre la espalda.

—Tal vez no haya nadie y debamos regresar otro día… —musité, casi aliviada.

Pero la puerta se abrió con un chirrido de los goznes.

—Buenas tardes, hermana. Ruego nos disculpe la hora. Venimos buscando una información —anunció Estanislao, solemne.

—¿Qué tipo de información…? Que es tarde —respondió una monja joven, apenas mayor que yo. Tenía el rostro delicado y un brillo en los ojos que me resultó extraño. Jamás podría pasar toda la vida entre esos muros, pensé.

—Sí, pues que lo comprendo, pero necesitamos información sobre unos nacimientos. No llevará tiempo, se lo prometo —dijo Estanislao.

La monja nos observó un instante y, tras bajar la mirada, se hizo a un lado. Abriendo más la puerta, dijo las palabras mágicas que Estanislao esperaba escuchar:

—Pasen.

La seguimos por corredores silenciosos. Las pisadas resonaban sobre las baldosas. Atravesamos un patio interior con naranjos en flor que perfumaban el aire, y entramos a una sala austera, con una larga mesa y sillas de respaldo recto.

—Esperen aquí —pidió la joven monja, y desapareció tras una pesada puerta.

Nos sentamos. Yo no lograba articular palabra. Sentía un zumbido constante en los oídos, como si el mundo estuviera metido dentro de un túnel.

Tras unos minutos, entró otra monja: mayor, de rostro arrugado, pero con unos ojos de una firmeza casi marcial. Esa mujer intimidaba; sabía el peso que cargaban esos muros.

—¿Qué buscáis? —preguntó, sin preámbulos.

—Datos sobre nacimientos en los años 1909 y 1910 —respondió Estanislao, respetuoso.

—¿Y para qué queréis esa información, si puede saberse?

—Trabajamos para una oficina gubernamental que procura reunir a madres e hijos separados durante la Semana Trágica —improvisó él, con sorprendente naturalidad. Su aplomo era absoluto; había nacido para la política.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la monja, llevándose una mano a la frente—. Este fue uno de tantos conventos que… Bueno, nos prendieron fuego. Incluso profanaron las tumbas de las hermanas. ¡Qué terrible tragedia!

—Sí, no hay catalán que no la recuerde. ¿Podría ayudarnos? —insistió Estanislao.

—Creo que sí. Aquí hubo muy pocos partos. Siempre por motivos extraordinarios. De lo contrario, a las mujeres se las llevaba al hospital para dar a luz.

Nos miramos. A los dos nos pareció un buen comienzo.

La monja se marchó y regresó al cabo de un rato para hacernos una seña. La seguimos por corredores estrechos, subimos y bajamos escaleras de piedra, espiamos patios silenciosos a través de ventanales, hasta que nos condujo a una sala repleta de estanterías altísimas, con gruesos tomos encuadernados en cuero. El polvo flotaba en haces de luz que caían desde las claraboyas.

—Aquí están los libros de bautismo de esos años. ¿Tenéis algún dato más concreto?

—Solo una fecha… —murmuré, con un hilo de voz, ante la posible revelación.

Con paciencia, durante un tiempo prolongado, hojeamos páginas amarillentas, leyendo nombres trazados con caligrafía diminuta. El silencio del recinto era tan profundo que podía oírse el roce del papel al pasar las hojas. Hasta que, de pronto, Estanislao detuvo su dedo sobre una inscripción.

—¡Aquí! ¡Aquí está la fecha!

Cerré los ojos. Inspiré hondo. Me levanté, temblorosa, y caminé hacia la puerta. Necesitaba aire. Crucé el patio interior, respirando el aroma de los naranjos. Me detuve junto a una columna y no pude evitar preguntarme: ¿habría estado mi madre alguna vez entre aquellos muros?

Regresé. Estanislao seguía enfrascado en el libro.

—En esa fecha hubo un solo nacimiento, y fue un varón —dijo con pesar. Luego, señalando otra línea con su dedo manchado de tinta, añadió—: Mira aquí: otro, un mes antes. Pero también fue varón.

Suspiré. Era como perseguir un fantasma que se esfumaba justo cuando creía tenerlo al alcance de la mano.

—Tal vez naciste en el hospital y luego te trajeron al convento… Y desde aquí te enviaron a Argentina.

—Tal vez… —dije, decepcionada. Mi origen continuaba en las tinieblas.

Los pensamientos empezaron a atropellarse: mi madre podía ser cualquier persona, no la figura que yo había construido. ¿Había sido monja? ¿Refugiada? ¿Prostituta? ¿Y si no me simpatizaba lo que ella había sido? En todo caso, ¿por qué había decidido enviarme tan lejos? ¿Qué secreto llevaba encadenado conmigo?

«Ay, ay, mi mente…», pensé. No podía detenerla.

V

Aquella tarde, al salir de mi trabajo, lo vi de inmediato: Estanislao otra vez me estaba esperando, caminando nervioso, con la boina contra el pecho como si fuese un escapulario. Tenía el ceño fruncido, la mandíbula apretada y los labios moviéndose apenas, como si rezara entre dientes. Algo había descubierto, lo presentí al instante. Por suerte no estaban ni Mercedes ni Jacinta; de lo contrario, habría tenido que inventar más mentiras y excusas.

—¿Y ahora qué te traes entre manos? —solté sin ceremonias, sin siquiera saludar.

—*Escolta*, Antonia: creo que el hermano de doña Consuelo sabe más de lo que dice —murmuró, bajando la voz y clavándome una mirada tan intensa que parecía arder.

—¿Qué me estás contando? —pregunté, escéptica.

—He estado averiguando y resulta que el hombre estuvo implicado en la Semana Trágica. Bien metido. Cuando intenté hablar con Consuelo, la noté extraña. Cerrada. Y eso, en ella, no es habitual. Siempre ha sido la primera en ayudar, en tomar partido. Me pareció raro, muy raro, ¿vale?

—Pues habla con él. Pero no le digas nada a doña Consuelo. Que no se entere. Ella tal vez tenga miedo por las persecuciones.

—Sí, que también lo he pensado. Tenemos que hablar los dos. Donde ella no nos vea.

—No, Estanislao. Primero tú, solo. De hombre a hombre. Me parece que estará más cómodo. Después veremos. Ahora, por favor, dime por qué estás tan nervioso.

Me sostuvo la mirada por unos segundos. Respiraba entrecortado, como si hubiera estado corriendo.

—No lo sé, Antonia. Tengo un pálpito aquí —se señaló el estómago—, como si me estuvieran retorciendo las tripas. Es una corazonada, pero fuerte, y no me la puedo quitar de encima.

Estanislao tenía eso: era sensible e intuitivo. Donde otros no veían nada, él ya olía el humo antes de que la mecha ardiera.

Nos pusimos en marcha hacia la pensión, andando despacio, cuchicheando como dos conjurados de una causa clandestina. Hablábamos de estrategias para abordar al hermano de doña Consuelo sin levantar sospechas: tal vez invitarlo a dar un paseo, lejos de oídos indiscretos; quizás ofrecerle un anís en la cocina y dejar que hablara solo, como hacían con doña Consuelo cuando recordaban… Pero al doblar la esquina, me quedé estupefacta.

Allí, junto a la puerta de la pensión, estaba Zoltán. Parecía una escultura de piedra: los brazos cruzados, el mentón alzado, los ojos clavados en nosotros. Una sombra de furia contenida le nublaba el rostro, como si la rabia le chispeara bajo la piel.

—¡Mira qué pareja de enamorados! —exclamó apenas nos tuvo cerca, para que lo oyéramos con claridad—. ¡Enhorabuena, hombre! Así que van a ser padres. ¡Qué rápido se dio todo! —añadió con una sonrisa torcida. Me estaba humillando por haberle robado su paternidad.

No le contesté. Crucé junto a él como si pasara por una corriente gélida. Ni siquiera levanté la mirada. Temía que mis ojos hablaran por mí, que el dolor se me desbordara en lágrimas o, peor, en un viejo reclamo que nunca había digerido.

Estanislao tampoco dijo palabra. Entramos casi corriendo, como quien escapa de un incendio, mientras Zoltán nos perseguía con frases envenenadas, dichas en voz baja pero cargadas de plomo. Sabía que no se detendría. Él, que creía tener derecho sobre dos mujeres y dos hijos.

Ingresé a mi cuarto suplicando que estuviera Mercedes; su presencia frenaría la embestida de Zoltán. Me temblaban las manos. Sentí que el mundo me pesaba en el pecho.

—¡Eh, maja, que pareces haber visto un fantasma! —dijo Mercedes—. Acabamos de llegar. Anda, llévate todos esos papeles y

ponte a leerlos, que mañana tengo otro día complicado y no podré ayudarte.

Estanislao siguió indagando como un perro de caza con el rastro fresco. El hermano de doña Consuelo, un hombre de mundo y mirada evasiva, terminó contándole que había estado allí, en medio del caos de 1909. Y que había perdido un amigo durante la Semana Trágica.

—¡Hombre! Figúrate, que fue una semana para el olvido: ardieron conventos, escuelas e instituciones clericales. En las calles, el pueblo levantaba barricadas, mientras los soldados reprimían con brutalidad. El aire estaba denso de humo, gritos y metralla. Qué va. Si cuando camino por ciertas calles todavía siento el olor a madera quemada y a incienso, que quedó atrapado en las piedras de las iglesias.

—Lamento mucho lo de su amigo —dijo Estanislao.

—Mi amigo no murió en la calle, dando batalla. Murió en una iglesia, mientras velaban a un hombre importante. El fuego lo rodeó y quedó atrapado. Jamás olvidaré su cuerpo calcinado. Pues que esa muerte inútil me escupió de la política.

El recuerdo, la confesión, el desahogo del pobre hombre dejaron en silencio a Estanislao, que desistió de continuar con su pesquisa.

Se había vuelto una costumbre encontrarlo fuera, esperándome. Antes solía entrar y participar del trabajo, pero desde que Jacinta se había trasladado a Madrid con un equipo más grande, yo solamente transcribía lo que me enviaban o seleccionaba los recortes que dejaba Mercedes. Digamos que mantenía el espacio para lo que se venía. Como ella solía decir, estábamos en plena reorganización.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté, con un escalofrío que me recorrió al escuchar la historia.

—No lo sé. Pero lo presiento. Tenemos que ir al convento.

—¿Y qué esperas que hagamos?

—Vamos. Me dio la dirección.

No había modo de frenarlo. A veces pensaba que su deseo de descubrir mi pasado era más fuerte que su deseo de protegerme.

Cuando cruzamos el umbral del convento, me invadió una sensación imposible de poner en palabras. El aire era más frío. Las paredes parecían latir. El silencio, apenas un murmullo contenido.

Nos recibió un fraile de edad incierta, con una sotana negra y los ojos hundidos. Nos condujo por un pasillo que desembocaba en un presbiterio imponente. Me sobrevino una mezcla inquietante: paz y miedo. Como si ese lugar pudiera acariciarte y devorarte al mismo tiempo.

Estanislao no esperó y arremetió con preguntas.

—La Semana Trágica fue una infamia, una verdadera desgracia —dijo el fraile, con voz grave—. Entraron a destruir todo, como poseídos por el diablo. Destrozaron altares, reliquias, imágenes sagradas… Las llamas hicieron el resto. Muchos hermanos murieron; otros quedaron desfigurados por el fuego.

—Qué calamidad. Y dígame una cosita más, padre, ¿qué pasó en esta fecha concreta? —indagó Estanislao, mostrando un papel.

El fraile palideció.

—¡Dios me ampare! Cómo olvidarlo. Ese fue el fatídico día en que los animales no tuvieron decencia, piedad, nada. Aquí velaban a don Ferrer de Olagues, un gran católico de bien. Murieron casi todos los presentes. Solo su hija sobrevivió. Y el padre Jordi, que quiso socorrerlos, también pereció. Una verdadera maldición cayó sobre esa pobre familia.

—Padre, perdone la impertinencia…, ¿hubo mujeres embarazadas entre los fallecidos?

—¿Qué pregunta es esa? Aquí no había mujeres embarazadas…

Miré a Estanislao y gesticulé para que no lo contrariara. Se estaba pasando de la raya. ¿A dónde quería llegar?

—¿Y esa hija estuvo en algún convento después?

—¡Hombre! Claro que sí. Su padre era muy estricto con la formación religiosa, sobre todo de las mujeres, como corresponde. Así no salen como esas almas descarriadas —se lamentó el sacerdote, con resentimiento—. La falta de fe las lleva a la barbarie, a incendiar y profanar lo que no comprenden.

—Vale, gracias, padre, que no lo molestamos más. Solo… ¿podría darnos esa dirección, la del convento donde llevaban a las mujeres?

Salimos de allí y sentí que se me revolvía el estómago. Un remolino de dolor circulaba por mi cuerpo.

—No entiendo por qué seguimos esta pista, Estanislao.

—Corazonada —respondió, sin más.

—Pero esto es macabro. No me gusta. No me gusta nada.

Apenas cruzamos la puerta de la pensión, corrí al baño. Me sentía mal. El pálpito de Estanislao me había golpeado tan fuerte como la realidad. Algo estaba desarmándose dentro de mí. No pude detener el vómito ni el líquido rojo y tibio que comenzó a correr por mis piernas. Me arrodillé. Y, por un instante, creí que me moría.

VI

Varios días después, Estanislao dividía su tiempo entre los mandados de Mercedes, los independentistas y la comitiva republicana. Además, en paralelo llevaba adelante la investigación sobre mis orígenes, mientras yo, simplemente, yacía en cama. Algo en mi cuerpo se había quebrado tras aquella visita al convento. Algo maldito, quizá. Me negué a ir al hospital y tampoco conté todo lo que había sucedido. Solo sabía que, desde aquella tarde, mi vientre había comenzado a vaciarse.

Sentía que expulsaba algo que no me pertenecía, o algo que quería irse, doloroso, como si mi cuerpo hubiese guardado por demasiado tiempo un secreto impuro. Seguía sangrando, aunque con menos virulencia. El dolor había menguado, pero no la tristeza. Mi embarazo ya no estaba. Lo supe sin necesidad de tocarme: bastaba con escuchar el silencio dentro de mí.

No le conté a nadie. Limpié con esmero cada rastro de sangre; ni Mercedes ni doña Consuelo notaron nada. Me ocupé de ellas con la misma dedicación de siempre. Estanislao seguía cortejándome sin saber que su coartada ya no existía. Pero todo había cambiado. En mi lecho ya no había hijo; solo un vacío enorme. «Un castigo —pensé—. Un castigo divino por haber intentado forzar un destino». Ya no iba a ser madre. Y no iba a preguntar por qué. Yo había cortado el hilo de la vida de ese hijo que nunca llegaría, de esa pequeña yo que no existiría en este mundo. Mi cuerpo había fallado. ¿Por qué se había ido de mí? Yo no lo saqué, yo no quise sacarlo…, ¿o sí? Me sentí una basura. Culpable. Claro que había sido yo; mi tormento interno y mi desesperación lo habían echado de mi vientre. Yo era culpable.

Cuando por fin pude apoyar los pies en el suelo sin marearme, retomé mi rutina como si la normalidad fuera una tabla a la que aferrarme. Pero estaba abrumada de secretos, atravesada por una pena que no tenía nombre.

Zoltán se había esfumado. Fue el único que no vino a verme durante mi convalecencia ni preguntó por mí. Doña Consuelo, con su manera discreta, me observaba con esos ojos que lo veían todo, incluso lo que cualquiera intentaba esconder. Si no me había llevado de las orejas al hospital —como solía hacer cuando alguien faltaba a la lógica de la salud—, fue porque quiso respetar mis silencios. O mi pudor. O mi duelo. O mi vergüenza. Creo que estaba desilusionada de mí. Eso me dolía. Todo me dolía en esos días.

Apenas me repuse del todo, fuimos con Estanislao al convento que nos había indicado el fraile. Era una construcción vieja, de piedra gris, como la mayoría de estos claustros. Esos lugares me inquietaban: tan grandes, tan lúgubres, tan desolados, tan llenos de secretos. Nos anunciamos con un golpe seco en la aldaba. Una monja nos abrió y, esta vez, nos invitó a pasar sin preguntarnos qué queríamos o a quién buscábamos.

Estanislao se presentó y explicó que necesitábamos información sobre una familia. Nos condujeron a una sala de recibo austera, con olor a humedad, donde se unió otra monja, bastante mayor, con hábito negro. Al mencionar el apellido que nos había dado el sacerdote, las dos intercambiaron una mirada breve, cargada de interrogantes. La joven se retiró de inmediato y el ambiente se volvió más pesado. La anciana, de rostro esquelético y manos crispadas sobre un grueso rosario de cuentas negras, nos examinó, circunspecta.

—La recuerdo, sí… —dijo, al fin—. Una de esas muchachas llegó aquí… embarazada. Ay, Dios mío… —murmuró, persignándose lentamente—. Llegaban muchas. Jóvenes, solas, sin saber quién era el padre. Algunas se quedaban. Otras escapaban antes de parir. O después. Pobrecillas. Se les metía el diablo y las terminaba de enloquecer.

Un amargor me subió por la garganta. Pensé en esas mujeres solas y acorraladas.

—¿Y qué fue de ella? —pregunté—. La que llegó embarazada… ¿qué pasó?

La monja bajó la vista.

—Oh, qué desdicha —musitó—. Murieron los dos. Madre e hijo. El mismo día del parto. Una tragedia.

No dijo nada más.

Salimos con el corazón apretado y los pasos pesados. Nos envolvía el silencio denso del convento, ese silencio que no se disuelve al cruzar la calle. Sugestionado por la desazón, Estanislao no pronunció palabra. Yo tampoco. Caminábamos como si la tristeza nos empujara desde atrás.

Tal vez era mi destino no saber nunca quiénes habían sido mis padres. Tal vez una nace de un olvido. O de una herida. Tal vez no iba a encontrarlos. A ella. A él. A ninguno.

Y aunque me había preparado para esa posibilidad, dolía como una herida que se pudre con una lenta agonía. Había imaginado muchas veces la escena del reencuentro: un gesto revelador, una cicatriz, una carta escondida en el pliegue de un baúl, un mechón de pelo envuelto en papel de estraza, una frase que por fin encajara en la historia oculta de mi vida. Pero no. No hubo milagro. No hubo nada.

A veces me preguntaba si alguna vez fui querida. Si fui fruto de un amor oculto, tal vez. Si mi existencia había sido deseada. Si alguna mujer, en algún rincón de alguna cocina de esta ciudad, puso las manos sobre su vientre y me pensó con ternura, luego de sellar una promesa. O si fui todo lo contrario: una mancha, una vergüenza, una carga que debía desaparecer cuanto antes. Nunca sabría si nací de un encuentro fugaz o de una noche de violencia. ¿Sería, acaso, el retoño de un amor prohibido?

Quizá porque sospechaba que, para sobrevivir, muchas mujeres habían tenido que callar lo que les arrancaron a la fuerza. Y muchos hombres habían caminado lejos de lo que engendraron sin mirar

atrás. Quizá mis padres no fueron peores que el tiempo que les tocó vivir. Y eso era lo que más dolía: que en esa historia no había villanos, solo víctimas atrapadas en el engranaje de una sociedad que silenciaba, escondía, castigaba.

Y yo, estancada en una doble orfandad: de mis padres desconocidos y de mi propio hijo.

Y claro que me dolía no saber qué palabras se habían dicho cuando yo vine al mundo. Dolía no saber si alguien me había llorado. Si alguien me había extrañado.

En el fondo —aunque no lo confesara—, seguía buscando a mis padres en los rostros de la calle, esperando coincidencias en el cabello, la nariz, la altura. Sí, ya sé: estaba enloqueciendo. Me preguntaba si alguno de ellos podría haberme sostenido al nacer. Si alguna vez nos cruzaríamos sin saberlo.

Por el momento, seguía siendo hija de nadie.

SEXTA PARTE

«No importa lo que la vida haya hecho de ti;
lo que importa es lo que tú haces con lo que la vida ha hecho de ti».

JEAN-PAUL SARTRE

I

1909, Barcelona, España

Dolors la observó unos instantes. Luego dejó que la mirada recorriera la sala, como si necesitara verificar que todo aquello existía de verdad, que no era una ilusión tejida por el silencio de la casa.

—Vente aquí, siéntate, por favor —pidió Dolors—. Hablemos, antes de que me presentes a tu hermana. Cuéntame. Me lo prometiste.

Apolonia se detuvo, vaciló un instante y regresó sobre sus pasos. Se dejó caer en la silla como si llevara cien inviernos sobre la espalda. Conservaba un resto de altivez en el porte, sí, pero los ojos delataban una tristeza infinita. Observó a Dolors con detenimiento, tanteando si sería capaz de soportar lo que estaba a punto de revelarle.

—Que lo sepas, Dolors: mi familia, esa que ya no existe más que en mis recuerdos, fue una de las más estimadas del barrio. Me refiero a la familia de mi padre, claro está. Gente de misa diaria, apellido de abolengo y modales rigurosos. —Se humedeció los labios antes de continuar—. Mi madre murió cuando aún éramos niñas. No lo resistió…

—¿Qué cosa no resistió? —inquirió Dolors.

—La taradez de mi hermana melliza.

Dolors se quedó pasmada.

—Mi hermana, Isabel…, vivió casi toda su existencia entre muros de conventos, pupitres de institutrices y habitaciones clausuradas. Pero al menos, de vez en cuando, venía a casa y pasaba tiempo con

nosotros. Tras la muerte de mamá, mi padre no supo qué hacer con ella. Decidió encerrarla a base de reales: monjas, curas, internados. Yo, cada vez que podía, la rescataba. Me las ingeniaba para traerla conmigo.

—Ah… —murmuró Dolors, afectada por la historia que Apolonia le narraba con detalles.

—Pero lo peor vino después. Era Cuaresma, lo recuerdo bien. Comenzó a venir a casa un fraile del convento al que Isabel solía acudir. Fray Jordi. A fe mía que tenía don de palabra, ¿eh? Pronto se ganó el aprecio de mi padre. Decían que era un confesor agudo, director espiritual de damas bien casadas, orador de los Jueves Eucarísticos, esas misas a las que van las beatas con rosarios de plata. Siempre con su sotana impecable, su cadencia de predicador, su rostro afilado que, vaya una a saber por qué, inspiraba confianza. Y que, bajo el pretexto de ofrecer «auxilio espiritual a la jovencita especial de la familia», lo recibimos con honores. Y yo…, yo me alegré, porque entonces Isabel pudo quedarse conmigo una temporada, juntas.

Inspiró hondo para retener las lágrimas que ya pugnaban por salir. Dolors no decía palabra; la miraba con una tristeza callada, respetuosa.

—Con el paso de los días, el fraile pidió estar a solas con ella. Alegaba que los demonios se colaban en las mentes frágiles y que, para obrar sus métodos, necesitaba privacidad. Primero fueron diez minutos. Luego, una hora. Después, dos. Siempre en el altillo, donde nadie se atrevía a interrumpir su rito —añadió, y su voz se tensó—. Todo con el beneplácito de mi padre, que rara vez pisaba la casa.

Apolonia se quedó mirando sus propios dedos, que jugueteaban con el borde de la mesa.

—Hasta que una tarde lo vi. Que lo juro: lo vi con mis propios ojos. Nadie me vino con el cuento. Fray Jordi le pedía a Isabel que se desnudara. Entera. Que se tendiera en la cama, junto al sillón. Y ella…, pobrecita, ella lo hacía sin entender. Confiaba. Era inocente.

Dolors se llevó una mano a la boca.

—Él la miraba. Luego la tocaba. Empezaba por los pechos, bajaba al vientre. Isabel sonreía a veces, o se estremecía, como si

no comprendiera del todo. Y él, con esa voz dulce y ruin, le decía que así se sanaría, que formaba parte de su curación. —Suspiró, tomó aire y se forzó a continuar el relato—. Yo no me moví. No grité. No dije nada. Fui una cobarde, Dolors. Lo vi todo desde la rendija de la puerta. Y eso se repitió. Muchas veces. Demasiadas. Y yo…, yo no lo podía entender y no supe qué hacer. —Su voz tembló—. Hasta que una tarde lo vi encima de ella. Desnudo. Sujetándole la boca para que no gritara. La forzaba como un condenado. Ya no era un hombre. Era una bestia.

—Dios mío… —susurró Dolors—. Qué barbaridad… Qué tipejo.

—Después de aquello, Isabel cambió. Cuando se alteraba, las palabras se le atascaban. A veces permanecía callada días enteros. Intenté hablar con mi padre. ¿Y sabes qué hizo? Me amenazó con encerrarme también. Dijo que deliraba. Que veía visiones.

—¿Y vuestro hermano?

—Jan tampoco la quería. No podía ni mirarla. Decía que yo era su única hermana. Que mi padre no me había encerrado porque tenía otros planes: casarme con un viudo adinerado, viejo y agrio. Otro demonio. Así se libraba de mí y cerraba un trato ventajoso. Para él, el matrimonio era el único destino de una mujer decente.

Dolors bajó la mirada. No encontraba palabras que consolaran. Recordó entonces a su propio padre.

—El mío decía que la salida era el estudio. Que el saber nos abriría camino.

—Vale, pero ¿y tú? ¿Qué crees? ¿Casamiento o letras?

Dolors esbozó una media sonrisa.

—Anda, que no tengo el apellido correcto ni patrimonio, y la sociedad ya ha decidido por mí antes de que yo naciera. Entonces, si tengo que elegir, escogería lo mejor para mí. Y lo mejor es lo que me asegura el pan.

—Una fatalista desilusionada. Yo digo que el estudio es poder para nosotras. Que nos libra de aguantar a cualquier patán diciendo cómo caminar o cuándo callar.

—¡Pues claro! El estudio es el único capital que no puede confiscar un marido. Pero si hay dinero…, Apolonia, ayuda mucho. No te voy a mentir.

Sonrieron. Por primera vez en un buen rato. Luego se dejaron llevar por la deriva de la charla entre dos personas que empiezan a conocerse.

—¿Qué fue de vuestro padre? ¿Cómo murió? —preguntó Dolors.

—Lo mismo que le ocurrió a Jan. Un accidente…, digamos, oportuno.

Dolors palideció. Ahora entendía: la venganza ya se había cobrado dos vidas. ¿El fraile sería la tercera? No quiso indagar más. Había escuchado suficiente como para sentir el alma trastocada.

—Espera aquí —pidió Apolonia, poniéndose de pie. Y desapareció tras una puerta.

La casa parecía suspendida en el tiempo. Afuera, el murmullo lejano de la ciudad seguía su curso: huelgas, sermones y tiros al aire. Dolors escuchó pasos. Entonces las vio. Apolonia entró de la mano de una joven.

—Mira, Isabel. Te presento a una amiga. Se llama Dolors.

Isabel apenas levantó la cabeza. Se balanceaba suavemente, adelante y atrás. No se parecía a Apolonia, al menos no en lo físico, pero sus ojos irradiaban una ternura especial. Dolors se incorporó, conmovida, pero Apolonia le hizo una seña para que no se acercara.

—Ven, Isabel, siéntate aquí. Ya no me marcharé. Palabra de hermana. Que te quedes tranquila —murmuró, acariciándole el cabello, que caía como lluvia por su espalda.

Dolors, aún enternecida por la escena, sintió los hombros vencerse bajo el peso de la emoción. Las tres, alrededor de la mesa, cruzaron miradas.

—¡Qué linda eres, Isabel! —dijo Dolors.

II

Dolors extendió con esmero un mantel blanco, bordado a mano; sus hilos parecían contar la historia de otras mujeres y otros tiempos. Dispuso tres platos de porcelana de Limoges, alineó copas de cristal tallado y cubiertos de plata que brillaban bajo la luz tamizada del comedor. Al contemplar tanta riqueza reunida en detalles tan sencillos, sintió un leve estremecimiento. Fue inevitable recordar la austeridad de la pensión, las cazuelas de hierro ennegrecido que compartía con las demás enfermeras en la cocina del hospital, el olor persistente a col hervida, los pasillos húmedos. Allí, en cambio, en esa casa silenciosa y colmada de secretos, todo le resultaba ajeno y, al mismo tiempo, extrañamente acogedor.

Desde la entrada del salón, Isabel la observaba con los ojos grandes, abiertos, como los de una criatura que aún duda entre temer o confiar. Apolonia acababa de regresar del cuarto donde habían alojado al fraile moribundo, todavía tendido en la cama y vencido por la morfina. Ella traía un fajo de papeles en la mano y una expresión incierta, mezcla de resolución y desconcierto.

—¡Que la comida está servida! —anunció Dolors desde el umbral.

Se sentaron las tres. En el comedor, amplio y silencioso, reinaba una calma que contrastaba con lo que ocurría afuera: conventos ardiendo, barricadas, balaceras, gritos apagados por la distancia. Dentro, apenas se oía el leve chisporroteo de la sopera y el roce pausado de los cubiertos.

—¡Por Dios, qué manjar! —exclamó Apolonia tras probar el primer bocado—. ¿Has visto, Isabel, qué rico está lo que preparó Dolors?

Isabel respondió con la vista. Con la cuchara aún en el aire, esbozó una sonrisa breve y sincera.

—Que doy fe, Dolors, cocinas de maravilla —prosiguió Apolonia, acomodando la servilleta sobre su regazo—. Pues que te tienes que quedar con nosotras. Te lo digo de corazón. No podríamos pagarte gran cosa… o nada, quizá. Pero te trataríamos como a una igual. ¿Vale? ¿Te quedarías?

—¿Y qué parezco yo, una *germana de la caritat*? —respondió Dolors con una chispa de picardía, aunque en sus ojos asomaba algo más que humor: la propuesta no le era indiferente: podría escapar de la pobreza.

—No, mujer, pero cocinas como los ángeles —Apolonia redobló su cumplido—. Y que manejas la casa como si siempre hubieras estado aquí.

Dolors bajó la mirada y comenzó a remover lentamente el guiso de su plato. En su interior, las preguntas se agolpaban como pájaros encerrados. Pensó en los pasillos del hospital, las camas alineadas, el hedor persistente. Recordó los turnos interminables, el dolor de espalda tras fregar baldosas, los gritos de los heridos y los médicos que apenas la miraban. Y la pensión: oscura, fría en invierno, con lo justo para subsistir. El rostro de Álvaro cruzó fugaz su memoria. ¿Qué pensaría él si ella desaparecía unos días? ¿Y las chicas de la pensión? No le costaría mucho garabatear una nota: decir que había hallado trabajo como doncella en una casa respetable y que debía permanecer allí por tiempo completo. O quizá volver, recoger sus cosas, despedirse como era debido. Dejar una puerta entreabierta, por si acaso.

Pero entonces surgió otra idea, silenciosa como una sombra: ¿y si se quedaba de verdad en aquella casa suntuosa de la burguesía catalana? ¿Con Apolonia, con Isabel, con un fraile agonizante y un pasado oscuro que aún no alcanzaba a descifrar? ¿O debía volver a su mundo, al trabajo sin tregua y a la pobreza?

—¿En qué anda tu mente, Dolors? —interrumpió Apolonia con dulzura—. Que ya hemos acabado el guisado y tú sigues mirando el plato.

—*La veritat*…, no lo sé —confesó Dolors.

Apolonia le posó una mano en el brazo, cálida, firme.

—Pues que te quedes con nosotras. Ya encontraremos la manera de pagarte. ¿Vale?

Dolors alzó la vista. Isabel la contemplaba con esa quietud dulce de quienes no han conocido la malicia. Y por un instante —frágil, pero luminoso— sintió que aquel lugar extraño, ordenado y lleno de silencios era precisamente lo que su alma exhausta necesitaba.

—Creo que me quedaré.

III

Hacía días que la ciudad ardía. En las calles, la gente caminaba con prisa; los rostros, demacrados por el hambre y el miedo, apenas se reconocían entre sí. A cada paso llegaban rumores: nuevos incendios, conventos saqueados, soldados muertos, obreros fusilados al amanecer. Las tiendas seguían cerradas; el transporte, paralizado. El humo se mezclaba con el aire caliente del verano y todo parecía a punto de estallar, una y otra vez.

Dolors avanzaba con paso firme. Había tomado una decisión: iría a la pensión, recogería sus cosas, se despediría de sus compañeros. No podía desaparecer sin más. Asumió que estarían preocupados por ella.

La pensión seguía como siempre: mucha gente y olor a pobreza.

—¡Dolors! —exclamó una voz.

Álvaro. De pie junto a la ventana, con las mangas arremangadas y un cigarrillo apagado entre los dedos, la miraba como si viera un espectro.

—¡Doló, *redéu*! ¿Dónde te habías metido, mujer? ¡Te dimos por muerta!

Dolors se quedó inmóvil un instante. ¿Muerta, ella? Claro. Para los demás, la vida seguiría igual. Pero si ella desaparecía… Esa idea la estremeció. No lo había pensado: en cualquier momento, sin aviso, podía dejar de existir. Así, sin más.

—Estoy bien, Álvaro —dijo al fin—. Pero he venido porque tengo algo que contaros.

Enseguida la rodearon. Se formó un corrillo de miradas expectantes. Mientras hablaba, Dolors sentía que la voz le salía

como de otra boca, ajena, controlada. Les explicó que, en medio del caos, había encontrado una salida.

—Una nueva colocación —mintió. Y sintió que traicionaba sus ideales.

—¿Cómo? —interrumpió Álvaro, frunciendo el ceño.

—Pues que, en uno de los alborotos… ¿Recuerdas el incendio? *Doncs*, que una señora se quedó sola. El marido murió. La sobrina me vio en la calle, hablamos… y me ofreció instalarme con ella. Que es una casa de familia acomodada. Me ocuparé de una mujer enferma. Pagan bien, y debo vivir allí. Yo pensaba venir a veros en los días libres —agregó detalles con la naturalidad de quien necesita proteger una decisión.

—¿Te marchas? —La voz de Álvaro sonó dolida—. ¿Dejas tu trabajo también?

—Todo ha sido muy rápido, ¿vale? —respondió ella, negándose a mirar la decepción de su compañero—. Pero es una buena oportunidad para mí. Que os voy a echar de menos —añadió atropelladamente. Quería largarse cuanto antes.

—Niña, que trabajos así no se encuentran todos los días —intervino la madre de Álvaro desde la cocina—. Y menos en casas de bien, que eso suele ir de madres a hijas, a sobrinas… Así que vale, que te felicito. Aprovéchalo.

Dolors sonrió.

Ingresó a su cuarto y todo seguía igual: el catre duro, el lavamanos desportillado, la mesita con una vela consumida. Empacó lo justo: dos vestidos gastados, un par de zapatos que ahora se veían viejos, la peineta de su madre, una caja con papeles.

Al salir, los inquilinos la esperaban en el pasillo. Algunos la miraban con curiosidad; otros, con envidia; los menos, con lástima. Álvaro permanecía apartado, con la gorra en la mano.

—¿Volverás algún día? —preguntó él.

—Pues claro. ¿Qué piensas? —mintió.

—*Vinga*, que te acompañamos un tramo, que vamos *pa'* la zona —dijo Álvaro, y salieron juntos.

Se despidió de él y del resto con un abrazo que le supo a adiós definitivo. Escuchó todas sus recomendaciones, advertencias que, a

su modo, eran un gesto de cariño.

¿Y entonces? ¿En qué consistía esa nueva vida que había elegido? ¿O más bien aceptado?

Cuidar a una mujer enferma en una casa de ricos. Así lo había contado. Así lo había repetido, casi creyéndolo. Pero, en el fondo, ¿era verdad? ¿O la impulsaba algo más ambiguo, más deshonesto? ¿La promesa de un cuarto propio? ¿Un cuarto de baño sin esperas, solo para ella? ¿Comida caliente cada día? ¿Ropa limpia y sábanas de hilo? ¿Estaba tomando la decisión correcta? ¿Por qué se cuestionaba tanto? ¿Qué podría salir mal? La riqueza —pensó— no se tasaba solo por el dinero ni por las vajillas finas. A veces, simplemente, se trataba de contar con el privilegio de no tener que dar explicaciones ni luchar por la supervivencia. De vivir cómoda porque sí. La pobreza, en cambio, dolía por todos lados.

Su cabeza estaba por estallar cuando oyó un grito a sus espaldas.

—*Fuig!*

Una turba bullanguera se aproximaba, a paso vivo y gritando, con piedras y palos en las manos. Dolors corrió con todas sus fuerzas, sin mirar atrás. No quería acabar en otro convento incendiado, con otro muerto y otra propuesta extraña. Huyó. Dobló la esquina, tropezó, se levantó y se lanzó contra el portón de rejas. Lo empujó con ambos brazos. Había llegado, estaba dentro. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió a salvo.

—Que abran la puerta —jadeó—, soy Dolors.

IV

Apolonia había dispuesto el cuarto de su hermano Jan para Dolors.

—Ponlo como quieras, es tuyo ahora —dijo con una sonrisa, y se marchó sin esperar respuesta.

Dolors se quedó unos minutos bajo el quicio de la puerta, como si atravesarlo fuera una decisión irreversible. Luego entró despacio. La cama con dosel, el escritorio de nogal, la silla tapizada, la ventana amplia con cortinados pesados. Hasta había un sillón individual junto al velador. El mobiliario tenía un aire de abandono reciente, como si el dueño se encontrara inmerso en un viaje largo del que pronto volvería.

Lo primero que hizo fue recoger las fotos de Jan y la ropa del armario. Guardó las imágenes en un cajón y apiló cuidadosamente las camisas, pantalones y zapatos. Pensó en pedirle permiso a Apolonia para llevárselos a los muchachos de la pensión. Sonrió, imaginando la cara de los chicos al ver aquellas camisas finas, de lino verdadero, y los botines casi nuevos. El resto del día permaneció en el cuarto.

Cuando Apolonia, intrigada por el silencio, fue a buscarla, se quedó inmóvil en el umbral. Dolors había cambiado de sitio todos los muebles: la cama estaba contra la otra pared. Una anarquista en su pequeña revolución burguesa. El escritorio, bajo la ventana; el sillón, cerca del velador. El ropero, abierto, chocaba con el resto del cuarto: apenas dos perchas con dos vestidos humildes y un par de zapatos desgastados.

—Vamos a buscarte ropa —dijo Apolonia con voz suave, pero firme—. Vestidos, zapatos…, lo que necesites.

La vida de Dolors, en efecto, comenzaba un nuevo camino.

El cuarto del fraile, en cambio, se había convertido en una celda improvisada: sucia, húmeda, apenas ventilada, con un aire denso que olía a encierro. Fray Jordi seguía postrado en la cama, alimentado apenas por un caldo ralo y un pan duro que Apolonia le ofrecía con desgano. Nada en él podía inspirar compasión.

Apolonia fue a verlo con una jarra de agua y un pañuelo. Abrió la puerta y se detuvo unos segundos. Lo observó: el pijama del hospital manchado, los pies hinchados, la respiración trabajosa.

—¿Tienes sed? —preguntó al fin.

Jordi asintió apenas. La venda aún le cubría gran parte del rostro, pero su cuerpo se tensó, esperanzado por recibir un gesto humano.

Apolonia le acercó la jarra a los labios. Bebió con ansia, pero ella no le permitió más de dos sorbos.

—No conviene que te sientas demasiado cómodo —murmuró—. Todavía no has revelado la única verdad que te mantendrá con vida.

El fraile tragó con dificultad. Tenía los labios agrietados, la lengua reseca.

—No sé qué buscas, hija —murmuró—. No he hecho mal a nadie…

—¡Que no mientas! —replicó Apolonia sin levantar la voz—. Yo lo he visto. ¿Quieres que lo repita? Puedo hacerlo. Palabra por palabra. Los gestos, los sonidos. Hasta cómo temblaban las manos de ella cuando la vejabas.

—No sabes lo que dices… Ella… miente. Está poseída.

Apolonia se agachó de golpe y le arrancó la venda de un tirón. La sangre seca se despegó con dolor. El fraile se quejó.

—¿Y eso te daba derecho a tocarla? ¿A disfrazar vuestra lujuria de caridad? Eres un monstruo. Tú tienes el diablo adentro. ¿Crees que la sotana te absuelve? ¿O que Dios mira a otro lado mientras te aprovechas de una criatura indefensa?

El fraile desvió la mirada. No respondió.

—No sabes nada de redención, fray Jordi. Pero quizás aquí, solo y abandonado, comiences a aprender.

Apolonia se incorporó. Lo miró una vez más, con tal desprecio que le encendió la bilis. La rabia crecía, desmesurada. Luego salió y

cerró la puerta con llave; si no lo hacía con urgencia, lo hubiera golpeado.

La casa comenzaba a recuperar sus sonidos habituales: los cubiertos recogidos de la mesa, los pasos de Dolors en la cocina, la voz de Isabel, que seguía a la recién llegada por todas partes, repitiendo cada palabra que decía como una sombra dulce.

Entonces, un golpe seco retumbó en la puerta principal.

Dolors dejó el trapo sobre la mesa. Intercambiaron una mirada interrogante.

—¿Esperas a alguien? —susurró Dolors.

—No. A nadie —respondió Apolonia, alisándose la falda con manos temblorosas.

Isabel, ajena al llamado, se balanceaba en su silla, tarareando una melodía infantil.

—¡Que Dios nos asista! —murmuró Apolonia, y se dirigió a la entrada.

Entreabrió una hoja de la puerta y asomó la cabeza con cautela. Del otro lado, envuelta en un chal color tabaco, con el sombrero ladeado y el ceño arrugado, doña Elena esperaba respuesta. La vecina había asistido al velorio de su padre, pero se había retirado del lugar, apenas percibió las amenazas.

—¡Ay, hija! ¿Estáis bien? —dijo con voz temblorosa—. Qué susto me he llevado. He pasado y no se oía ni un alma. Con tanto alboroto, una ya no duerme. Y vosotras, pobres, con lo de vuestro padre, lo de vuestro hermano… Que Dios os tenga en su misericordia.

—Que le agradecemos por venir, doña Elena. Estamos bien —respondió Apolonia, abriendo apenas el portón.

—¿Y tu hermana? ¿Y la muchacha nueva? ¿Todo en orden?

—Sí, bien, encerradas hasta que esto pase. Como todos.

Detrás de la puerta, Dolors hizo una mueca y se apuró a ocultar los restos del almuerzo. Doña Elena cruzó el umbral, arrastrando el bastón; echaba miradas inquisitivas.

—Han quemado otro convento —anunció—. El de las Hermanas del Rosario. Aquí cerca, a unas calles. Lo han saqueado entero. Hasta los candelabros del altar…

—¡Santa Virgen! —exclamó Apolonia.

—La ciudad es un infierno. Anoche se oían tiros. Y unos críos lanzaban piedras a las ventanas. No hay ley, ni orden. Ni Dios que lo remedie.

Apolonia asentía con cortesía. No quería alentar la conversación.

—Pues aquí dentro estamos bien, doña Elena. Y usted debería hacer lo mismo: encerrarse. Que las calles están peligrosas.

—¿Estáis seguras?

—Segurísimas. Y además está con nosotras mi prima —añadió Apolonia con aire casual.

—Bueno, no os entretengo más. Solo quería asegurarme de que no os hubieran saqueado. Pero si notáis algo raro, si veis movimientos extraños, avisadme. No queremos desgracias, ¿verdad?

—Tenga por seguro, doña Elena.

—Pues que Santa Eulalia os proteja. Y cerrad bien puertas y ventanas.

Cuando la vecina al fin se marchó, el silencio se apoderó de las tres. Solo se oía el tictac nervioso del reloj de pared.

Apolonia echó llave y cerrojo. Suspiró hondo.

—A partir de ahora, no se abre a nadie. Ni a vecinos, ni a conocidos.

—Nadie —repitió su hermana.

Esa noche cenaron juntas en la cocina. Afuera, los gritos volvían a llenar las calles. Pero dentro reinaba la calma. El fraile seguía encerrado. Y por unas horas, el mundo pareció suspendido.

—Que descanséis. Lo merecéis —dijo Apolonia al final—. Mañana será otro día. Ya veremos qué hacer con ese demonio de sotana. Pero esta noche, que nada nos perturbe.

V

Apolonia, antes de cerrar los ojos, pensó en Isabel. En esa mirada rara, opaca a veces, brillante otras, como si su alma viviera en otro siglo. Una mirada que no encajaba con el entorno, pero que a ella siempre le había parecido llena de sentido. A veces creía que Isabel deseaba en silencio todo aquello que a ella le había sido dado sin pedirlo.

Una lágrima le tembló en la comisura del ojo y comenzó a rodar, lenta, como si arrastrara una vida entera. Cada vuelta en la cama era un recuerdo que dolía. Revivió el día en que se la habían llevado. Isabel no lloró; ella sí. No hubo abrazos, ni explicaciones, ni una promesa de regreso. Eran apenas unas niñas y ya aprendían cuánto dolía una separación sin consuelo. Le costó años entender por qué su hermana no podía quedarse en casa. ¿Qué diferencia veían los demás que ella no lograba distinguir?

Solía evocarla sentada en el suelo de la cocina, alineando cucharas con una precisión obsesiva. Apolonia intentaba jugar con ella, darles voces a las cucharillas y convertirlas en princesas o soldados. Isabel algunas veces respondía, otras no. Solo se fijaba en el orden con devoción; si una se movía un milímetro, su cuerpo entero se tensaba. Entonces Apolonia entendía que lo mejor era acompañarla sin intervenir, mirando esas filas como si así pudiera descifrar qué encontraba su hermana en aquel dibujo invisible. Y aunque no sabía explicarlo, la conexión entre ambas era real, siempre.

Isabel no había asistido a la escuela. Decían que no servía, que no aprendía. Iba de convento en convento, apartada, como si su mera presencia incomodara. La llamaban «tonta», «especial»,

«difícil», pero nadie se atrevía a decir en voz alta lo que realmente pensaban: que estaba loca. Apolonia nunca lo creyó. Veía otra cosa: una inteligencia callada, distinta, que no sabía cómo habitar el mundo que le tocó. A veces se preguntaba si su hermana entendía más de lo que trasuntaba, si lo veía todo con demasiada claridad y por eso necesitaba refugiarse bajo una coraza hermética.

Después vino la muerte de su madre, inexplicable y cruel. Apolonia estaba allí, encogida detrás de una puerta, con los ojos abiertos como platos. Vio cómo se quitaba la vida con un gesto seco, como quien se despoja de un abrigo demasiado pesado. Desde entonces, el silencio en la casa se extendía como una niebla que no se disipaba.

Su padre, un hombre extraño y parco, las ignoraba. Actuaba como si hubiera concebido un solo hijo, Jan. Sobre las mellizas cayó una sentencia: separarlas. A Apolonia la envió a estudiar a un pensionado; a Isabel, a desaparecer en un convento. «Es lo mejor para todos», justificó la decisión.

Más de una vez, Apolonia se había escapado para ir a buscarla. Caminaba largos trechos hasta el convento, convencía a alguna hermana piadosa y lograba verla. Cuando Isabel salía, con los ojos sorprendidos y los zapatos sin cordones, Apolonia la tomaba de la mano y la llevaba de vuelta a casa. Sin decir nada a nadie. Solo quería que su hermana estuviera en su habitación, junto a ella. Y la escena se repetía: al día siguiente, su padre la devolvía al convento, acompañándola como quien devuelve un objeto a su verdadero sitio. Ni una palabra. Ni una caricia. Como si Isabel fuera algo incorregible que debía ocultarse. Apolonia lo miraba con rabia, pero también con miedo. Una culpa sorda la invadía, tras fallar otra vez en su intento por protegerla.

Apolonia sacudió la cabeza para disipar los recuerdos y regresar al presente. Estaba sola. Toda su familia había muerto en circunstancias extrañas; ella conocía los detalles, pero prefería no recordar, solo olvidar. ¿Qué iban a hacer ahora? Criada en un pensionado para que se casara bien, no sabía hacer nada. No sabía manejar una casa ni cómo mantenerla. Nunca supo de dónde venía el dinero ni cómo se administraba.

Se revolvió en la cama, intentando ordenar sus pensamientos. Y volvió a su padre, a preguntarse cómo había podido permitir que ese cura maldito vejara a su propia hija. Otra vuelta en la cama.

El amanecer llegó sin pedir permiso. La luz se filtraba por las cortinas. Apolonia se levantó. No había dormido casi nada. Su cuerpo se movía por inercia, pero su mente seguía atrapada en un lugar oscuro; muchas preguntas, ninguna respuesta.

Se sentó a la mesa con una libreta y una pluma que no recordaba haber tomado, y empezó a escribir una lista sin orden ni sentido: pan, carbón, aceite, vender las joyas. Se detenía en cada palabra como si le costara traducirla desde otro idioma. ¿Cómo seguir cuando aquello que daba forma al día —la madre, el hermano, el padre— se había desvanecido para siempre?

Oyó entonces el ruido de la puerta del patio trasero. El sonido de la cerradura antigua, ese crujido que conocía desde niña, le trajo una certeza inmediata: Malinka. Solo ella abría la puerta así, como quien no necesita permiso.

—Señorita Apolonia —dijo con su voz áspera, gastada por el tiempo—, ¿ya está despierta?

Malinka apareció envuelta en su chal, con los cabellos recogidos, los ojos negros hundidos pero vivos. Había sido parte de la casa desde antes de que Apolonia pudiera hablar. Nunca supo exactamente de dónde venía —cada vez contaba una historia diferente: Argelia, Turquía, algún rincón del Levante—, pero era evidente que traía consigo una memoria de sufrimiento, de otras mujeres, de otras casas, de otras guerras.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Apolonia, dejando caer la pluma para ir corriendo a perderse en esos brazos únicos que la devolvían a la infancia.

—Me enteré de lo de su padre. Y de su hermano. Entonces supe que debía volver.

Apolonia agradeció esta aparición oportuna, salvadora. Recordó cómo Jan la había echado de la casa por cubrir a Isabel. Y cómo su

padre, en lugar de retenerla, luego de una vida compartida, ordenó que se buscara un reemplazo.

—La casa me llamó. Y usted me necesita —añadió Malinka, con su intuición habitual.

Apolonia, entregada a sus brazos, lloraba como una niña que encontró a sus padres. Acariciaba el rostro de Malinka como quien recupera su hogar.

—Venga, mi niña, vamos a la cocina —dijo ella, guiándola.

—Ya no hay dinero, Malinka. Ya no sé si hay casa, siquiera.

—Eso se arregla —respondió sin vacilar, mientras llenaba la olla de agua—. En esta casa, niña, todo es dinero.

Apolonia tragó saliva. Se sintió pequeña otra vez, una chiquilla protegida por esa mujer que olía a alcaravea y romero. Durante años, Malinka había sido la única presencia constante: sabía cuándo callar, cuándo curar, cuándo mentir. Podía enmendar sus trapisondas o cubrirlas ante los adultos.

—Isabel se pondrá feliz cuando te vea. Ah, y tenemos una invitada —continuó—. Dolors, una prima lejana. Se quedará con nosotras.

En ese preciso momento, Isabel apareció y se perdió en los brazos de Malinka. Apolonia se alegró por el reencuentro.

Dolors, apenas conoció a Malinka, supo que la querría con todo su corazón.

La casa tomó una luz especial. Malinka comenzó a picar cebolla. El aroma del aceite caliente llenó la cocina con un perfume de hogar que Apolonia creía perdido. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió respirar hondo. Aún no sabía cuál sería el siguiente paso. Pero ya no estaba sola.

Aunque, claro, todavía quedaba un asuntito por resolver…

VI

La ciudad comenzaba a despertar lentamente de una semana que había sido trágica. Las fábricas abrían de nuevo sus puertas, el transporte se recuperaba lentamente, las comunicaciones se restablecían con torpeza. Los voceadores recorrían las esquinas con los brazos en alto y la voz desgarrada, retomando la venta de sus diarios como si cargaran el peso de la ciudad en la garganta.

—¡*La Vanguardia*! ¡Barcelona bajo control militar! ¡Grave balance de la insurrección!

—¡*El Correo Catalán*! ¡Ruina y sangre! ¡Cien conventos arden!

—¡*El Noticiero Universal*! ¡La ciudad despierta entre cenizas!

—¡*La Publicidad*! ¡La represión no ha hecho más que empezar!

En la cocina de la casa, cuyo aroma a café recién hecho y pan horneado perfumaba pasillos y cuartos, Malinka dio a conocer la noticia.

—Ya está. Se terminó —dijo con voz firme, como si al anunciarlo pudiera conjurar el espanto.

Dolors asomó la cabeza por la puerta, estiró los brazos y sonrió. Su cuerpo parecía haber recuperado cierta levedad, como si por fin pudiera habitarlo sin peso. Habían sido los días más extraños de su vida, los más intensos también, pero en su interior sentía que allí, en esa casa, había encontrado un lugar junto a las personas correctas. Suspiró con alivio. En la semana más oscura de Barcelona, ella había empezado a reconstruirse.

—¿Se terminó? —repitió.

—Allá están los diarios —señaló Malinka, dejando el pan sobre la mesa.

Isabel festejaba con una alegría instintiva. Quizá no captara el significado exacto de la frase, pero percibía que podía alegrarse por la noticia. Apolonia, por su lado, se quedó pensando: algo le impedía descansar completamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dolors, sin mirar a nadie.

El silencio que siguió cayó con el peso de una losa. Ninguna tenía una respuesta clara. Malinka tomó una canasta y salió sin avisar su movimiento.

Dolors rompió la quietud.

—Tenemos que decidir qué hacer con él.

La frase quedó suspendida en el aire, espesa. No hacía falta nombrarlo. El fraile. Aquel al que habían sacado del hospital aprovechando el caos, no por compasión, sino por justicia, por venganza. Aquel que había lastimado a Isabel. Y que, sin embargo, aún respiraba bajo su techo.

—Pues si lo devolvemos, lo curan —apuntó Apolonia con dureza —. Y una vez repuesto, no tardará en abusar a otras jóvenes.

—¿Y si lo dejamos morir… como si fuera un accidente? —susurró Dolors.

Ella sabía —las dos sabían— que los accidentes muchas veces ayudaban al destino a acomodar las cosas.

Malinka regresó en ese momento. Se quedó de pie, inmóvil, observándolas con gravedad. Obviamente, había escuchado los devaneos de las jóvenes.

—Si lo dejamos morir, morirá —dijo, pensativa—. Si lo devolvemos, tal vez hable. Tal vez no. Pero ¡hala!, que ustedes no pegarán un ojo por el resto de sus días. Y si lo matan, esa sangre manchará por siempre sus manos y turbará sus sesos. —Las miró con cariño—. Jamás lo permitiré. No necesitamos más tragedias en esta casa. Yo me encargo —concluyó.

Un silencio profundo le dio forma a la aceptación.

Apolonia se levantó sin apuro y se dirigió al cuarto donde lo mantenían encerrado. Abrió la puerta con la llave, cruzó el umbral y lo encontró temblando, acurrucado en la cama. Se sentó frente a él.

Lo observó con la calma de quien contempla una tormenta que ya ha pasado. Luego se inclinó. Cerró los ojos con repulsión. Y con ambas manos, le aplastó los testículos hasta sentir cómo se rompían, blandos, como fruta madura. Él lanzó un alarido agudo, animal, antes de desplomarse, inconsciente.

Apolonia se irguió, se sacudió las manos con desprecio y salió. Fue hasta la cocina, dejó la llave sobre la mesa frente a Malinka y, concentrada en su tarea, se lavó durante largos minutos.

A la mañana siguiente, el fraile ya no estaba. El cuarto olía a lejía.

VII

Los días que siguieron estuvieron marcados por una calma extraña, semejante al silencio que queda después de una tormenta. Cada una buscaba su sitio en la casa, con la fatiga y la determinación de quien debe reconstruirse desde los escombros.

Dolors seguía a Malinka cual sombra curiosa. Le agradaba ayudarla, conversar con ella, aprender sus modos pacientes y eficaces. Isabel, a su vez, seguía a Dolors desde cierta distancia, imitándola, repitiendo algunas de sus frases como si fuesen rezos. Apolonia se sumergía en los papeles de su padre —documentos, cartas, notas—, quizá buscando allí una brújula para avanzar, para entender por dónde seguir sin perderse. Isabel permanecía siempre en su sillón preferido, desde donde podía vigilar la puerta y la ventana al mismo tiempo. Su plato debía colocarse con el tenedor a la izquierda, la cuchara grande a la derecha y la pequeña exactamente a dos centímetros de la grande, ni uno más, ni uno menos. Todo debía disponerse con la precisión de un ritual. Los ruidos aún la sobresaltaban, las metáforas la confundían y las miradas directas le provocaban temblores; no le gustaban. El abuso sostenido la había cambiado mucho. Tanto tiempo sometida a esa tortura la dejó destruida, confundida. No permitía que nadie la tocara. Cubría su cuerpo con chales, incluso en pleno verano. A menudo se acurrucaba en los rincones, hecha un ovillo, con la cabeza entre las rodillas, como si quisiera borrarse del mundo. Entonces Dolors o Apolonia se recostaban junto a ella para acompañar su trance. No hablaban. Solo estaban. Hasta que, poco a poco, Isabel dejaba que un brazo la rozara, aceptaba una caricia en el cabello, una presencia que no doliera.

Una mañana, Isabel se levantó descompuesta. Malinka acudió enseguida; Isabel no sabía cómo interpretar el dolor ni las enfermedades y, mucho menos, explicarlas. Apolonia trataba de sonsacarle cuál era el origen de su malestar, pero ella se encerraba en sí misma y lloraba, presionándose el vientre con desesperación.

—Isabel, paciencia, vas a ponerte bien —dijo Apolonia, tomándole la mano—. Fue el guisado de anoche, que te lo comiste todo.

Dolors observaba la escena desde una esquina de la habitación, sintiéndose inútil, torturada por no saber cómo aliviar el sufrimiento de su Isabel. Entonces recordó algo que hacía su madre cuando ella era pequeña.

—Mira, mira, Isabel..., ¡que estoy tan gordísima que me he tragado la comida de todos! —exclamó, inflando la voz, balanceándose con exageración y sujetándose la barriga—. ¡Estoy redonda como un tonel!

Isabel la miró, se cubrió la boca con la mano y soltó una risita. Con su payasada, Dolors había logrado romper la coraza en la que estaba recogida.

—Barriga llena —repitió, sonriente.

Apolonia lanzó a Dolors una mirada de ternura y balbuceó un «gracias». Ese pequeño logro valía más que cualquier fortuna.

—Pues para los que tienen la barriga llena —dijo Malinka, entrando con una infusión humeante—, viene este tecito cargado, que cura males y espanta penas.

Los días empezaron a ser más apacibles. Dolors acompañó a Apolonia hasta la pensión para entregar la ropa de Jan y de su padre, junto con algunos vestidos que ya no usarían. Fueron recibidas con abrazos sinceros y muestras de gratitud. A pesar de la precariedad, aquella pequeña comunidad resistía como podía: compartiendo lo poco que tenía, sosteniéndose en la solidaridad.

Mientras Apolonia inspeccionaba cada rincón de ese lugar marcado por la pobreza y la resignación, Dolors charlaba animadamente con todos. Pero al despedirse, la golpeó una culpa

silenciosa: la culpa de ser la elegida. El destino, la suerte o lo que fuera la había señalado para salir de esa condición, para vivir una vida que muchos ni siquiera podían soñar. Ahora tenía una deuda con los que dejaba atrás.

Álvaro la tomó del brazo y le habló en voz baja:

—Las cosas no han mejorado, Doló. Siguen tras los pasos de Ferrer i Guàrdia. Quieren cargarle la culpa de todo lo ocurrido. Dicen que incitó la revuelta, que manipuló a los obreros. Han empezado a confeccionar listas… Los marcan, los siguen, los hacen desaparecer. —Hizo una pausa—. Creo que estás a salvo en la casa de la señoritinga. Quédate allí.

Dolors sintió un escalofrío. La historia se repetía. El nombre de Ferrer i Guàrdia le retumbó en el pecho. Gracias a su Escuela Moderna había aprendido a leer, a escribir, a pensar. Su padre, también simpatizante del librepensamiento, había sido fusilado años atrás en una causa parecida. Bastaba con no estar en el lugar «correcto», con leer un libro prohibido, con cuestionar a un cura o a un capitán, para acabar accidentalmente con un tiro en la nuca.

Al volver a casa, Dolors parecía ida, atrapada en las palabras de Álvaro. Apolonia lo notó de inmediato.

—Ven, Dolors. Cuéntame qué te atormenta.

—No, que me echarás a patadas si te lo digo —respondió, forzando una sonrisa.

—¿Echarte? ¿Después de lo que vi hoy en la pensión? ¡Que nones! Anda, suéltalo, que siempre estarás a nuestro lado. Yo creo que Dios te ha puesto en nuestro camino. Eres la primera amiga verdadera que tengo. Aunque tu relación con Dios no sea buena, eso no quiere decir que no la tengas conmigo —agregó.

Dolors tragó saliva y habló. Le contó su historia entera, con detalles: la ejecución de su padre, la tristeza de su madre, los estudios en la Escuela Moderna, el abandono, el hambre, la culpa. Lo sola que se había sentido cuando su madre se entregaba a la muerte.

Apolonia no la interrumpió. Escuchó, paciente, secándose de vez en cuando una lágrima con el dorso de la mano.

En el pasillo, apostada detrás de la puerta, Malinka no pudo evitar escuchar el relato de la joven. Cuando Dolors terminó, Malinka ingresó. En lugar de seguir con su rutina, se sentó. Rara vez lo hacía.

—De ese dolor también vengo —dijo con tristeza—. Pero estamos juntas ahora. Y hay algo que no podemos olvidar. Lo más importante… —tomó aire para sellar una alianza entre las cuatro mujeres— es mantenerse con vida. Repito: mantenerse con vida.

VIII

Los golpes en la puerta, secos y urgentes, interrumpieron la tarde de lectura. Fue una sorpresa para todas. Nadie llamaba jamás a esa casa, y mucho menos con tanta determinación.

Apolonia fue quien abrió. Al otro lado se alzaba un hombre delgado, de bigote pulcro y gafas redondas cuyos gruesos cristales se empañaban con el aire cálido y húmedo del verano barcelonés. Con gesto calculado, sacó un pañuelo de lino y limpió los lentes antes de comenzar su presentación.

—Emilio Funes Preteiro —anunció con una leve reverencia—. Primo segundo del difunto don Ferrer de Olagues y custodio de su última voluntad. He venido, como corresponde, a poner en orden los asuntos familiares.

Representante de la ley fría e indiferente, hablaba sin parar, con un tono engolado y ceremonioso, como si se encontrara en una sala de audiencia, y no en un hogar.

—Las recientes convulsiones en la ciudad —añadió, usando un eufemismo para no enumerar atrocidades— han demorado mi llegada. Pero las disposiciones del testamento no admiten más dilaciones.

El albacea llevaba un portafolio de cuero, desgastado en los bordes, rebosante de documentos, sobres lacrados y papeles con membretes notariales.

Apolonia, desconcertada, le franqueó el paso con cautela. El hombre parecía conocer la casa: avanzó esquivándola y, con paso seguro, se dirigió al despacho. Sin vacilar, se sentó en el sillón que antaño había ocupado su padre. Sobre él, el retrato del rey Alfonso XIII observaba la escena con su habitual desdén monárquico.

Dolors, que había permanecido cerca y expectante, frunció el ceño y se retiró a la cocina, donde encontró a Malinka batiendo huevos.

—¿Ese caballero es quien afirma ser, pariente del difunto?

—Sí —respondió Malinka sin dejar de batir—. Venía cuando las señoritas estaban en el colegio. El señor lo recibía en el despacho. Cerraban la puerta y hablaban durante horas.

Dolors se mordió el labio inferior. Había algo en aquel hombre que le crispaba la piel, la incomodaba. Fue a buscar a Isabel y la llevó consigo a la cocina.

Entretanto, en el despacho, el notario desplegaba sus papeles sobre el escritorio. Con manos ágiles, ordenaba documentos.

—Señorita Apolonia —dijo sin levantar la vista y sin esperar una pregunta—, necesito que su hermana esté presente. El testamento ha de leerse ante ambas herederas, conforme a la ley y al deseo del difunto.

Dolors entró con Isabel de la mano y la sentó junto a la ventana. Apolonia se mantuvo de pie, rígida, tratando de asimilar la inesperada visita.

—Pues proceda, que no tenemos todo el día —dijo ella, cruzándose de brazos. Quería deshacerse de aquel hombre cuanto antes.

El notario se acomodó en el asiento, se ajustó las gafas y comenzó a leer con voz solemne:

—«Yo, don Eduardo Ferrer de Olagues, en pleno uso de mis facultades, dispongo que, tras mi fallecimiento, esta casa…».

El notario alteraba el tono para leer los datos concretos: la finca, el campo, las tierras de labor colindantes, los bienes muebles e inmuebles.

—«… pasen a manos de mi primogénito Jan Eduardo Ferrer de Olagues. Y del convento, entidad religiosa con la que mantengo vínculo espiritual y legal».

Apolonia abrió los ojos, incrédula. Su respiración se tornó entrecortada. El hombre había vendido a sus hijas en vida, y ahora las desheredaba en la muerte. Apoyó la espalda en la pared para no tambalear.

—En este caso, tras la muerte de su hermano —aclaró el notario —, todo pasa al convento.

Imperturbable, Funes Preteiro continuó leyendo:

—«Asimismo, mi hija Isabel Laia Ferrer de Olagues, quedará bajo la custodia de dicho convento, donde residirá de forma permanente y recibirá asistencia y vigilancia acordes a su condición. Esta decisión ha sido tomada en consulta con las Hermanas de la Caridad, con pleno conocimiento de la situación de la joven».

Isabel miraba a su hermana, sin comprender. Apolonia bajó la vista, como si le hubieran arrancado una parte de su cuerpo.

—«En cuanto a mi hija Apolonia Mar Ferrer de Olagues — prosiguió el notario, pasando otra página—, declaro restituida su libertad legal, que le fue limitada por tutela paterna mientras cursaba estudios en los diversos internados. No obstante, al no poseer patrimonio propio, queda sujeto su porvenir a lo estipulado en el acuerdo matrimonial concertado entre esta familia y la casa del conde de Montclar, mi entrañable amigo. Dicho compromiso fue firmado en fecha del veintitrés de octubre del año anterior y debe cumplirse con prontitud».

Las palabras, salpicadas de latinajos notariales, caían como piedras sobre Apolonia, que quedaba condenada a la pobreza o al viejo y agrio noble. Dolors entró y le acercó un vaso de agua.

—Bebe —dijo suavemente—. Estás pálida.

El notario alzó la vista.

—¿Puede servirme un vaso a mí también?

—Pues claro que no —respondió Dolors sin cambiar el tono, ni alterarse por el desplante.

El abogado se removió en su asiento, sonrojado, pero continuó leyendo cláusulas ininteligibles y disposiciones que ya nadie escuchaba.

Finalmente, el hombre se marchó dejando un montón de papeles sobre el escritorio. Ellas, abatidas por el contenido del documento, permanecieron sentadas alrededor de la mesa, exánimes. Malinka se levantó, posó sus brazos en jarra y las observó.

—¡Basta de melancolía! Pues vamos —ordenó la mujer con la firmeza de un mariscal de campo—: que junten todo lo que tenga

valor y se pueda llevar. Baúles, maletas, lo que sea. ¡Hala, deprisa! En esta casa las mujeres nunca fueron bienvenidas. ¡Sobreviviremos en otra parte! ¡Ea, a trabajar —arengó—, que tenemos una semana para largarnos de este lugar! ¡Nos vamos!

SÉPTIMA PARTE

«No soy partidario de la violencia,
pero no me asusta la revolución si va acompañada de cultura».

ANTONIO MACHADO

I

1931, Barcelona, España

España seguía guerreando. El rumor de los incendios, los ataques, los levantamientos parecían no haberse ido nunca de ese suelo viejo y cansado, como si la tierra, harta de tantos hombres enfrentados, hubiese quedado impregnada para siempre de un eco perpetuo de guerra.

En uno de sus días lúcidos, con los brazos en jarra y los ojos entornados, como si pudiera mirar detrás de los siglos, doña Consuelo me lo dijo:

—Tuvimos guerras, tenemos guerras y tendremos guerras. El hombre contra el hombre…

En su voz había resignación, la tristeza de quien arrastra demasiados inviernos y unos cuantos entierros. No hablaba solo de España; hablaba del mundo entero, de la humanidad misma. Yo la escuchaba y me preguntaba si no estaríamos condenados a repetir siempre el mismo destino: pueblos contra pueblos, hermanos contra hermanos, como si la sangre estuviera hecha para derramarse una y otra vez sobre la misma tierra.

Así era España, pensaba yo: hermosa y herida, orgullosa y agotada. Y quizás, en el fondo, así éramos todos en cualquier tiempo y en cualquier parte del orbe. Porque mientras existieran tronos y coronas, habría cadenas; mientras existieran monedas, habría balanzas injustas. Siempre, el hombre volvería contra el hombre, como si la paz fuese un sueño demasiado alto, un lujo que nuestros pobres corazones no lograban permitirse. Y en esa guerra eterna, yo

libraba mis propias batallas, encerrada en mi armadura de silencios y de sangre derramada en secreto.

Doña Consuelo tenía una conocida que —según ella— leía la suerte como quien descifra un pergamino antiguo. Debió verme tan desconcertada, tan perdida, que me sugirió consultarla… Bueno, una de esas invitaciones a las que una no puede negarse. Rendida, acordamos que el sábado iríamos a verla.

—Antonia, de esto ni mu al Manolo, ¿eh? Nunca se tiene que enterar que nos vamos *pa'llá*. El Manolo no cree en esas cosas, pero que las hay, las hay. Tampoco le digas *na'* al Estanislao, que ustedes andan de noviecitos, y ese es un fresco y lo cuenta *to'*.

Esa noche no pude dormir. La mera idea de ponerme en manos de una bruja me intimidaba. ¿Y si descubría cosas que yo no estaba preparada para asimilar? Ya no quería saber nada más; no tenía más espacio para guardar secretos. Por suerte, Mercedes no estaba en el cuarto, pues cada vez que Zoltán se quedaba solo, dormía con él.

Amaneció el sábado y con doña Consuelo salimos hacia la casa de la sibila. Caminamos un buen rato por calles desparejas, con los adoquines calentándose bajo el sol. El aire olía a flores; aunque no podía distinguir cuáles, se sentía un aroma rico, gratificante. Las vecinas, apostadas en las puertas, nos miraban como sapos de otro pozo, bajando la voz de sus chismes a nuestro paso. No nos conocían —eso, seguro—, pero el fisgoneo era una costumbre que superaba culturas.

Llegamos a una casa de muros encalados y rejas negras, casi escondida entre la vegetación. Afuera aguardaba un grupo de mujeres; cada una cargaba con su historia de dolores y esperanzas. Nos pusimos en la fila, respetuosas, tragándonos nuestros fantasmas.

Esperamos un buen rato hasta que nos llegó el turno. Cruzamos un zaguán fresco, adornado con macetas de helechos y albahaca, y entramos en un patio que olía a incienso y a hierbas. Detrás de una

cortina de cuentas, medio corrida, estaba ella: una mujer grande, de rostro curtido, cejas negras y unos ojos tan profundos que me estremecieron. Llevaba un moño alto, firme como una corona, y un medallón de San Benito colgándole del cuello.

Cuando reconoció a doña Consuelo, se levantó de la silla y la estrechó en un emotivo abrazo que revelaba una profunda complicidad. No solo se conocían: habían compartido secretos, penas y… quizá pecados; una comunión labrada en el tiempo. Se saludaron en catalán.

—Traigo a esta niña, la Antonia. Quiero que la veas. Tiene una historia, la pobre... ¡Madre mía!

—Que se siente aquí —ordenó la mujer con voz ronca.

Obedecí, aunque un escalofrío me subió como un latigazo por la columna. Sentí miedo. Un miedo extraño, como si estuviera a punto de desnudar el alma ante un tribunal.

—No temas, que no te voy a *comé'* —me dijo con una sonrisa torcida, mientras me tomaba la mano izquierda entre las suyas. Sus dedos eran ásperos y duros, y una corriente me sacudió el brazo—. ¡Niña, tú sí que estás cargada…! Hueles a tierra removida y a llanto viejo. Hala, Consuelo, espera afuera.

Doña Consuelo salió a regañadientes.

La mujer me soltó la mano y me miró fijo, tan fijo que sentí que me atravesaba de lado a lado. Salió del cuarto y volvió con dos vasos: uno con agua cristalina y otro con aceite, que brillaba, ambarino, bajo la luz. Se persignó y farfulló palabras en un idioma que no entendí, aunque sonaba a catalán arcaico. Poco a poco, como si fuera un tictac del reloj, fue dejando caer gotas de aceite en el agua. Las gotas se abrían y se cerraban sobre la superficie como si respiraran. Cada vez más seria, ella escrutaba los movimientos de la estela que se formaba en el vaso; y yo, más intrigada.

Luego apartó los vasos y sacó un mazo de cartas gastadas, impregnadas de incienso y cera. Las barajó con manos seguras y las fue echando sobre la mesa, moviendo los labios casi imperceptiblemente.

Y entonces me dijo tres cosas que, si pudiera elegir, ojalá nunca hubiese pronunciado. Eran verdades con filo, de esas que cortan el

futuro. Quizás hubiera preferido seguir ignorante y empezar a sufrir solo cuando las cosas sucedieran… ¿O no? Ahora sabía, y el saber era una carga; la profecía era un destino. Se me entrecerraron las manos. Sentí escalofríos. Tuve ganas de salir corriendo.

—No te asustes, que estarás bien. *Vinga!* —exclamó para dar por cerrada la sesión, y llamó a Consuelo, que entró enseguida—. Vamos a *tené´* que ayudarla, mujer. Esta niña trae más carga que la mismísima historia de *to´* la España.

—¿Has visto, Antonia? Es buena, ¿eh? —festejó doña Consuelo, con un brillo raro en los ojos.

—Mira, Antonia —prosiguió la adivinadora—, tú tienes que terminar el circuito de tu propia sangre. Debes cerrarlo. Pero también tendrás que estar preparada *pa´* las pérdidas. Algo llega, algo se va… Así es la vida. Y no te preocupes por el amor: se va a presentar solo en tu camino. La tirada de la cruz es clara contigo, niña. Pero necesitas paciencia y, sobre todo, aceptación. Hazle el tecito, Consuelo, y ponle ruda bajo la almohada. Tiene las tripas llenas de bichos.

Cuando le tocó el turno a doña Consuelo, debí retirarme. Me senté bajo una parra cargada de hojas. El zumbido de las moscas y el perfume dulzón de la uva madura me embriagaban. Pasó casi una hora. Llegué a pensar que yo era solo la excusa para no venir sola, que doña Consuelo también venía a arreglar sus propias cuitas.

Cuando salió, doña Consuelo tenía el rostro transformado, como si se hubiera quitado años de encima. Sonreía, pero sus ojos me examinaban con algo que no supe descifrar. Como si llevara un secreto quemándole la lengua.

—Que no preguntes *na´*, niña, porque no te voy a contar —me espetó antes de que yo abriera la boca.

Y así, meditando, las dos emprendimos el regreso, cada una encerrada en su propio torbellino interior.

Al llegar a la pensión, estaba Manolo. No sabía que había vuelto. Me emocioné tanto que corrí a sus brazos y me largué a llorar, hasta que crucé la mirada con doña Consuelo.

—Te extrañé tanto... Perdón, te estoy llorando en la cara —dije, sin saber cómo salir del incordio.

—Es el embarazo, que la tiene mareada, la pobre —agregó doña Consuelo—. *Vinga*, vamos a beber un tecito —propuso, y me llevó del brazo.

El peso de la mentira cayó sobre mí como un yunque. Yo sabía que ella sabía, pero ninguna se había tomado la molestia de aclarar nada. Yo seguía embarazada..., pero con la tranquilidad de que en mi cuerpo no cargaba ninguna criatura. Fingir ese hijo era la única forma de no quedar a la intemperie.

En ese momento, entró Estanislao.

—Pero qué oportuno, hombre. Mira: tu noviecito. Vaya, vaya...

Salí de los brazos de Manolo y caí en los de Estanislao. No podía controlar el embrollo que yo misma había creado.

—Sácame de aquí, por favor —le pedí al oído.

II

Las profecías de la bruja seguían dándome vueltas en la cabeza, como si alguien las hubiera marcado a fuego en mi memoria. No podía soltarlas. La primera era una pérdida; la segunda, una gran desilusión. Le pregunté si hablaba de Zoltán, pero apenas hizo una mueca. Y la tercera era una noticia que, según su cabal entender, iba a cambiarme la vida para siempre. Pensé en mis padres biológicos, pero ¿cómo podría afectarme? ¿Por qué tenía que creer en las palabras de aquella mujer? Me prometí no aferrarme a sus predicciones, porque me conocía demasiado bien; aun así, claro, sabía que mi mente seguiría machacando sin tregua. Y eso, en los hechos, ya estaba pasando.

Hacía días que los rumores corrían por las calles. Se hablaba de conspiraciones, de militares en guardia, de obreros armados. La ciudad estaba tensa, cargada de un aire eléctrico, como si algo estuviera a punto de estallar.

—Prepara la mesa de la galería, que los muchachos están trabajando allí —interrumpió mis pensamientos doña Consuelo, secándose las manos en el delantal con un gesto impaciente.

Mercedes y Zoltán aún no habían llegado. Ella trabajaba en la Telefónica; realizaba turnos interminables que la dejaban extenuada. Desde hacía días, la Telefónica se había convertido en un punto estratégico: controlar las comunicaciones significaba tener la sartén por el mango. Todos lo sabíamos. Por eso ella había logrado colarse allí.

Durante la cena, crucé varias veces la mirada con Zoltán. Me observaba con esos ojos oscuros que parecían buscar algo que yo misma no sabía si quería darle. ¡Ufff, qué fastidio! Pero lo cierto era

que también yo lo miraba, con una mezcla de rabia y… otra cosa que me negaba a nombrar.

Cuando terminamos de lavar los platos, Manolo me pidió que preparáramos café; aún tenían que resolver algunos asuntos. Lo vi inclinarse sobre el mapa extendido en la mesa. Marcaban los puntos clave de la ciudad: estaciones, hoteles, conventos. Hablaban en voz baja, por prudencia.

—Hay un rumor fuerte de que mañana puede empezar un ataque —murmuró Manolo.

¿Ataque? ¿Qué diablos estaba pasando? Las elecciones ya se habían celebrado. ¿Por qué querrían atacar? ¿Quiénes?

—¿Qué…?

—Pues que te digo, Antonia, lo que está pasando es que estás a punto de presenciar… —dijo Manolo, apretando los labios y casi escupiendo las palabras—. ¡Hostia! Un ataque que nos va a perjudicar, ¡joder! —exclamó contrariado y golpeó un puño sobre la mesa.

Nunca lo había visto así. Me quedé paralizada. Acabábamos de celebrar la libertad, ¿y ahora esto? Manolo traía noticias de Madrid, donde la situación estaba al rojo vivo. Desde hacía tiempo, en la capital crecían las versiones sobre posibles conspiraciones militares para derrocar al gobierno. El país estaba dividido —siempre estaba dividido—: unos clamaban por la República, otros querían acabar con el clero, que constituía un poder invisible pero no menos importante; otros soñaban con la vuelta de la monarquía.

Me acerqué a la mesa, tragando saliva, tratando de asimilar los matices locales. Una contienda así ya la había vivido en Argentina: mi familia, justamente, era golpista. Y ahora yo, aquí, del otro lado, quizá del lado más débil.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

—Pues claro. Toda la información llegará a la oficina y tienes que estar atenta. Luego será cosa de entregarla discretamente a quienes te indiquemos.

—Cuenta conmigo —contesté, secándome la transpiración; no sabía si era producto del calor o de los nervios.

—Ustedes van por los conventos —planteó Manolo, decidido—; yo iré a la Telefónica con Mercedes y Zoltán. Estanislao y los muchachos pasarán las direcciones apenas lleguen.

—Yo voy con alguno de ustedes —dije, casi sin pensarlo. No quería quedarme afuera, creo.

Todos me miraron. Me incomodé.

—Viene con nosotros —planteó Estanislao, adelantándose a cualquier propuesta de Zoltán. Por suerte.

Para ese entonces, con Estanislao nos habíamos convertido en grandes amigos. Para el resto, bueno, éramos dos tortolitos. Él me había dado algo que yo necesitaba: la sensación de tener un aliado, alguien en quien descansar. A Zoltán, en cambio, lo percibía como alguien extraño. Ya no era tan importante para mí como antes. Ese sentir me alivió mucho. Tal vez fue gracias a Estanislao, que me ofreció su amistad y a diario me ayudaba a sobrellevar mis miedos, mis dudas, mi propia existencia.

Amanecía y el calor ya apretaba. Yo estaba inquieta, expectante; no sabía qué iba a pasar, ni qué íbamos a hacer, ni con quién. Lo único claro era que no podíamos perder la República otra vez.

Llegaron Estanislao, Manolo y otros compañeros. Mercedes llevaba a Zoltán a todos lados y, desde que trabajaban juntos, eso significó un alivio para mí. Algunos de los muchachos me resultaban vagamente familiares, pero no recordaba sus nombres. Vestían ropa de calle y cargaban bolsos. Yo ya estaba lista. El calor era insoportable, casi tanto como el frío del último invierno.

Fuimos a la oficina y recogimos los sobres que usualmente dejaban en la puerta.

—Que tú te quedas aquí —dijo Estanislao.

—No, quiero ir con ustedes —protesté. No soportaba la idea de quedarme sola en ese lugar que, hasta entonces, había sido mi refugio.

—Hoy va a ser un infierno, mujer. Pasaré por ti en un rato —aclaró.

Se fueron. Extrañamente, no había gente. Ordené un poco el papelerío. Cuando terminé, luego de caminar en círculos varias veces, decidí salir a la calle a ver qué ocurría.

Apenas puse un pie afuera, sentí la ciudad paralizada. Caminé hasta la esquina y, de pronto, la calle estalló. No sé en qué momento pasó todo eso. Pero en un santiamén, los pocos negocios que estaban abiertos acabaron cerrando sus puertas. Y se oyeron disparos, gritos, vidrios rotos, corridas, golpes secos. Me retumbaban los tímpanos.

Corrí. Intenté volver. ¿Por qué diablos había salido? Me apoyé en una pared. Entonces un grupo dobló en la esquina y me arrastró con la muchedumbre, en el sentido contrario. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero me llevó directamente a lo que había vivido en Argentina. Mi cuerpo iba para un lado y mi mente para otro, con una sensación de impotencia espantosa.

—¡Qué carajo, Antonia! ¡Ven! —gritó Estanislao cuando me divisó.

Corrí hacia él, pero no llegaba; hasta que, abriéndose paso, me tiró del brazo y quedé a su lado.

—¿Qué haces, mujer? Te dije que esperaras.

—Solo salí a respirar un poco —me excusé.

Doblamos la esquina y enseguida apareció un automóvil, que frenó junto a nosotros. Manolo asomó la cabeza y ordenó:

—¡Suban!

Me metí como pude. Nadie hablaba. En el interior del vehículo se respiraba un aire de tenso nerviosismo.

—¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos? —inquirí, presa del temor.

—Vamos a entregar un encargo urgente, un mensaje. Después, mujer, te dejamos cerca de la oficina.

Dudé.

—¿Debo volver sola? Son diez calles en medio del caos… ¿Y ustedes?

—¡Hombre! Con este jaleo no podemos regresar a esa zona. Tú sí. Si te detienen sola, alegas que estás yendo al trabajo. Te dejarán seguir. Tienes menos pinta de revolucionaria que cualquiera de nosotros. ¿Podrás hacerlo?

—Sí…, claro —mentí. Había ofrecido mi colaboración. No podía negarme.

Bajé y caminé siguiendo las instrucciones. Cada tanto, un tiro. Explosiones. Y un convento ardiendo. Los religiosos escapaban del hormiguero, cargando cálices, cruces, ropajes bordados y archivos amarrados con prisa. No podía controlar el temblor de mis piernas. ¿Debía ayudarlos? ¿De qué lado estaba yo? ¿De qué lado estaban ellos?

Llegué. Golpeé la puerta. Una mano abrió, arrancó el sobre y cerró de inmediato. Me quedé atónita. Apenas respiré. Pensé que me dejarían entrar, que me refugiarían hasta que se apaciguaran las cosas, pero solo me dieron la espalda.

Empecé a caminar rápido. Unos uniformados se acercaban. No corrí. Me aplasté contra la pared, con el rostro enterrado en el hombro, intentando disimular el mal trance. Me rodearon. Me detuvieron. Me llevaron a la jefatura. No podía creer la suerte. ¿Qué demonios hacía yo en ese sitio de mala muerte?

Ante un guardia, desplegué mi coartada como si estuviera recitando un monólogo teatral: con un pánico forzado y acentuando mi dejo porteño, alegué ser una escritora argentina que acababa de llegar a Barcelona. Expliqué que me alojaba en el hotel Colón, que esa mañana había salido a investigar, buscando el color local para mis crónicas, y que me había dado de bruces con una guerra. Juré que no sabía qué estaba pasando, que era neutral a sus disputas.

—Anda, que mi madre es una santa y yo soy nieto de Cervantes. Vete a buscar color entre esos rojos, mujer —dijo el guardia con desprecio y me encerraron entre los bullangueros.

Algunos reos gritaban aferrados a los barrotes. Otros esperaban en silencio. Al cabo de un rato, luego de cruzar unas miradas, un joven me habló desde la celda de enfrente.

—¡Joder! ¿Eres Antonia?

—¡Sí! —respondí levemente feliz al comprobar que alguien me había reconocido. ¿Y tú quién eres? —pregunté. Su rostro me resultaba familiar, pero no lograba identificarlo.

—José. Amigo de Manolo. Te he visto en la pensión.

—Salí a tomar aire… y me detuvieron —justifiqué, alcanzando el colmo de la ridiculez—. ¿Y tú?

—Estaba en la Telefónica. Un error. Detuvieron a muchos compañeros.

—¿Sabes algo de Zoltán o Mercedes? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Ellos están bien —aseguró.

Varias horas después, casi al amanecer, nos liberaron. José me acompañó a la casa de doña Consuelo. Yo solo quería asearme, comer algo y dormir. Ya no me importaban la guerra, ni los bandos, ni las consignas. Me sentí ingrata ante mi escaso compromiso. Pero solo quería estar a salvo y tranquila.

Todos estaban en la pensión. Al verme, se llevaron las manos a la cabeza. Hubo exclamaciones de sorpresa y desahogo al comprobar que me encontraba sana. Enfilaba hacia mi cuarto cuando Estanislao interrumpió mi paso.

—¡Qué coño, Antonia! ¡Nos mataste del susto! ¡Joder! —exclamó y me atajó en sus brazos.

—Estoy bien… Pasé la noche en la jefatura, presa. Solo quiero descansar…

Doña Consuelo me llevó a la cocina. Mientras calentaba agua, me habló:

—¿Qué pasa, niña? ¿Estás bien?

—No sé, doña Consuelo… Hoy estuve a punto de morir. Y ahora, la verdad, ni siquiera sé de qué bando estoy ni por qué lucho —solté, angustiada, al borde del llanto.

—Calma, calma. Es natural, niña. La gente se da cuenta de qué lado está cuando le tiran al cuerpo. Pues ya se los había advertido a esos pardillos que no te metieran en sus jaleos, pero piensan con la tripa, los desgraciados.

Suspiré para dispensarlos, dando a entender que yo solita había puesto la cabeza en la picota, aunque seguía confundida.

—¿Qué está pasando, doña Consuelo? ¿No era que ya estábamos tranquilos, que habíamos logrado la República?

Ella dejó escapar el aire, mientras el hervor del agua llenaba la cocina de un vapor espeso.

—Tienes que decirle la verdad a Estanislao —concluyó, cambiando de tema.

Se refería a mi embarazo. Ella sabía que no existía; siempre lo supo.

A la mañana siguiente, la situación seguía tensa y no me dejaron salir de la casa.

—Antes de que te vayas, ven, tenemos que hablar —le dije a Estanislao.

—Que me tengo que ir, Antonia. Voy demorado, pero dime.

—Es rápido… Sobre mi embarazo. Yo…

—Que ya lo sé, mujer, que no soy estúpido. Anda, no pasa nada, ve tranquila.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Eres transparente, Antonia. Se te puede leer como un papel. No quise incomodarte, pero esperaba que tú te dignaras a contármelo. Y eso ya está hecho.

—Perdón —atiné a decir, a modo de disculpa.

Otra vez me sentí una impostora, mentirosa. Tal vez exigía a los demás lo que yo era incapaz de dar. Enrojecí y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

III

Las cosas cambiaban minuto a minuto. Estanislao estaba preocupado; lo notaba en la rigidez de sus hombros, en el modo en que apretaba los labios al escuchar las noticias que corrían de boca en boca. Se decía que circulaban listas con nombres y apellidos. Que los sublevados ya sabían a quiénes perseguir, a dónde darles caza. La Segunda República se debilitaba, resistía con lo poco que tenía. Pero no alcanzaba.

Ese fue el día en que comprendí que nunca iba a conocer del todo mi propia historia. En la pensión, todos armaban sus petates, cerraban maletas, recogían sus vidas a toda prisa. Había que salir, huir, esconderse. Se compartían direcciones secretas, rutas para cruzar la frontera, contraseñas cuchicheadas apenas encima del aliento.

—Nos vamos, Antonia, que te vienes conmigo. Mi madre nos espera —dijo Estanislao—. Cuando esto acabe, te prometo que regresaremos lo antes posible para buscar a tus padres.

Apenas concluyó su propuesta, salí al encuentro del resto. Sentía que todos se me escapaban como agua entre los dedos. Quería detener el tiempo. Volver a empezar. Conversar con cada uno, entender algo de este desorden que no dejaba de crecer.

Otra vez todo pasaba tan rápido que no me daba respiro. Se había cumplido uno de los presagios de la bruja de doña Consuelo; este era el otro. Había perdido a mi bebé y volvía a irme a un lugar desconocido, a vivir con gente que no sabía quién era yo.

Sí, había perdido a mi bebé y me había tragado la noticia. No se lo dije a nadie. Me negaba a renunciar a la única identidad que me había regalado España. Era una embustera, sí. Fue el día que

regresamos del convento. Me dolía el vientre, la cabeza. Y esa noche sangré como gallina degollada. Me asusté al punto de pensar que me iría en el próximo suspiro, pero no me animé a contárselo a nadie. Me gustaba estar embarazada.

A la mañana siguiente limpié con disimulo trapos y ropa, y seguí así, sangrando escondida, aferrada al secreto con la misma fuerza que me había aferrado a la mentira. Me sentía débil, pero continué con mis rutinas como si nada malo hubiera ocurrido. Para pensionistas y compañeros, mi embarazo estaba en curso. Y no quería renunciar a esa contemplación especial que me regalaban por mi estado. Doña Consuelo…, ella era un caso especial: siempre había sabido lo que ocurría en mis entrañas. Sagaz por naturaleza, no se le pasaba nada de sus inquilinos.

Y allí estaba yo otra vez, escapando hacia otro lugar, llena de preguntas y vacía de respuestas. Doña Consuelo aguardaba la llegada de su hermano y de otros parientes antes de marcharse. De una u otra forma, todos —o al menos los que yo conocía— íbamos a abandonar España.

—Necesitamos hablar —dijo Zoltán, interrumpiendo mis cavilaciones. Venía arrebatado, fuera de sí.

—Justo salía a tu encuentro —acepté, sin ganas de discutir.

—No esperaba que los sucesos se dieran así. Estoy confundido, Antonia. Tú embarazada, Mercedes también. Ahora tú te marchas en una dirección con Estanislao, yo para el lado opuesto con Mercedes.

—Ya no estoy embarazada —lo interrumpí antes de que perdiera tiempo en explicaciones inútiles.

Su confusión se agigantó, aunque mi confesión, al parecer, ni lo alivió ni le agradó.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—No lo sé. Pero algo pasó. Y la criatura ya no está.

—¿Acaso mentiste?

—¡De ninguna manera! ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Eres tan dada al engaño, que seguramente fue un invento tuyo, Antonia —me acusó, enfadado, con los puños apretados.

Lo miré con asco. Su desprecio me dolió más que la pérdida. ¿Cómo podía pensar eso de mí?

—Vete, Zoltán. Somos libres —dije con voz firme, aunque por dentro todo se desarmaba.

Me di media vuelta sin permitirle responder. No quise ver su rostro, pero lo imaginé con claridad: la boca entreabierta, los nudillos blancos, el gesto contrariado, como si no entendiera que lo nuestro ya no tenía razón de ser.

Apresuré el paso. Si me detenía, me desplomaría en el acto. Quería salir de allí, escapar de su escrutinio, de su sombra, dejar atrás nuestra historia. Era el fin. Cada uno con su vida, con su destino. «Suerte, amigo querido», pensé, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas con la misma decisión con la que evitaba mirar atrás.

Sabía con certeza que nunca volvería a verlo. Y entonces me atravesó un dolor hondo, físico, como si el alma se me desgarrara. No era solo tristeza: era una herida abierta con su nombre, destinada a sangrar durante mucho tiempo.

IV

Nos fuimos en grupos separados. Primero partieron Mercedes y Zoltán. Ella me abrazó con una fuerza que no le conocía, como si quisiera retenerme un instante más allá de lo posible. Me dijo cosas dulces, inesperadas, como si supiera que no habría una segunda oportunidad para decirlas.

—Cuida de Zoltán —le susurré al oído, sintiendo que esa frase era una despedida definitiva y más dura que cualquier palabra de adiós.

Esa noche la soledad se me pegó a la piel como una costra. Tal vez no volvería a verlos nunca más. Ni a Mercedes. Ni a Zoltán. Esa pérdida me dolía con la misma intensidad. Odié a la bruja por haber acertado sus profecías. La culpé por mi destino, por no dejarme vivir en la ignorancia de lo incierto.

En unos días a nosotros nos tocaría emprender la retirada rumbo a la casa de la familia de Estanislao, cerca de la frontera. Teníamos que cruzar a Francia y dejar atrás las calles de Barcelona, que apenas semanas atrás celebraban con banderas tricolores y promesas de una República nueva.

Por suerte, Estanislao nunca me dio la opción de elegir con quién marcharme. No habría sabido qué hacer. Él era un buen amigo, un faro discreto en medio de mi naufragio. Estaba pendiente de mí con una ternura silenciosa que no exigía nada ni pedía nada a cambio.

¿Dónde íbamos? ¿Qué parte de mí deseaba irse y cuál, a gritos, quería retenerme? Mi historia quedaba atrás, fragmentada, inacabada, enterrada en una ciudad que también parecía derrumbarse. ¿Era eso lo que quería? Claro que no. Pero una fuerza mayor me empujaba, como si la vida misma estuviera

desalojándome de Barcelona. No podía permanecer allí. ¿Para qué? ¿Con quién? Todos se irían, tarde o temprano. Lo que se avecinaba era inevitable; lo único incierto era el momento exacto en que estallaría. ¿Un año, dos, tres? Nadie lo sabía.

Todos lloraban la República, que aún vivía, que aún era posible. Yo lloraba mi vida. Cargada de dudas, seguí los pasos de Estanislao como quien sigue una brújula prestada. ¿Era comodidad? ¿Miedo? ¿Intuición? ¿Por qué no me quedaba a cumplir con lo que había ido a buscar? ¿Por qué no reclamaba lo que me pertenecía, aunque doliera?

La vida, caprichosa, parecía empeñada en torcer el rumbo justo cuando creía estar pisando firme. Otro viaje. Otro país. Y yo, una vez más, con las manos vacías. Un hueco en el alma que no encontraba nombre ni consuelo. ¿Regresaría alguna vez? ¿A qué? ¿A dónde?

Estanislao, pendiente de mí, quiso asegurarse de que pudiera enfrentar la partida.

—Antes de irnos, visitaremos el hospital para que te revisen. Perdiste un embarazo…, y, vale, que eso no es un bocadillo menor —sentenció, con esa mezcla de cuidado y firmeza que lo caracterizaba.

No discutí. No lo contradije.

Fuimos, claro que fuimos. El hospital estaba saturado, con gente por doquier: en los pasillos, heridos de los disturbios, enfermos que ya nadie atendía. Durante la larga espera, varias veces le propuse dejarlo, arguyendo que me sentía bien, que el panorama era desalentador, pero Estanislao no lo permitió.

—Será un viaje duro —dijo para convencerme, y continuamos hasta que finalmente alguien se apiadó y me revisó.

Todo estaba bien. Eso, al menos, afirmó el médico y me despachó para atender una urgencia.

Podíamos marcharnos.

Despojada de todo —sin familia, sin país, sin hijo, sin certezas—, inicié un nuevo camino. Esta vez, junto a Estanislao. Un camino sin destino claro, apenas una línea dibujada en un mapa ajeno que nos alejaba de quienes habíamos sido.

—¿Por qué me llevas contigo? —le pregunté mientras caminábamos de regreso a la pensión.

—Porque sé lo que es la soledad, Antonia —respondió—. Sé lo que es estar perdido sin saber hacia dónde escapar. Y cuando esto acabe, regresaremos para continuar con la búsqueda de tus padres. Te lo prometo.

Tocaba el turno: nos íbamos nosotros. Y apenas llegara el hermano de doña Consuelo, partirían también ella, Manolo y los otros muchachos. Las maletas estaban listas. Las despedidas eran dolorosas. Algunas, estridentes; otras, apenas un gesto, un cruce de miradas que se sostenía fugazmente por miedo a quebrarse.

Y yo, como tantas veces, fingiendo que no pasaba nada. Que no me dolía. Que era fuerte. Que sabía hacia dónde me dirigía. Agradecida, sí, por estar viva. Pero por dentro, más perdida que nunca. Desilusionada, triste, vacía.

V

Ese día nos levantaron antes del alba. El cielo era aún un manto opaco, sin luna ni estrellas. El aire se mantenía quieto, como una respiración suspendida. Llevábamos comida, vino y las cartas que doña Consuelo nos había acomodado dentro de una maleta mediana. Salimos en silencio rumbo a la estación del Clot. No cruzamos una sola mirada en el camino. Las calles estaban vacías, solo nosotros avanzando en la oscuridad.

En la estación, el paisaje era otro. Hombres con sombreros hundidos, mujeres con mantones oscuros, niños somnolientos aferrados a muñecos de trapo. Nadie hablaba fuerte. Algunos miraban el suelo; otros, el cielo, como si esperaran una señal. Estanislao me entregó el billete para Gerona. El tren tardó en llegar y, cuando por fin apareció, resopló en el andén como un animal viejo y cansado.

El viaje duró varias horas. La formación avanzaba a sacudones, traqueteando, como si dudara en cada curva. Se detenía en todos los pueblos, y en cada estación subía alguien más: campesinos con bolsas de grano, mujeres con cestas, soldados jóvenes que miraban por la ventanilla como si quisieran anticipar un ataque. Yo no podía dejar de pensar en lo que quedaba atrás. Sentía una punzada de vacío, una nostalgia sin objeto, porque nunca había logrado conocer mi verdadero origen.

Bajamos en Gerona. El calor apretaba y el polvo flotaba en el aire como si no hubiera llovido en semanas. Estanislao nos había conseguido sitio en un coche desvencijado, compartido con otros viajeros y conducido por un chofer entrado en años, un hombre callado al que apenas se le veían las cejas.

El vehículo, con el capó abollado y el parabrisas sucio, parecía destacar entre los demás por su aspecto lamentable. Nos acomodamos apretados en el asiento trasero, junto a una bolsa de herramientas y un paquete envuelto en arpillera.

La travesía hasta La Junquera duró más de dos horas. La carretera era una cinta de polvo entre campos resecos. A veces, el coche se detenía para dejar pasar una carreta tirada por mulas. Otras veces, se paraba simplemente para atender una avería menor, enfriar el motor o revisar algún desperfecto debajo del capó. Nadie se quejaba.

En La Junquera, el paisaje se volvía áspero. El último pueblo español era un puñado de casas bajas, con fachadas resecas por el sol. Desde allí, la subida hacia Le Perthus se volvía demasiado empinada, y el camino, en su mayor parte, era de tierra y piedra suelta. Debimos continuar en un carro. El sendero trepaba entre las colinas de la Serra de l'Albera. Estanislao no encontraba otra manera de llamar a ese ramal bajo de los Pirineos. Aunque no era alta montaña, el calor y la fatiga hacían que lo pareciera. El sol nos caía sobre los hombros. A los lados del camino, los alcornoques se alzaban con la corteza arrancada, figuras oscuras, mutiladas. El aire olía a corcho, a romero y a tierra seca. El polvo se pegaba a las piernas, a la boca, a los ojos. Y las cigarras emitían un zumbido metálico, una advertencia incesante que parecía burlarse de nuestra prisa.

A lo lejos se divisaba el puesto de control, apenas una garita de madera donde tres soldados hastiados fumaban con sus fusiles al hombro. Al acercarnos, casi muero del susto. Temía que nos detuvieran, que ese delgado hilo de suerte se rompiera.

Estanislao mostró nuestros papeles y habló con voz clara, sin titubeos. Yo respiraba con dificultad, vencida por el esfuerzo de la trepada, la altura y el miedo a que nos retuvieran. Me temblaban las manos, las piernas…, el cuerpo entero.

Finalmente, después de otro trecho, el caserío de Le Perthus se presentó ante nosotros como un objetivo cercano. El pueblo se extendía como una rajadura entre dos tierras: largo y angosto,

partido por la frontera. De un lado, los carteles en castellano; del otro, en francés.

Me detuve unos segundos para observar el paisaje, como queriendo retenerlo, por si algún día debía emprender una nueva retirada. Los ojos me ardían. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas sin que pudiera contenerlas.

—¿Por qué lloras? —preguntó Estanislao sin girarse.

—Por nada. O por todo —respondí bajito.

—Estarás bien, Antonia. Mi familia te agradará, ya verás —predijo, como si esas palabras pudieran protegerme.

Y yo seguí caminando, con los pies hechos polvo y el corazón destrozado, cruzando esa línea invisible que separaba dos países, dos vidas, dos versiones de mí misma.

VI

La familia de Estanislao vivía en una casa de piedra, con un techo de tejas curvas y un patio pequeño donde una fuente dejaba caer un hilo de agua que sonaba como un suspiro constante. El olor a humo frío, mezclado con el de la madera húmeda apilada junto a la pared, me dio la bienvenida antes de que cruzáramos la puerta. Aunque había dejado atrás la efervescencia de la pensión, no era muy diferente de donde veníamos; sin embargo, al llegar me sentí un poco fuera de lugar, como una intrusa que se colaba en un mundo que no le pertenecía.

Cuando su madre y su tía nos recibieron, me puse a llorar sin remedio, como una criatura. Nos abrazaron con fuerza, entre lágrimas y frases en un catalán tan cerrado que me llegaba como un rumor cálido, imposible de comprender pero enternecedor.

—*Ai, fill meu…* —repetía su madre, acariciándole la cara con manos temblorosas—. *Que Déu t'ha tornat…*

Esa mujer, de mejillas encendidas por la emoción, me miró directo a los ojos y, aún conmovida por nuestra llegada, se dirigió a mí:

—*Vinga, que ets una noia preciosa!* —exclamó con una dulzura que me conmovió.

Y antes de que pudiera reaccionar, me estrechó entre sus brazos. Su contacto me recorrió el alma como una lluvia tibia.

Entonces, sin previo aviso, Estanislao me presentó como su novia. Lo dijo con una naturalidad pasmosa, con esa sonrisa suya capaz de encantar y confundir a partes iguales.

—*És la meva xicota* —anunció.

Las dos mujeres se miraron con una mezcla de alivio y entusiasmo.

Era la solución perfecta para justificar mi presencia, pero una nueva trampa para mi conciencia. Le seguí la corriente. ¿Qué más podía hacer? No era por él; lo quería como a un hermano. Pero empezar esa vida nueva bajo un enredo no me parecía sensato, menos aún con gente que desde el primer momento se mostraba tan bondadosa. Y allí mismo, en medio de ese recibimiento cálido y caótico, descubrí que su madre ignoraba por completo la verdadera inclinación de su hijo.

La casa tenía un interior fresco, con muros gruesos, madera oscura y esteras gastadas. El hogar desprendía olor a sopa de col y a leña, como si el invierno viviera allí todo el año. La madre y la tía se movían en silencio casi ritual, sacudiendo manteles, secándose las manos en el delantal, haciendo sitio en la mesa. Tal como Estanislao me había anticipado, ambas eran personas cariñosas, transparentes. Y lo querían con un fervor que se palpaba. La madre me miraba con un afecto que me punzaba. Claro: me veía como la guardiana del corazón de su hijo.

Y yo, como siempre, me sentía en falta.

Para colmo —y esto era lo peor—, comenzaba a sospechar que ella y su cuñada me vigilaban. No con malicia. No de forma grosera ni desconfiada. No. Era otra cosa.

Giraba la cabeza y ahí estaba una de ellas, mirándome por encima del hombro, como quien sigue a un animalito recién llegado. A veces me sonreían; otras fingían mirar hacia otro lado, pero yo sabía que sus ojos me escrutaban. Era como si aguardaran a que cometiera un desliz, que cayera en la trampa. A que una palabra imprudente revelara que no éramos novios.

Había momentos en los que la ternura maternal me envolvía como un abrigo. Y otros en los que sentía que me olfateaba el alma, buscando un secreto que ni yo sabía cómo explicar.

Le rogué a Estanislao que no me dejara a solas con ellas. Me aterraba que me interrogaran, que —con una simple pregunta o con

ese tipo de silencio pesado tan propio de las mujeres mayores— me arrancaran la verdad. Y también le pedí que contara lo suyo de una vez. No podíamos sostener un engaño en una casa que nos daba cobijo sin pedir nada a cambio.

—Ellas lo entenderán —insistí—. Te veneran y lo aceptarán.

La tía apenas hablaba, pero su presencia imponía. Tenía los ojos oscuros, de una serenidad profunda. Estanislao me contó que en el mismo accidente en que él perdió a su padre, ella perdió a su marido. Desde entonces, las dos mujeres eran viudas y él, huérfano. Como no había más hermanos ni hijos, él se había convertido en el hombre de la casa desde muy joven.

La noticia de nuestra llegada corrió rápido por el valle y pronto desfilaron por la casa vecinos del pueblo y de las masías más altas. Venían, con la excusa de saludar a Estanislao, a husmear quién era yo, la mujer que lo acompañaba. Traían panes envueltos, un poco de queso, huevos todavía tibios. Lo abrazaban entre sollozos, voces de algarabía y frases entrecortadas. Le daban palmadas en la espalda y repetían, en un coro que mezclaba catalán, castellano y algún francés de frontera:

—*Estàs viu, gràcies a Déu!*

A mí me miraban de arriba abajo. Con curiosidad, sí, pero también con una ternura inesperada. No todos preguntaban quién era. Al parecer, bastaba con ser «*la xicota de l'Estanislao*».

Y yo…, yo me sentía como un fantasma recién corporizado, habitando otra casa ajena pero cálida. El pueblo, encaramado en la montaña, parecía protegernos con sus calles empinadas y su aire fino. Tal vez nunca supiera quiénes fueron mis padres verdaderos. Tal vez mi designio era ese: caminar sin rumbo hasta dar con un rincón de la sierra donde sopla la *tramuntana* y nadie pregunta más de lo necesario.

¿Me quedaría allí para siempre? ¿Regresaríamos juntos? ¿O volvería yo sola?

Quizá, después de un largo periplo, tendría que aceptar de una vez por todas que la sangre no era el único nexo, que mi destino

estaba al lado de una familia que no me había parido. Y punto.

OCTAVA PARTE

«No hay libertad sin cultura, ni progreso sin educación».

MANUEL BARTOLOMÉ COSSÍO

I

1909, Barcelona, España

Dejaron atrás la casa señorial una madrugada en que el cielo aún estaba hundido en sombras. No querían que los vecinos las vieran partir. Preferían que imaginaran una mudanza discreta antes que una huida comentada por todo el barrio.

La nueva casa estaba en los márgenes de Barcelona. Humilde, con paredes encaladas y un techo de tejas viejas que crujían con el viento. Pero tenía jardín. Un pedazo de tierra real, no esos patios geométricos aprisionados entre rejas. Allí crecían matas de lavanda, una higuera torcida y bastante maleza que aún no habían tenido tiempo de arrancar. Despojadas de lujos, habían ganado espacio y respiraban un aire más limpio.

Dentro, las habitaciones eran estrechas; sin embargo, las paredes blancas y el aire impregnado con el aroma del revoque reciente daban una sensación de desahogo. A través de las ventanas entraba la luz sin pretensión. Pese a lo modesto del lugar, la casa se enalteció cuando acomodaron los muebles que habían traído; entraban con lo justo, apretados, pero convertían el sitio en un hogar.

Isabel recorrió los cuartos con pasos lentos y la mirada cabizbaja, como esperando encontrar algo familiar entre tanta austeridad. No le gustaban los cambios. Todo lo nuevo le parecía una amenaza. Se detenía en los marcos de las puertas, rozaba las paredes con los dedos, buscando una textura conocida. Dormiría con Apolonia, como siempre. Dolors compartiría cuarto con Malinka.

Fue esta mujer reaparecida quien, una vez más, sostuvo la estructura de aquel nuevo mundo. Sus manos curtidas no temblaban ante la incertidumbre; en su interior parecía llevar la fuerza de varias vidas. Iba de un cuarto a otro vigilando sin espiar, acompañando sin invadir. Sabía cuándo hablar y cuándo callar. Les enseñaba a administrar lo poco con inteligencia y dignidad, a distinguir entre lo necesario y lo accesorio, a sobrevivir sin perder la gracia.

Los días fueron tomando forma. Apolonia, despojada de los adornos de su infancia dorada, empezaba a entender lo que Dolors había descrito tantas veces: vivir con lo justo, como la mayoría de la gente de la pensión. Dolors, en cambio, se afirmaba en su nueva vida; agradecía, feliz, ante cada pequeño suceso. Isabel se mantenía cerca de Apolonia: allí donde estaba su hermana, estaba su mundo.

Pero el tiempo pasaba e Isabel seguía quejándose de dolores en la barriga. A veces se acurrucaba en la cama y gemía bajito. Apolonia empezó a inquietarse; nunca había visto así a Isabel. Dolors intentaba restarle gravedad para que no reinara la preocupación. Malinka, entretanto, la observaba con paciencia. Esperó. Confirmó.

Una tarde, después de lavar la ropa y colgarla al sol, entró a la cocina, se sacudió las manos con el delantal y llamó a Apolonia y a Dolors con un gesto seco. Se sentaron las tres alrededor de la mesa. La escena contenía la gravedad de un cónclave de ministros. Malinka permaneció en silencio unos segundos, como quien sopesa una herida antes de nombrarla.

—Isabel tiene la tripa llena —dijo.

Apolonia empalideció; el rostro se le descompuso. La revelación le confirmó que el castigo al fraile había sido inútil. Dolors se cubrió la cara con ambas manos. El pasado, que creían enterrado, regresaba con peso vivo. Ninguna respondió. El silencio se volvió espeso e irrespirable, y las tres comprendieron por qué el cuerpo de Isabel ahora hablaba a gritos. Solo el rumor del agua en la pila y el zumbido de una mosca que volaba cerca del pan parecían autorizados a seguir existiendo.

No sabían cómo seguir.

Afuera, el sol caía sobre las tejas, tiñendo la casa nueva de tonos rojizos. Lo que estaba por venir aún no tenía nombre, pero todas intuían que sería difícil. Muy difícil.

II

Comenzaron a llevar a Isabel al hospital: primero para la confirmación y luego para los controles de su embarazo. Las primeras visitas transcurrieron sin sobresaltos, aunque los médicos no sabían bien cómo dirigirse a ella. Isabel, al principio dócil, pronto se negó a que le palparan el vientre.

—Ella no entiende nada —deslizó la enfermera.

—No sabe qué le pasa —dictaminó el médico, con ese tono que pretendía ser técnico, pero sonaba cruel.

—¿Quién responde por ella? —preguntaron.

Las respuestas de Apolonia y Dolors fueron más súplicas que certezas. Y entonces ocurrió lo inevitable. El hospital, amparado en razones médicas y legales, redactó un acta. En líneas generales, afirmaba que una joven embarazada, con evidente discapacidad mental, sin tutela formal, se hallaba en condiciones de riesgo. Horas después, la trasladaron a un convento ubicado a las afueras, uno de esos de penitencia social donde las mujeres «en estado de gravidez» eran encerradas para mantenerlas ocultas, para corregirlas, para silenciarlas, para olvidar su existencia. Era la condena de la moral burguesa.

Apolonia lloró como si le arrancaran un pedazo del cuerpo. Dolors estrelló un vaso contra la pared. Malinka no dejó traslucir su descontento. Sola, se sentó junto al fogón apagado, con las manos quietas sobre las rodillas y la mirada perdida en un punto imposible. Luego se levantó y empezó a limpiar, como si fregar la mesa pudiera corregir la desgracia que acababa de caerles encima.

Por supuesto, Apolonia y Dolors se presentaron en el convento. Intentaron recuperarla por todos los medios. Se disfrazaron de

damas caritativas, con velos grises y rosarios. Nunca lograron verla.

Hasta que una tarde decidieron colarse por las puertas traseras, sin pedir permiso. El ardid les permitió acercarse a Isabel, que arrastraba los pies, con la mirada vacía y las manos colgando a los costados del cuerpo.

—¡Isabel! ¡Isabel! —gritó Apolonia con todo su ser, una y otra vez.

Isabel giró, pero no la reconoció.

—¡Malditas! ¡¿Qué le han hecho?! ¿Qué le han hecho a mi hermana? —insistía Apolonia, mientras Dolors, enrojecida por el llanto y la rabia, tiraba de ella para sacarla de ese infierno.

Una monja cerró la puerta con desdén.

—Las internas no deben recibir visitas —previno otra, y debieron regresar sobre sus pasos.

El problema no tenía solución. Se devanaban los sesos pensando una salida, pero ninguna lograba convencerlas; todas parecían fracasar antes de ponerlas en acción. Finalmente, Malinka ideó una estrategia. La analizaron hasta el amanecer. Que sí, que no…, pero ya no había alternativa.

Malinka se peinó con esmero, se cubrió la cabeza con un pañuelo oscuro, se puso el delantal de lino gastado y fue sola. Caminó hasta el convento con el paso firme y una decisión tomada. Llegó y pidió hablar con la madre superiora.

—Soy viuda —informó—. Sin hijos. He trabajado con mujeres difíciles. No le tengo miedo ni a la locura ni al silencio. Sirvo para limpiar, cocinar, cuidar. Soy buena para liberar la tripa. Y lo más importante, madre, nunca escucho y nunca veo nada.

No era fácil encontrar personas dispuestas a trabajar en ese claustro. Era justo lo que precisaban y le dieron el puesto.

Durante los días siguientes, Malinka fue probada como si examinaran un objeto extraño. Le asignaron los trabajos más duros: fregar el refectorio a rodillas peladas, asear internas rebeldes, cargar agua desde el pozo. No protestó. No bajó la mirada. Dormía en un cuartucho bajo la escalera, comía lo que sobraba y nunca pedía más.

Cuando por fin le permitieron moverse libremente, la encontró. Isabel estaba sentada en una banca de piedra, bajo una higuera, sin expresión. Tal vez no la reconoció. No importaba. Malinka se mantuvo a prudente distancia. La observaba desde lejos, como una sombra protectora. Cambiaba su jofaina por una limpia, deslizaba una fruta bajo su almohada, vigilaba que ninguna monja la tratara con dureza. Lo único que no podía controlar eran los medicamentos que le suministraban para tranquilizarla.

Afuera, Apolonia y Dolors aguardaban los días libres de Malinka. Al regresar a la casa, le brindaban cuidados, le preparaban comida, y ella, medio rendida por el cansancio, les contaba novedades sobre Isabel.

Apolonia había enflaquecido, minada por la culpa y el miedo. Dolors sostenía la casa: la comida, la limpieza, el orden.

Cuando Isabel diera a luz al bebé, entonces sí, la sacarían. A ella y a la criatura. Se irían lejos. Muy lejos. Empezarían una nueva vida.

Los días se sucedían con una lentitud exasperante. Dolors y Apolonia se mantuvieron ocupadas, preparando un pequeño ajuar. Jugaban con nombres —si era niña, si era varón— y cada noche Apolonia rezaba por Isabel y la criatura. Dolors la acompañaba, y aunque detestaba las liturgias, poco a poco aprendió algunas oraciones, convirtiendo la plegaria en un acto de solidaridad por quienes amaba.

A veces acompañaban a Malinka hasta las inmediaciones del convento con la esperanza de espiar desde lejos a Isabel. Solo una vez alcanzaron a reconocer su figura bajo la higuera. Tras varios intentos fallidos, optaron por alejarse para que las monjas no levantaran sospechas sobre Malinka.

Y así, con la esperanza cosida a mano, puntada por puntada, mientras el vientre de Isabel crecía, dejaron que obrara el tiempo.

III

Malinka cruzó el portón del convento con un dolor agudo en el estómago, un presentimiento que le arañaba las entrañas. Algo no estaba bien. Apenas avanzó unos pasos, vio el revuelo: monjas corriendo con cubos de agua, puertas entreabiertas, rezos que se atropellaban por la urgencia. Una novicia pasó junto a ella, pálida y asustada.

—Es Isabel —alcanzó a decir sin detenerse—. Su bebé está en camino.

El tiempo se quedó en suspenso. Bastó un segundo para que el corazón de Malinka se encogiera como un puño helado.

—No, no, no… Aún no es su fecha —recordó, sacando cuentas.

Echó a correr. Cada paso sobre las baldosas parecía pesar una tonelada bajo sus pies. La cofia se le deslizaba, los brazos le temblaban. Llegó al ala más vieja del convento, donde partos y muertes se daban la mano sin testigos. Empujó la puerta. La madera crujió.

Y allí la encontró. Isabel yacía sobre una mesa rústica; su cuerpo pequeño y abierto parecía una fruta destrozada. Había sangre por todas partes: en los muslos, en las sábanas, en las losetas. Su piel, blanca, parecía hecha de cera. Los ojos, abiertos, ¿ya no miraban? El cabello caía como una cortina.

Malinka apoyó una mano en la pared. Las rodillas se le vencían. Le dolía hasta el aire que respiraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, temiendo lo peor.

Una monja enjuta, con el rostro consumido por años de indiferencia, se volvió hacia ella con desgano.

—Fallecieron los dos, como siempre. Fue muy rápido. Ni el médico alcanzó a llegar —dijo, y acomodó vendas empapadas sobre una bandeja de metal—. Por cierto, era un varón.

Malinka apretó los puños. El mundo se le volvió ajeno, grotesco. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no gritar.

—Siempre pasa con estas… —murmuró otra monja, arrastrando un trapo por el suelo—. Los demonios les entran por ahí y luego se mueren. Dios limpia lo que el mundo ensucia.

Malinka se volvió lentamente hacia ella. No dijo nada. La miró con una fijeza que heló el aire. Su silencio era tan brutal como cualquier blasfemia proclamada en la plaza pública. Salió de la sala sin mirar atrás.

En el corredor, sacó del bolsillo interior de su delantal una joya envuelta en tela que llevaba consigo por si debía sortear un apremio. Llamó a uno de los muchachitos que recogían leña para el convento y se la entregó. Era rápido y discreto. Confiaba en él.

—Corre. Busca a Apolonia y a Dolors. Ya sabes dónde, mi casa. Tráelas. Y luego consigue un carro. Que nadie te oiga. ¡Hala, que es urgente!

El chico asintió y desapareció tras la verja.

Malinka regresó junto a Isabel. Se arrodilló. Le tomó la mano inerte, aún tibia. Limpió con amor aquel cuerpo profanado por la Iglesia, como si con cada caricia pudiera pedirle perdón. Cuando todo estuvo en su sitio, le cerró los ojos con una delicadeza ritual. Luego, con ambas manos abiertas, comenzó a rezar en un idioma extraño, antiguo, susurrado entre las grietas del tiempo. Recorrió su cuerpecito con unción, con respeto, y le ofrendó su fe antigua.

Apolonia y Dolors irrumpieron minutos más tarde como dos ráfagas de viento huracanado, esquivando monjas y todo lo que se les cruzara por el camino. Dolors fue la primera en verla; el cuerpo se detuvo en seco y los ojos lagrimearon ante la escena.

—No —susurró—. No puede ser.

Se cubrió la boca y se dejó caer en una silla contra la pared, como si el alma se le hubiese desprendido de repente.

—Lo lamento, Isabel… Lo siento tanto —sollozó.

Apolonia no comprendía. Se quedó quieta, de pie, como si el mundo se hubiera convertido en un acertijo. Luego miró a Isabel. Y algo dentro de ella, algo primordial, gemelo, se le quebró. Cayó de rodillas. No lloró, no gritó. Se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó a mecerse, como si intentara regresar al vientre donde una vez habían compartido vida.

Malinka apareció por la puerta trasera.

—Tenemos que sacarla de aquí ahora mismo. El mozo nos espera afuera con un carro. ¡Rápido, antes de que venga alguien! —ordenó, pero las chicas no reaccionaban. Permanecían clavadas en el tiempo, sin emitir palabras ni gestos—. ¡Vamos! —azuzó—. Se irá si no salimos ahora.

Extendieron una sábana en el suelo y, con cuidado reverente, colocaron el cuerpo de Isabel. Lo alzaron entre las tres, mientras el muchachito vigilaba. Atravesaron los corredores del convento como sombras hasta llegar al carro, que a poco de andar se perdió en una curva del camino.

Al llegar a la casa, la acostaron sobre una cama. Malinka pidió agua caliente, algunas hierbas, y que la dejaran sola.

Del otro lado de la puerta, Dolors y Apolonia no podían creer lo que había sucedido en apenas un momento. Isabel. El niño. El convento. La injusticia divina. El silencio. Todo les parecía un sueño, una pesadilla lenta y viscosa. Solo lloraban. Unidas en el dolor.

Dentro de la habitación, el silencio tenía peso propio. Malinka encendió una lámpara de aceite y oscureció el cuarto. Acomodó a Isabel sobre una sábana limpia. Le alisó el cabello con los dedos, recogiendo cada mechón con una peineta de madera que sacó del delantal. Encendió un brasero y en una olla de cobre echó hojas secas, raíces y un puñado de resina que chispeó al contacto con el calor. El aire se llenó de un aroma denso, terroso, familiar para ella y ajeno para todos los demás. Llenó un cuenco de barro con agua caliente y pétalos de caléndula, que flotaban como soles diminutos. Lavó el cuerpo con lentitud, como si con cada caricia pudiera borrar

el miedo, el abandono, la injusticia. Le frotó las palmas, la frente, los pies. Sacó entonces un amuleto de su pecho: una bolsa de tela bordada con hilos rojos, tan vieja como sus recuerdos. La sostuvo entre las manos como si fuera una criatura viva. Trazó con sus dedos un círculo invisible alrededor del cuerpo y comenzó a cantar muy bajo, en un idioma desconocido que parecía venir del más allá. Finalmente, como una ofrenda, colocó sobre su pecho la bolsita bordada y apoyó allí la mano.

—Yo te sostengo, niña mía. Aunque te lleven los dioses, aunque el mundo no te merezca, yo te nombro. No estás sola —susurró. Luego, se inclinó y le besó la frente con reverencia—. Ahora, elige: quédate o vete. Elige, elige…

Finalmente abrió una pequeña rendija de la ventana y pronunció un conjuro más, lanzando el espíritu al viento.

Se incorporó. Respiró hondo. Apagó el fuego con un puñado de sal.

Cuando abrió la puerta, encogidas en la penumbra, encontró a Dolors y Apolonia. Se pusieron de pie al verla.

—Ya está lista —anunció Malinka, con una voz que no admitía preguntas—. Su cuerpo está limpio y su alma, libre. Ahora es nuestra.

NOVENA PARTE

«La libertad no se gana luchando contra otros, sino contra uno mismo».

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

I

1932, Le Perthus, Francia

Fui tantas versiones de mí misma que empecé a olvidar algunas. Nombres, acentos, incluso ciertas maneras de caminar, gestos que ya no sabía si eran míos o simplemente aprendidos en los recodos de la vida. A fuerza de sobrevivir, una termina por inventarse la piel. Y, sin embargo, vivir allí… me gustaba.

Le Perthus era un pueblito enclavado entre montañas, un pliegue terco de la frontera. El aroma a pino húmedo y humo de leña bajaba desde los Pirineos y se mezclaba con la tierra mojada de los caminos. Los carros chirriaban al trepar las pendientes y los gallos cantaban antes de que la niebla abriera paso. Aquel lugar tenía algo de refugio, de tierra suspendida entre dos países, demasiado pequeña para esconderse y, a la vez, lo suficientemente remota como para empezar de nuevo.

Había pasado poco tiempo desde mi llegada, pero lo vivido hasta ese momento ya lo sentía lejano, como si hubiera ocurrido muchos inviernos atrás. La idea de regresar se volvía cada vez más imposible.

De tanto en tanto pensaba en Zoltán, en cómo sería su vida ahora. Siempre lo había imaginado libre, feliz, incapaz de vivir encadenado. ¿Habría logrado escapar con Mercedes? ¿Habría nacido el bebé? ¿Sería niña? ¿Niño? «Ojalá estén bien. Los tres», deseé al mentarlos. Y me sorprendí aún más cuando lo repetí con otra cadencia: «*Que estiguin bé… els tres*». Esa mezcla de lenguas era, quizá, la muestra más clara de mi nuevo arraigo.

Le Perthus no era solo un paso fronterizo: era un punto de tránsito de historias truncas. Por allí pasaban quienes huían de la miseria, del pasado o de sí mismos; los contrabandistas con sus mulas cargadas, los aprovechadores, gente que aguardaba noticias del otro lado, y otros que, como yo, intentaban armar una vida con lo que tenían al alcance de la mano. Entre el ir y venir de camiones, campesinos y gendarmes, caminaba yo, acompañando a Estanislao a todas partes, tratando de entender cómo se vivía en aquel límite. Aunque aún no aparecía escrito en la prensa, ya se comentaba el nombre de un tal general Franco, maniobras militares, sospechas e intrigas de palacio. El mundo, incluso allí, en ese rincón remoto, parecía tensarse.

La familia de Estanislao me había acogido como a una hija más. Su madre, tan dulce, y su tía, de andar lento y manos siempre ocupadas, me envolvieron con una ternura encantadora. Había cariño en cada gesto. Con el discurrir de los días, nadie volvió a mencionar nuestro supuesto noviazgo, y nosotros dejamos de fingir. Era un acuerdo silencioso que, tarde o temprano, alguien debería romper para contar la verdad.

Pasábamos las mañanas leyendo *L'Humanité*, un diario intelectual de tendencia socialista, publicado en francés. Uno de mis desafíos era terminar de comprender el catalán —algunas frases ya empezaban a salirme solas, con naturalidad— y comenzar a dominar el francés, que se me trababa en la lengua. Pero cada noche, cuando quedaba sola con mi almohada en esa casa que era mía y no lo era, volvía la certeza de que no pertenecía allí. Que esa vida, por amable que resultara, era un intervalo: una pausa entre lo que había sido y lo que aún no sabía si podría ser.

Un día, Estanislao me anunció la llegada de sus tíos de Céret, distante a unos pocos kilómetros. Cuando nosotros llegamos, ellos se encontraban de viaje, así que no los había conocido. Céret era distinta a Le Perthus: más ciudad, más arte, más música. Decían que allí los exiliados convivían con pintores y poetas. A mí aquello me

sonaba lejano, aunque se encontrara a solo unas curvas de distancia.

Me esmeré en los días previos: preparé las camas, ayudé en la cocina, desempolvé armarios. Quería merecer ese lugar que me habían ofrecido con tanto afecto. Me movía con cuidado, como si cada gesto fuera una forma de agradecer la bienvenida.

Preparamos pan con ajo y una *ollada* densa de verduras y cerdo, muy parecida a nuestros guisos. Antes habíamos preparado manteca y queso con pimienta. Cómo me gustaban esos ratos con las manos llenas de harina, ocupadas en preparar alimentos, sintiendo la cocina como un abrigo.

El tío de Estanislao era un hombre menudo, de ojos rápidos y una voz profunda que imponía respeto sin necesidad de alzarla. Su esposa, en cambio, tenía una elegancia propia del roce citadino. Con ellos venía una jovencita que, al ver a Estanislao, se lanzó a sus brazos con un entusiasmo que me descolocó. Era a ella a quien habían ido a buscar a París. Estudiaba algo en la capital —no entendí bien qué; tampoco me animé a preguntar de nuevo—, y hablaba en una mezcla vivísima de francés y catalán que aún me resultaba difícil de seguir.

Al verme, la tía de Estanislao se detuvo en seco. Sus ojos se clavaron en los míos como si hubiera visto un espectro.

—*Tu…* —musitó sin acabar la frase.

Su expresión cambió de golpe: se nubló, se tensó, y tuve la sensación de que algo muy hondo se había quebrado en su interior. Dio un paso atrás y, sin decir otra palabra, giró sobres sus pies y se fue, espantada.

Me quedé allí, parada, sin entender por qué diablos había reaccionado así ante mi presencia. Algo había pasado. Sin dudas, había asustado a esa mujer.

II

Apolonia cruzó la estancia derechito hacia Dolors, con paso firme, la cara blanca como el papel y la respiración entrecortada.

—¿La has visto? No puede ser —dijo Dolors.

—Sí... Sí, no puede ser... ¡Es su vivo retrato! —murmuró Apolonia, llevándose una mano al pecho—. No dejo de estremecerme. Es ella. Es la chica de la que me hablaste, ¿verdad?

—¡Sí, la misma! Llevo noches sin pegar ojo desde que llegaron.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo supe desde que la vi cruzar el umbral —dijo Dolors, estremecida.

—¡Que esto no lo explica ni Dios! Anda, ven, que tenemos que hablar con calma.

Entraron al cuarto y se sentaron juntas en la cama, como hacían siempre que se reencontraban. Era su lugar.

—Malinka lo dijo, ¿recuerdas? Que el crío estaba vivo.

—Y también aquella del Buró, ¿te acuerdas? La mujer que trabajaba con Consuelo, en esa oficina clandestina donde investigaban lo de los niños robados.

—¡Claro que lo recuerdo! Pero siempre repetían que era un niño.

—Tanto que lo buscamos, Dolors…

—Da igual, Apolonia. Es idéntica. El gesto, los ojos, la manera de hablar. No hay casualidad posible. La sangre habla. No puedo dejar de observar cada rasgo; siento que la conozco de toda la vida.

Se abrazaron. No hacían falta pruebas. Solo imaginar que podía ser ella —que estaba viva y tan cerca, aunque fuese por poco tiempo— les aceleraba el pulso y les nublaba el raciocinio.

—No quiero saber la verdad —dijo Dolors con la voz rota—. Prefiero creer que es ella. Porque si no lo es…, después de tantos años…

—A mí también me pasa —murmuró Apolonia, atenazándola con más fuerza—. *Ai*, Doló.

—¿Has leído la carta de Consuelo?

—No. Te estaba esperando. No quería hacerlo sola.

Dolors abrió el cajón de la mesilla, sacó un sobre arrugado y lo puso en la mano de Apolonia.

—Léela tú. Yo no puedo —dijo, y se lo devolvió.

Dolors desplegó el papel con cuidado. La letra de Consuelo, apretada y torcida, parecía escrita deprisa, como si no hubiera tenido tiempo.

Mis queridas amigas:

Espero que estéis bien. Y sentadas, porque lo que tengo que contaros os va a dejar de culo. ¿Os acordáis de la investigación que hicimos sobre los niños robados por las monjas del convento? Pues bien, esa muchacha ha vuelto al convento. Está buscando a sus padres, y los papeles que trae coinciden con los nuestros. Aparece registrada con nombre de varón. Pero eso pasaba a menudo, ya sabéis; la que apuntaba los datos no siempre sabía si era niño o niña.

El caso es que yo he estado mirando bien, y son los papeles del convento. Es ella. Estoy segura. He hecho todo lo posible por detener la investigación. Le pedí a Estanislao que se la llevara para allá, que la alejara del Buró. Los papeles coinciden: mismo convento, misma fecha, misma firma.

—¡Es ella, Doló! ¡Es ella!

—Espera, que aún hay más.

Yo no he dicho nada; Estanislao tampoco lo sabe. Espero que seáis vosotras quienes lo den a conocer. Yo me quedo aquí; demasiada gente me necesita. Cada día hay redadas, detenciones, desapariciones. Pero resistimos.

Os quiero mucho. Cuidaos.

Consuelo

Dolors bajó el papel. Repasó el contenido.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó por fin, en un hilo.

Apolonia se levantó, dio unos pasos por la habitación. Luego de meditar en círculos, se volvió hacia ella con decisión.

—Habrá que aguantar, Doló. Si nos precipitamos, la perderemos de nuevo. De momento, nos acercamos, la escuchamos… Y quién sabe, quizá Dios quiere y nos enseña los papeles que menciona Consuelo.

—Sí, sí.. mejor esperar la oportunidad —coincidió Dolors—. Pero debemos tenerla cerca, cuidarla… Que sienta que este es su verdadero hogar. ¡*Mare de Déu*, que aún no me lo creo, Apolonia!

—Tampoco yo. Después de tantos años… ¿No estaremos soñando?

—Vayamos con cuidado… Ya encontraremos la manera de decirle la verdad. No hay que espantarla.

Se tomaron de la mano y permanecieron expectantes. No tenían certezas, pero sí esperanza. Y con eso, de momento, bastaba.

III

Cuando apenas era una jovencita, Consuelo había llegado al Buró casi por casualidad, una mañana gris y lluviosa. Llevaba unos papeles que su hermano le había encargado entregar. Pensó que sería una oficina más de ayuda social, de esas que daban sopa, abrigo y promesas. Pero en cuanto cruzó el umbral y vio a aquellas mujeres moverse con decisión, con carpetas bajo el brazo, supo que allí pasaba algo distinto.

Los cajones tenían doble fondo. Las puertas no se cerraban con llave, sino con pactos. Y el silencio era tan elocuente como los documentos que se escondían en cajas forradas de tela. Lo que se tejía en ese lugar no era caridad ni socorro: era resistencia pura y dura, un tejido que latía entre sombras.

El Buró no tenía letrero en la entrada. Funcionaba bajo la apariencia de una cooperativa, un local más en las calles estrechas del Raval. Pero tras una fachada anodina se articulaba una red que seguía la pista de criaturas robadas: hijos de presas políticas, de mujeres pobres, de familias deshechas por la represión. Bebés arrebatados en conventos, hospitales o cárceles entregados —cuando no vendidos— a familias acomodadas y afines al régimen. Una maquinaria fría, sistemática, que dejaba a las madres sin nombre y a los hijos sin origen.

Consuelo no tardó en quedarse. Al principio ayudaba en lo básico: ordenar fichas, transcribir testimonios, preparar sobres para enviar a media Cataluña. Pero fue imposible mantenerse al margen cuando conoció de cerca las diferentes historias. Las mujeres que llegaban allí —muchas analfabetas, con las manos gastadas por el trabajo— venían buscando un rastro, cualquier indicio que las

aproximara a sus seres queridos: un nombre mal escrito, una fecha tachada, una cicatriz que solo una madre recordaba.

Con los meses, Consuelo aprendió a leer entre líneas. Reconocía legajos falsificados, partidas de nacimiento alteradas, nombres cambiados. Junto con otras colaboradoras, desarrolló la capacidad de detectar si un niño estaba inscrito como varón siendo niña, o al revés. «Por descuido o por conveniencia», repetían. Pero ella sabía que no se trataba de errores: era una estrategia para desviar cualquier intento de búsqueda. Una trampa pensada al milímetro para que nadie pudiera encontrarlos.

Así, a fuerza de trabajo y noches en vela, Consuelo se convirtió en uno de los pilares del Buró. No era la que más hablaba, pero sí la que recordaba cada fecha, cada nombre, cada huella en un margen. Se quedaba hasta tarde revisando documentos a la luz tenue de una lámpara, cruzando datos, hilando teorías. Y siempre escribía con lápiz. «Lo que está vivo cambia», decía. El lápiz permitía deshacer, corregir, rectificar, borrar, si era necesario.

Cuando una madre moría sin haber encontrado a su hijo, guardaban la ficha en una caja forrada con papel gris, aparte. No se archivaba con las demás. Ese gesto servía como un recordatorio perpetuo de que había vidas que seguían en suspenso.

El día que Estanislao llegó con Antonia —y esa inquietud viva de rastrear a sus padres—, Consuelo se mantuvo prudente. No quería alimentar falsas esperanzas. Había aprendido a desconfiar incluso de la propia emoción. Quiso averiguar por su cuenta antes de ofrecer una luz de optimismo. Pero cuando Estanislao le mencionó el convento de Santa Elena y le enseñó los papeles que traía la joven —papeles con una firma que ella conocía de memoria—, el corazón de Consuelo dio un salto brusco.

Aquella era una de las fichas viejas. Uno de los casos imposibles de resolver, plagado de datos sueltos e inconexos.

Entonces recordó cómo había conocido a Dolors y Apolonia. Malinka las había puesto en contacto. Con el tiempo, esas dos mujeres se convirtieron en sus aliadas más firmes, en amigas incondicionales. Tenaces, decididas, dispuestas a volverse a levantar aunque les cerraran las puertas en la cara. Año tras año, nunca

dejaron de buscar al hijo perdido de Isabel. Su lucha sobrevivía a la derrota y a las redadas.

Y ahora los papeles coincidían: mismo convento, misma fecha, misma firma. Todo cuadraba. Solo que era mujer.

Consuelo comprendió que no podía permitir que esa joven se metiera sola en la boca del lobo. No en aquel momento, no con el Buró vigilado y medio infiltrado. Había llegado demasiado lejos para correr ese riesgo. Le pidió a Estanislao que la alejara con cualquier excusa —la guerra, las persecuciones, lo que fuera—, prometiéndole que más adelante retomaría la investigación.

Sin embargo, Consuelo tenía otro plan: quería enviar a la muchacha hacia Dolors y Apolonia. Que fueran ellas quienes la miraran a los ojos y pudieran decirle: «Te buscamos siempre, niña *nostra*». Solo ellas podían sanar esa herida.

Consuelo escribió la carta de un tirón, casi sin respirar. Revisó cada línea, cerró bien el sobre y se lo entregó a Estanislao con una seriedad que él no se atrevió a cuestionar.

—Para Dolors. Es personal —concluyó. Y esa fue toda la explicación.

IV

Esa noche, después de cenar, jugamos a las cartas. Por un momento, sentí que estaba en otro lugar, en un mundo distinto, uno hermoso, donde me habría gustado quedarme para siempre…, o al menos retenerlo un poco más. Aurelia, la prima de Estanislao, era tan ocurrente que enseguida los tres formamos buen equipo.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ya todos estaban levantados. Había en el aire una rareza difícil de descifrar. Iban de un lado a otro, me miraban al pasar, luego apartaban la vista y seguían como si nada. Me dio la sensación de que se había corrido la voz de que no era la novia de Estanislao y de que pronto se iniciaría el juicio en mi contra. Y eso que se lo había repetido mil veces. Me anticipaba a la decepción que se llevarían conmigo.

—Estanislao, ¿qué está pasando aquí? —pregunté incapaz de disimular la incomodidad.

—Que no lo sé, mujer, pero hoy aprovecharé que están todos —respondió él, inquieto—. Va, que hoy lo diré. ¡Que ya no lo aguanto más!

—Tu familia te quiere, Estanislao. ¿A qué le temes? Solo debes decir la verdad. Se lo merecen.

Antes del mediodía ya estábamos todos sentados alrededor de la mesa. Sentí la tensión en la nuca. Solo esperaba que su familia pudiera comprenderlo. Si no lo hacían ellos, que eran su sangre, bastante difícil sería que lo aceptara el resto del mundo.

Fue Dolors, su madre, quien rompió el silencio, con un nerviosismo que le impedía encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno…, la verdad… —arrancó, pero se detuvo—. La verdad es que no sé cómo empezar… —dijo, mirando el mantel como si allí

hubiese una guía.

—Madre, ya no quiero más secretos —intervino Estanislao—. Que lo sepan todos: Antonia no es mi novia.

Dolors se desplomó en la silla. Un silencio gutural envolvió la casa de piedra.

—Y que sí…, que me gustan los hombres —confesó él sin levantar la vista.

Nadie habló. Las miradas huían hacia la llama del fogón, iban más allá de los cristales. Estanislao estaba rojo, mortificado.

La situación resultaba embarazosa, pero el tío José, marido de Apolonia, se levantó, caminó hacia él, lo tomó de los hombros y lo obligó a ponerse de pie para abrazarlo, fuerte, como si quisiera espantarle el miedo.

—Pues qué valiente eres, sobrino. Hay que ser muy hombre para decir eso delante de todos. Aquí te apoyamos, que para eso está la familia, ¿no? —dijo. Su gesto encontró aprobación inmediata entre los presentes.

Dolors rompió a llorar y sus lágrimas fueron a engrosar el riacho más cercano.

—Pues claro que sí, mi amor… Ya lo suponíamos. Puedes ser quien tú desees. Que yo te quiero, Estanislao, te quiero con toda el alma.

Respiré aliviada. Todos fueron cálidos con él, comprensivos y respetuosos; nadie le hizo un feo y cada uno replicó, a su modo, el gesto del tío José. Pero Dolors y Apolonia no cejaban en su estudio: cada golpe de sus ojos caía sobre mí con insistencia.

—Va, aclarado el asunto. Ahora, ¡fuera todos! —ordenó Apolonia —. Hala, venga, fuera. Todos menos tú, Antonia. Contigo queremos hablar.

Me quedé rígida. ¿Qué había hecho? ¿Me pedirían que me fuera, como represalia? ¿Que sostuviera la mentira para el pueblo? Permanecí en la silla, inmóvil, mirando la mesa, esperando un castigo.

—Que no te asustes, Antonia —pidió Dolors para atemperar mi aflicción—. Solo queremos conversar.

Nos quedamos las tres solas. Ellas no me quitaban la vista de encima. Yo me sentía atrapada, como un animal rodeado, sin escapatoria. Hasta que Apolonia tomó aire y habló:

—Antonia, niña, que no te queremos incomodar, de veras. Vale, que solo queremos ayudarte. Ay, joder…, no sé cómo decir esto. —Se tapó el rostro con ambas manos; las lágrimas la desbordaron sin permiso.

—Estanislao nos dijo que buscas a tus padres —continuó Dolors, completando la frase.

La conversación tomaba un rumbo inesperado.

—Sí… —concedí en un susurro.

—¿Tienes contigo tu partida de nacimiento? —preguntó Apolonia, casi con desesperación.

—Sí.

—¿Puedes traerla?

Me levanté sin saber por qué. Sentía que el mundo se movía demasiado rápido, que perdía el equilibrio.

—Podemos ayudarte… —dijo Dolors cuando regresé con los papeles.

Tan pronto Apolonia los visó, los dejó sobre la mesa, con un cuidado reverencial, con una pizca de miedo y satisfacción. Luego dijo una frase que nunca olvidaré:

—Creemos que eres nuestra sobrina.

La *tramuntana* sopló y me quedé helada. La cabeza en blanco. Las piernas a punto de doblarse.

—No te preocupes…, te contaremos todo —aseveró Dolors.

—Ustedes… ¿serían mis parientes? —pregunté al borde de la incredulidad. Había dejado mi vida cómoda en Buenos Aires, trajinado las calles de Barcelona y, ahora, en un pueblito de los Pirineos… ¿me topaba con mi familia?

Apolonia me tomó la mano y empezó a hablar. Era como escuchar un cuento oscuro, triste y lleno de sombras ante el cual permanecía impávida, con Dolors a un lado y Apolonia al otro. La historia se desplegaba frente a mí como una película donde yo aparecía tarde, como un personaje olvidado.

—¿Mi madre era su hermana, Apolonia? Entonces, ¿soy hija de una mujer trastornada y de un cura que la violentó? —razoné en voz baja, aturdida por mi prosapia.

En ese momento Estanislao apareció en la puerta. Supuse que llevaba un rato oyendo los pormenores de la historia. Se acercó, me estrechó entre sus brazos, cómplice de mi desconcierto, y me dijo cuánto me quería. Luego volvió su enojo hacia su madre y Apolonia.

—¿Por qué no se lo dijeron antes? ¿Por qué guardaron este silencio tanto tiempo?

Comprendí la reticencia, el impacto, la prudencia, el cariño sin doblez pero contenido, el miedo a equivocarse… Oh, con qué claridad entendí a esas mujeres y su escrutinio constante.

Con parsimonia me confesaron que nunca dejaron de buscarme. Que doña Consuelo, de alguna manera, me había enviado hacia ellas. Que habían debido escapar de Barcelona años atrás y que en la montaña hallaron algo parecido a la paz, pero jamás dejaron de pensar en mí, aunque siempre creyeron que buscaban a un varón.

Yo me sentía suspendida. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente no lograba absorber tanta información. Todo lo que había deseado desde que decidí buscar a mis padres acababa de caerme encima, como un alud, sin aviso y de boca de las personas más inesperadas. Las predicciones de la sibila se habían cumplido, pero nunca habría imaginado este desenlace.

—Así que eres hija de la tía Isabel —dijo Estanislao, mirándome como si fuera un recuerdo que regresaba del pasado.

—¿La conociste? —pregunté con inseguridad. Me asustaba la idea de enfrentarme a más disgustos.

—Claro. Es la mujer más dulce y buena que he conocido.

Su elogio no bastó para calmar mi inquietud. Miré en derredor con disimulo, temiendo que alguien más escuchara mi desazón.

—No puedo…, no puedo aceptar que soy hija de un monstruo con forma de hombre y de una mujer que no supo entender la vida.

Estanislao bajó la voz, se disculpó con su madre y su tía, y me invitó a tomar aire fresco.

—Antonia, tu madre no está muerta. Apolonia y José no la trajeron porque querían tratarte primero y preparar el terreno para

que tú la conozcas y ella sepa quién eres.

—¿Qué…? —balbuceé. Otra revelación. Otro golpe—. ¿Está viva?

El mundo volvió a girar, pero sin lógica, sin dirección. Me llevó un largo rato ordenar tantas piezas, todas irregulares, extrañas. Me sentía dentro de una pesadilla. Y no sabía qué era peor: despertar o seguir soñando.

V

Dos frases se repetían en mi cabeza con la terquedad de una maldición: una madre con enfermedad mental, un padre sacerdote y violador. Yo era el fruto de esa tragedia. De ese desamor sin redención. De esa crueldad envuelta en sotana y silencio. ¿Por qué no me habían dejado morir? ¿Por qué había tenido que salir a buscar lo que quizás era mejor ignorar? ¿Y si en mis venas corría la misma oscuridad de mi padre? ¿Y si heredaba la enfermedad de mi madre?

Me dolía pensar en Isabel, mi madre, encerrada en sí misma, tal vez sin comprender que su cuerpo había sido campo de batalla y su alma, rehén. Me dolía imaginarla ciega al horror, o peor aún, sabiendo y sin poder escapar. ¿La habían engañado? ¿Convencido? ¿Silenciado? ¿O simplemente ya estaba en su mundo cuando la entregaron al lobo vestido de santo? Mi abuelo y mi tío lo habían permitido. La decepción me aplastaba.

Y, sin embargo, me sentía ingrata. Dolors y Apolonia estaban ahí, sosteniéndome con ternura, con paciencia. Me abrazaban como si valiera la pena, como si todavía fuera posible salvarme de ese horror. Pero no era esa la historia que había venido a buscar cuando abandoné Buenos Aires. No esa. Yo quería raíces limpias, un origen que fuera mi ancla, mi orgullo, no mi condena. No este dolor. No este linaje de heridas abiertas.

Intentaba mostrar entusiasmo, alegría. Pero siempre encontraba un hueco para escabullirme al cuarto. Y no lloraba, ardía de rabia. Una rabia injusta, pero mía. Ellos celebraban haberme encontrado; yo solo quería huir de ese descubrimiento que me asfixiaba.

Aurelia no se me desprendía un segundo, y su compañía cariñosa e inocente no me dejaba respirar. Necesitaba estar sola para seguir

fingiendo alegría. A todo decía que sí, y todo me parecía bien.

La madre de Estanislao y la madre de Aurelia estaban pendientes de mis movimientos, con un amor que incomodaba: «Tranquila, estarás bien. El tiempo lo acomodará».

Prudentes, una mañana me preguntaron si quería conocer a mi madre. Acepté. Si me negaba, les habría roto el corazón. Pero en el fondo no quería. No deseaba enfrentarme a esa mujer que ni siquiera sabía que yo existía.

Poco después, llegó el día en que, tras tan largo periplo, al fin conocería a mi madre. Isabel. Vivía con Malinka, la mujer valiente que la había salvado de la muerte al darme a luz.

Siempre había soñado con una familia cálida y unida, feliz, como la de Estanislao. Y ahora que la tenía, no me gustaba en absoluto. Una resistencia silenciosa me crecía por dentro. ¿Quería enfrentarme a esa señora? La duda me corroía. Pese a mi conmoción, cumplí al pie de la letra y con una sonrisa todo lo que me pidieron antes de ir al pueblo vecino.

El viaje a Céret fue más corto de lo que imaginaba; todos vivían cerca, como si el destino hubiera tejido su tela a mis espaldas. La casa era idéntica a la otra. Al llegar, nos recibió un huerto tan prolijo, tan vivo, que me detuve para disfrutar de la armonía de ese pequeño vergel.

—Lo mantiene Isabel —dijo Apolonia con orgullo—. Ven, por aquí.

Avancé detrás de mi tía, en silencio. Atravesamos una galería con macetas y arbustos; la fragancia del romero se impregnaba en los dedos al rozarlos. Entramos en una sala amplia, luminosa. Apolonia y Dolors permanecían a mi lado, mientras que el resto se dispersó por la casa. Aprecié las pinturas que decoraban las paredes, un aguamanil, un candelabro… Y entonces apareció una mujer mayor que acaparó toda mi atención.

—Soy Malinka —dijo, y me abrazó con una ternura acumulada durante años. Me sostuvo tanto tiempo que comencé a incomodarme, pero me sentí incapaz de soltarme.

Su nombre, su figura, su presencia… Era parte inseparable del relato oscuro que Apolonia y Dolors me habían contado con tanto cuidado para no aterrorizarme.

Las cuatro avanzamos hacia otra habitación. Apolonia abrió la puerta y la dejó entornada, invitándome a continuar sola. Ellas aguardaron atrás, expectantes.

Entré.

Y entonces la vi.

Mi madre. Isabel.

Una mujer de la edad de Apolonia y Dolors, sentada en una mecedora bajo la ventana. La luz caía suave sobre su rostro. Apreció su perfil, su cabello, su quietud. Se mecía lentamente, ajena a mi presencia. Hasta que la madera chirrió y giró la cabeza.

No se parecía en nada a su hermana melliza, pero era hermosa.

Alzó la vista y me miró. Me quedé inmóvil, clavada al suelo. La reconocí sin conocerla: era yo. Me vi en su rostro. Ella se incorporó con lentitud, como si flotara. Levitó hacia mí. Era un ángel.

Cuando estuvo parada frente a mí, nuestras miradas se encontraron. Abrió los brazos, y yo me entregué a ellos, derrotada.

Y lloré.

Lloré como si las compuertas de una represa se hubieran abierto de golpe. No sé cuánto tiempo estuvimos así, fundidas, sin movernos. Creo que lloré toda su vida y toda la mía. Por lo que no habíamos podido ser. Pobrecita ella. Pobrecita yo.

—Soy tu hija —dije. Tres palabras que jamás había imaginado pronunciar.

Ella no respondió; me acarició las mejillas con una dulzura imposible.

Entonces entraron Apolonia, Dolors y Malinka, y las cinco nos abrazamos. Sin palabras. Solo nosotras en ese instante suspendido en el tiempo.

Y entonces entendí.

Yo era su redención.

Yo era su amor.

Yo era su victoria.

Éramos nuestro final feliz.

EPÍLOGO

1932, Céret, Francia

Me mudé a la casa de mi madre, en Céret. Apolonia, cada vez que me veía, aseguraba que me parecía a Isabel cuando era joven. Y yo sentía, al oírla, que el tiempo retrocedía, como si el presente pudiera rescatarla, abrazarla allá lejos, en otro lugar.

Todas las mañanas salíamos a caminar. Nos íbamos conociendo despacio, paso a paso. Varias veces al día, sin importar el momento, quizás en un rapto de lucidez, me llamaba «hija». Y lo repetía: «Hija, hija». A mí me conmovía esa insistencia. Ese estribillo rítmico sonaba sanador. En cada eco, sentía que la vida le devolvía la palabra que no había podido pronunciar hasta entonces. «Hija, hija» era el único bálsamo capaz de curar la herida de mi linaje.

Apolonia me confesó que, desde que vivíamos juntas, mi madre ya no tenía esos días difíciles en los que parecía extraviada.

Me gustaba sentir su mano junto a la mía. Nos mirábamos y nos reíamos. Entonces ella me acariciaba la mejilla y, otra vez, decía:

—Hija, hija, hija…

Y yo respondía:

—Mamá.

En el huerto, claro, teníamos un pequeño conflicto. Por lo general, no me dejaba tocar los canteros; si lo hacía por mi cuenta, se enojaba. ¡Y de qué manera! Pero hasta en ese enfado había algo nuestro, hermoso, cotidiano. En ese vergel donde ella era reina y señora, aprendí a esperar sus indicaciones: quitar un hierbajo, remover la tierra de un bancal, cosechar… Oh, y con qué felicidad después llevábamos la comida a la mesa.

Así era mi vida. Ya no tenía rabia; al contrario, vivía habitada por el amor de mi madre. Esa plenitud me colmaba: era tan grande, tan hermosa, sabía tan rico.

Una tarde, mientras con mis tías bebíamos en la galería unos sorbos de un brebaje amargo que Malinka aseguraba que nos limpiaría no sé qué cosa, dos personas llegaron a caballo. Enseguida se oyeron los gritos de Aurelia, que corría a recibirlos. Reconocí a Estanislao, mi primo. Me encantaba cómo sonaba «mi primo». Y al ver la silueta que lo acompañaba, pensé: «Al fin mi primo va a ser feliz».

Se acercaron. Y sentí un pellizco inesperado: el muchacho que caminaba junto a Estanislao era tan buenmozo que por un momento deseé que se fijara en mí.

—Pues que miren quién ha *regresao* —anunció Malinka, asomándose desde la galería.

—Venga, que te la presento —dijo Estanislao—. Vale, que ella es la Antonia, mi prima.

Yo no entendía del todo quién era aquel joven. Había imaginado que se trataba de un «amigo» de Estanislao, pero apenas saludó, supe que la familia lo conocía bien y lo apreciaba.

—Ven, Antonia —insistió Estanislao—, te presento: el Jaime, ¿recuerdas? El corresponsal del periódico, que estaba de viaje. Le hablé mucho de ti… Mi amigo… te quería conocer, Antonia.

Y bueno: aquí estaba yo, en un pueblo de los Pirineos. Española por nacimiento, argentina por formación, catalana por sangre —¡claro que sí!— y francesa por elección. Vivía con mi madre. Tenía una familia. Y Jaime había comenzado a cortejarme. Estanislao se había puesto de novio con un artista de Céret, así que venía a visitarnos a menudo.

—Te gusta Jaime, te gusta Jaime… *Són nòvios!* —canturreaba Aurelia, aplaudiendo cada llegada de Jaime, siempre bien vestido, perfumado y con un ramo de flores para alegrar la casa.

—Ay, Aurelia… Calla, calla o no volverá —le decía yo fingiendo seriedad, aunque en el fondo sabía que ese hombre seguiría a mi

lado.

A Aurelia, mi prima hermana, la quería como a una hermanita menor.

Después de una larga odisea, podía al fin llamar «mi familia» a ese puñado de personas.

Mi lugar estaba aquí, entre la *tramuntana* y el cariño de mi madre.

Y era feliz.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, que me construyen escritora, siempre.

A mi familia. Y, especialmente, a mi esposo, Gabriel, que creyó en mí desde el día uno, incluso cuando yo dudé, y me acompañó con paciencia y amor infinitos.

A mis hijos, María Candelaria y Augusto, que crecieron acompañando a una madre volcada a la lectura y la escritura. Todo mi amor y mi gratitud.

A la editorial Planeta: a Adriana Fernández, a Mercedes Güiraldes y a todo el equipo, por el cuidado, la calidez y el trabajo compartido.

A Mar Busqueta Sallés, por abrirme las puertas de su familia catalana.

A Dolors Sallés, catalana de pura cepa, por leerme y ayudarme a darle voz a Antonia. Dolors es Dolors por vos.

A Shunko Ilárraga, por su enorme sapiencia, por su lectura delicada y atenta, y por su generosidad a lo largo de todo el proceso.

A la Biblioteca Autónoma de Barcelona, por los archivos y documentos sin los cuales esta novela no habría sido posible.

Y a cada una de las personas que, de una u otra forma, colaboraron para que *Antonia* exista. Ojalá la disfrutes tanto como yo disfruté escribirla. Ahora es tuya.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Para la ambientación histórica de esta novela, se han consultado diversas fuentes, ensayos y archivos que permitieron reconstruir el pulso social y político de la época. Los repositorios digitales de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la Universidad de La Rioja, de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y de la Confederación Sindical Solidaridad Obrera fueron fundamentales para recabar información, así como los artículos y las obras mencionadas a continuación:

AA.VV. En revista y *dossier El Solidario*, Nº 15. Solidaridad Obrera, 2009.

ÁLVAREZ REY, Leandro (coord.). *La Segunda República Española, 90 años después (1931-2021). Balances y perspectivas*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2022.

BARRAQUER I ROVIRALTA, Gaietà. *Religiosos en Cataluña durante la primera mitad del siglo XIX*. Altés y Alabart, 1915.

CASTILLEJO CAMBRA, Emilio. «La Semana Trágica de Barcelona de 1909 en la historiografía escolar: del africanismo a la posmodernidad». En revista *Historia y Memoria de la Educación*, Nº 10, 2019.

DALMAU I RIBALTA, Antoni. *Siete días de furia. Barcelona y la Semana Trágica (julio de 1909)*. Destino, 2009.

FERRER I GUÀRDIA, Francesc. *La Escuela Moderna*. Fundación Ferrer y Guardia, 1908.

FONTANA TARRATS, Josep. *Los catalanes en la guerra de España*. Samarán, 1951.

JACKSON, Gabriel. *La República española y la guerra civil*. Crítica, 2011.

MARÍN SILVESTRE, Dolors. *La Semana Trágica*: *Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*. La Esfera de los Libros, 2009.

OLIVERA, Julián. «El voto femenino en la Segunda República». En revista *Tabularium*, Nº 7, 2020.

ROBLES EGEA, Antonio. «Formación de la conjunción republicano-socialista de 1909». En *Revista de Estudios Políticos*, 1982.

ROCA VERNET, Jordi. Diversas obras consultadas en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

RUBÍ I CASALS, María Gemma. «Protesta, desobediencia y violencia subversiva. La Semana Trágica de julio de 1909 en Cataluña». En revista *Pasado y Memoria*, 2011.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

